

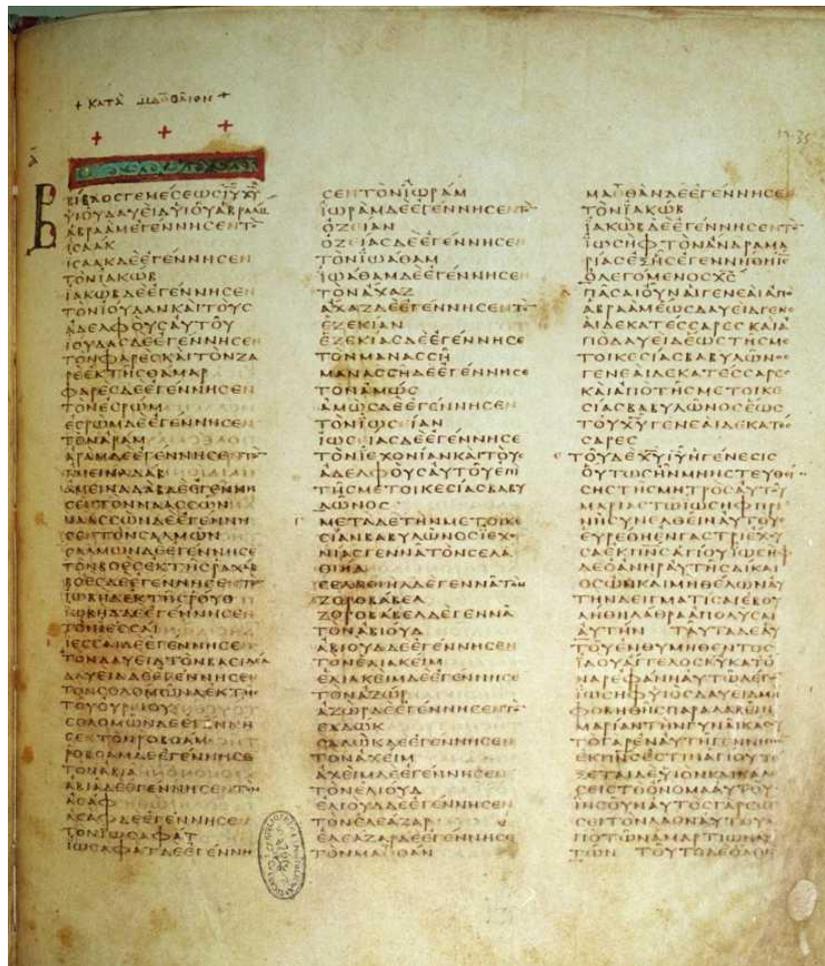
CUADERNOS KOINONIA

COMUNIO / COMUNIÓN

EXTRA 75 ANIVERSARIO (marzo de 2009)

Església Paral·lel

«Santificalos en tu Verdad»



«Tu Palabra es Verdad»

DOCTRINA DE LA PALABRA DE DIOS

- Setenta y cinco años después
- La Palabra de Dios. Conceptos básicos.
- Diccionario esencial sobre la Palabra inspirada de Dios
- Cuadro comparativo de la Biblia hebrea y la Biblia griega
- Historia esencial del Canon de la Biblia
- La naturaleza de la Inspiración Bíblica
- Los materiales que se utilizaron para escribir la Biblia
- Los papiros más importantes del Nuevo Testamento
- Los Códices más importantes de la Biblia
- Entrevista exclusiva con los autores de la Biblia
- Bibliografía

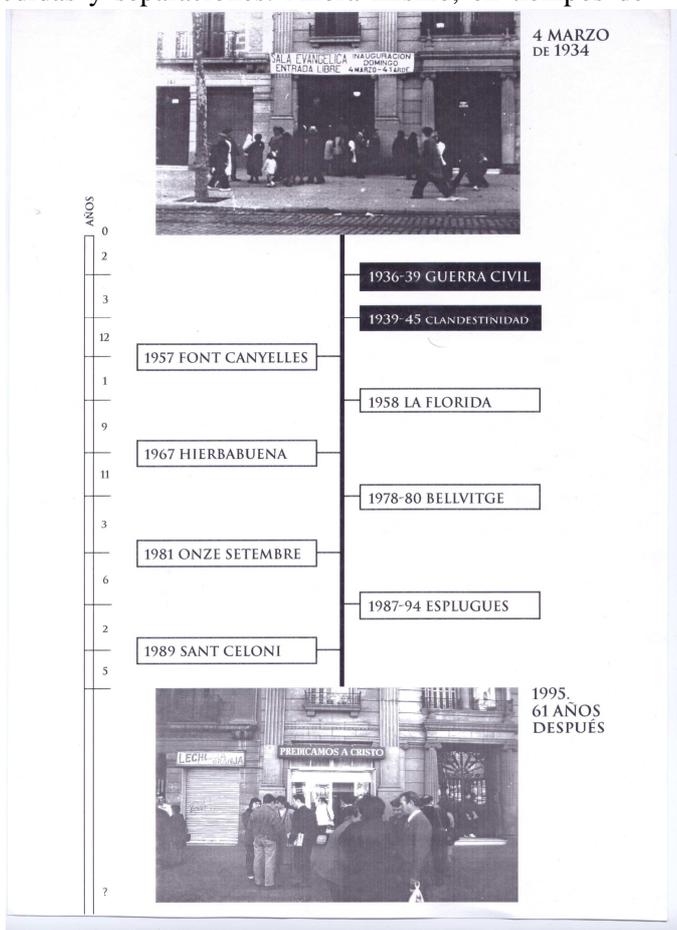


«**Bereshit**» («En el principio»). Primera palabra de la Biblia hebrea, y que da nombre al primer libro de la Biblia en este idioma. Nuestra portada en color: fotografía del **Códice Vaticano**.

SETENTA Y CINCO AÑOS DESPUÉS

Aquel 4 de marzo de 1934 mi abuelo estuvo allí. Ahora, el 4 de marzo de 1934 está aquí mi hijo. Una larga, apasionante e intensa historia en la que hemos disfrutado momentos de intensa felicidad y en la que hemos vertido lágrimas de amargura incontables despedidas y separaciones. Ahora mismo, en tiempos de tanto egoísmo materialista, de tanta hostilidad y desprecio hacia el cristianismo, casi parece un milagro que una iglesia haya podido mantener sus puertas abiertas durante setenta y cinco años. Por poco que reflexionemos desde cualquier perspectiva sobre este milagro de supervivencia y testimonio cristiano, únicamente podemos balbucir: “hasta aquí nos ayudó el Señor”.

Un simple recordatorio de las cosas más destacables que han sucedido durante los 75 años de la vida de una Iglesia Evangélica llenaría bastante más de un volumen como este ejemplar de Cuadernos Koinonía. Pero corremos un serio riesgo de atribuirnos posibles méritos humanos cuando todo el gran mérito de esta historia es abrumadoramente la gracia de Dios y la fidelidad perpetua de sus promesas. Nos conformamos con dos breves testimonios: uno sobre el comienzo de nuestra historia, en una carta manuscrita sin fecha, escrita hace mucho tiempo por mi abuelo, Pelayo Basa, para recordar cómo surgió el testimonio evangélico en la avenida de Francesc Layret, más tarde avenida de Marqués del Duero, y Ahora Avinguda del Paral·lel. El otro testimonio es el que publica ahora la revista Protestante Digital sobre este aniversario. Como podrá apreciar el lector, las tecnologías de la escritura han avanzado una eternidad en 75 años. Pero lo que realmente nos interesa no son los avances tecnológicos sino el tesoro espiritual que hemos recibido de generaciones ya desaparecidas y que anhelamos transmitir a generaciones futuras.



- **CARTA MANUSCRITA DE DON PELAYO BASA.**

«Me licencié del servicio militar el 1º de diciembre de 1917; al día (siguiente) compré La Vanguardia para ver si encontraba trabajo de impresor y, efectivamente, encontré un anuncio que decía: “Se necesita un oficial cajista que sepa su obligación”. Me fui a la dirección que indicaba el anuncio. Estuve tres días de prueba y quedaron conformes. Estuve trabajando en la misma 45 años (diciembre de 1917 a enero de 1963), hasta que me jubilé.

Hacíamos una revista evangélica, la única que se publicaba en Barcelona, llamada “El Evangelista”, fundada por D. Enrique Payne y su hijo Samuel Payne, ambos ya muy ancianos.

Esta revista la componía yo solo, letra por letra (en aquel tiempo no habían máquinas de componer). Todo lo que iba componiendo se me iba grabando en el corazón y las conversaciones que tenía con el Sr. Payne (hijo), quien todos los meses me traía los originales de la revista, y conversábamos sobre el Evangelio, y cuando por cualquier causa no venía Don Samuel, venía en su lugar D. José Rubio, yerno de D. Enrique Payne y cuñado de D. Samuel. Los hermanos que hace años somos del Señor recordamos cuánto hicieron en favor de la causa del Evangelio. Yo, convencido ya de que Cristo murió por mis pecados en la Cruz del Calvario, me entregué a Él con todo mi corazón. Entonces comencé a asistir a las reuniones que se celebraban en **Avenida Mistral**.

En aquella fecha, 1933, no era aún capilla evangélica. Unos hermanos de la **Iglesia de Teruel**: D. Benjamín White, y su Sra. D^a Catalina, D. Enrique Haselden y su Sra. D^a Magdalena, el señor Fragua y seño-

ra, el Sr. Giordano y su señora D^a Isabel y el Sr. Lázaro Urrutia y su señora, creyeron oportuno trasladar sus actividades al centro de Barcelona porque había más oportunidades de que la gente entrara a oír las Buenas Nuevas. Se reunieron con los ancianos de la capilla de Teruel y acordaron que el local que D. Enrique Haselden tenía alquilado como despacho (él era ingeniero) sirviera para reunirse estos hermanos y predicar el Evangelio.

Así, en la Avda. Mistral desde aquella fecha sirvió para fundar una congregación. Yo iba todos los domingos y D. Benjamín ya sabía que yo me había entregado al Señor. Tres o cuatro meses después de celebrarse esas reuniones ya se habían entregado al Señor cinco hermanos más. D. Benjamín nos preguntó si queríamos ser bautizados. Todos contestamos afirmativamente y al domingo siguiente fuimos bautizados por D. Benjamín en la iglesia de la calle Teruel porque en la de Mistral no tenían bautisterio.

Al día siguiente, en la imprenta les expliqué a mis compañeros lo que Cristo había hecho por mí y por ellos en la cruz del Calvario; antes ya lo había proclamado en mi casa.

El domingo siguiente la congregación se reunió para partir el pan y beber de la copa en memoria de nuestro bendito Salvador.

D. Benjamín tenía un don especial para la predicación del Evangelio. La capilla se llenaba siempre y escuchábamos la Palabra con aquel ardor con que él hablaba. Los resultados fueron maravillosos. El primer año ya éramos más de 40 personas y D. Benjamín solía decir: “Hemos de encontrar un nuevo local y en un sitio donde circule mucha gente por la acera porque por la Avda. Mistral pasa muy poca”. Se encargó el Sr. Fragua de hacer las gestiones y no tardó mucho tiempo en encontrar Marqués del Duero, 167 (nota mía: en estas fechas, antes de la guerra civil, la calle se denominaba Francesc Layret), y allí nos trasladamos.

Era el año 1935 si no recuerdo mal (nota mía: los testimonios fotográficos acreditan que fue el 4 de marzo de 1934). La iglesia que se reunía en Mistral pasó a ocupar Marqués del Duero y el local volvió a ser despacho.

Fue tanta la bendición que el Señor derramó que en poco más de un año ya éramos más de 100 los convertidos. Los hermanos traíamos a nuestros familiares y amigos; los domingos por la tarde algunos hermanos íbamos a celebrar la Cena del Señor en casa de los hermanos que vivían lejos de Barcelona y no podían desplazarse a la ciudad por la mañana.

Al terminar la guerra de España en el año 1939 nos cerraron la capilla, es decir, en todas las capillas que no fueran católicas romanas estaba terminantemente prohibido celebrar cultos. Obedecimos la orden y cerramos la capilla, y lo mismo hicieron las demás iglesias.

Pero seguíamos reuniéndonos en nuestras casas para celebrar la Cena del Señor, y por la tarde se predicaba el Evangelio. Teníamos de 8 a 10 casas de hermanos que se brindaron a recibir en sus casas de seis a ocho hermanos debido a que sus domicilios no permitían por el poco espacio invitar a más y allí, a las 10'30 h. de la mañana, celebraban la Cena del Señor. Había en casa de D. Benjamín unos 15 o más; en casa de D. Enrique otros tantos. En fin, ningún hermano se quedó sin celebrar la Cena del Señor y por la tarde se predicaba el Evangelio. Los vecinos oían los cantos de alabanza y pronto toda la escalera sabía que allí se reunían los evangélicos y nosotros temíamos que se presentara la autoridad y lo prohibiera. Nosotros cumplimos la orden de cerrar las capillas, pero nadie podía impedirnos que en nuestras casas recibiéramos a quien quisiéramos y nos ocupásemos solamente de las cosas del Señor.

La cuestión es que nadie nos molestó, pero estamos seguros que asistían entre la reunión de la tarde y de la mañana (que eran libres) de dos a tres agentes de la autoridad para vigilar lo que se hacía y lo que se hablaba, pero no pudieron cogernos en nada ilegal; por la mañana cantos de alabanza al Señor y por la tarde el puro evangelio de la Salvación. No pudieron cogernos metiéndonos en política sino que hablábamos de Dios y su Hijo Jesucristo.

Mientras las capillas permanecían cerradas, todos los días festivos que no fuera domingo los hermanos solíamos ir de excursión a las Planas, Vallvidrera, la Floresta, o a cualquier otro lugar del monte, como el Tibidabo; allí, después de la comida del mediodía, los jóvenes jugaban corriendo por los montes y las jóvenes saltaban a la cuerda o jugaban al corro; a las 4'30 h. empezaba el culto de predicación del Evangelio, que duraba una hora. Esto se hacía porque muchos hermanos traían con ellos a familiares o amigos, y también invitábamos a los que estaban por allí acampados.

Siempre que salíamos de excursión, los hermanos que llevaban máquinas de retratar sacaban muchas fotografías de estas reuniones en grupo. Creo que los jóvenes de la Capilla tienen ya muchas de estas fotos, de más de 30 años que fueron hechas.

Al terminar la segunda guerra mundial, nos dieron permiso para abrir otra vez las capillas. Las autoridades no nos molestaron más, aunque de vez en cuando, encontrándonos celebrando algún culto, un grupo de jóvenes irrumpía en la capilla y se ponía a cantar la Salve. Una vez un joven hermano llamado Víctor quiso impedirles la entrada y de un empujón lo tiraron por el suelo. Se levantó y les dijo: “os conozco, sé quienes sois y sé quién os manda. Yo también he sido estudiante como vosotros en los Salesianos hasta que me convertí. Os manda el Padre.... (no me acuerdo del nombre que dijo).

Como la iglesia era oficialmente reconocida por el Gobierno, se elevó una queja a las autoridades por lo que había ocurrido y nunca más se nos ha molestado.

Los que venían a cantar la Salve lo hacían con la intención de armar una pelea con los hermanos y así habría motivos para volver a cerrar la capilla. Pero los hermanos se quedaron quietos en las sillas hasta que al terminar el canto se marchaban, y los hermanos continuábamos el culto donde había sido interrumpido.

Han pasado ya muchos años y no ha habido más problemas. El Señor ha bendecido mucho. De la Iglesia que se reúne en Marqués del Duero han salido algunas otras como La Florida, Verdún, Hierbabuena, Cornellá y creo que hay alguna otra.

Nuestro ferviente deseo es que el Señor siga bendiciendo para que almas sigan entrando en la capilla y pasen de muerte a vida.

Vuestro hermano en Cristo. (Firmado: Pelayo Basa, sin indicar fecha)»

• RESEÑA EN PROTESTANTE DIGITAL

«1934-2009: 75 años de presencia en el barrio de Poble Sec (Barcelona). Desde el 4 de marzo de 1934, la iglesia sigue en el mismo lugar. En este local cientos de familias, generaciones enteras han pasado unas a otras el testigo de vivir según la ética solidaria de Jesús, y que actualmente supera día tras día las fronteras de la raza, sexo y cultura, con un alto sentido de respeto y servicio a los demás.

Del 4 al 8 de marzo se celebrará el 75 aniversario de la Iglesia evangélica en calle Paral•lel de Barcelona. Durante los cuatro días habrá diferentes conferencias a cargo del conferenciante y Director del Instituto Bíblico Evangélico de Vigo, Samuel Pérez Millos.

"La necesidad de conocer a Dios" será el título que recibirá el ciclo de cinco conferencias que estarán a cargo de Samuel Pérez Millos, en motivo de la celebración del 75 aniversario de la Iglesia evangélica de Paral•lel (Barcelona). Pérez Millos es escritor, conferenciante y Director del Instituto Bíblico Evangélico de Vigo, Pontevedra.

Las sesiones comenzarán el miércoles 4 de marzo con una reunión de oración y agradecimiento a partir de las 20.00. El jueves 5 habrá la primera conferencia con el título “La necesidad de conocer a Dios” (20.00h). Al día siguiente a la misma hora la segunda sesión titulada “Conocer a Dios en Cristo”.

El fin de semana comenzará con otra plenaria por la tarde, a las 19.00, con el título “Conocer a Dios en el Espíritu” y, finalmente, el domingo día 8 habrá doble sesión con los títulos “Conociendo al Dios soberano” (11.30) y “Conociendo al Dios de amor” (18.30).

Además, el martes 3 de marzo a las 18.00, habrá una conferencia para mujeres titulada “Mirando el futuro con esperanza”, que estará a cargo de Cesca Planagumà, conferenciante y presentadora del programa “Néixer de Nou” de Televisió de Catalunya.

UN PASEO PARA RECORDAR

1934-2009: 75 años de presencia en el barrio de Poble Sec (Barcelona). Desde el 4 de marzo de 1934, la iglesia sigue en el mismo lugar, un barrio que ha asumido el transcurrir de los años y que ha sido transformado por los cambios sociales y demográficos de las últimas décadas. En este local cientos de familias, generaciones enteras han pasado unas a otras el testigo de vivir según la ética que Jesucristo enseñó en los Evangelios. Se trata de una comunidad que supera día tras día las fronteras de la raza, sexo y cultura. Personas imperfectas, pero con un alto sentido de respeto y servicio a los demás.

Año tras año, cada individuo, cada familia, ha ido aportando a esta comunidad un sentido de responsabilidad por un barrio que amamos y que para muchos de nosotros ha sido nuestra cuna y nuestra escuela. Queremos devolver a estas personas el afecto y la atención mostrados a través de una serie de actividades especiales durante los próximos meses, comenzando con estas conferencias acerca de la necesidad que tiene todo ser humano de conocer y descubrir a Dios, no un dios lejano e impersonal, sino alguien que desea nuestro

bien, que le preocupa nuestro bienestar no sólo en los aspectos materiales, absolutamente necesarios, sino también en la faceta afectiva y espiritual de la vida.

Aunque para algunos el asunto de la fe debe ser reducido y recluido al ámbito de la intimidad, para los cristianos es una necesidad compartir la buena noticia del Evangelio, expresar y compartir nuestra fe: que Dios se ha dado a conocer, que desea que le conozcamos tal como es, tal como se revela en la Biblia. Es por eso que nos encantaría que nos acompañéis durante estas actividades públicas y especialmente durante las charlas sobre “La necesidad de conocer a Dios”.

Para más información acerca de todas las actividades programadas pueden visitar la página: www.75anys.wordpress.com.

Dos testimonios vívidos y emotivos, uno de nuestro pasado remoto que nos conecta con aquella maravillosa generación de misioneros que las Asambleas de Hermanos de Inglaterra estuvieron enviando a España desde la segunda mitad del siglo XIX, y que tanto fruto han dado en el testimonio del Evangelio. El otro, de sabor más contemporáneo, plenamente inserto en la Sociedad de la Información, con sus tecnologías punteras, no exentas de riesgos para los propósitos del mal, pero también útiles para acometer la gran Comisión que nos encomendó nuestro bendito y común Salvador.

Nuestro corazón rebosa de agradecimiento por tantos años de bendición espiritual, por todos los maestros, evangelistas, ministros de la Palabra, misioneros, siervos de Dios, ancianos, colaboradores e infinidad de hermanos con multitud de dones que nos han enriquecido, por los que ya han partido a las glorias del Paraíso, por los que se han trasladado a otros lugares de testimonio, por los que permanecen, por los que nos han dejado. De todos tenemos cosas buenas que recordar y todos nos han edificado. Por todos ellos, «soli Deo gloria».

Como se ha podido apreciar en estas breves pinceladas de nuestro devenir, dos grandes coordenadas cartesianas han perfilado la relevancia histórica de la «Església del Paral·lel». Por un lado, un alto componente de **vocación evangelística**, unida a su ubicación estratégica en una de las arterias de la ciudad condal, siempre concurrida de viandantes, lo que ha propiciado que muchas personas hayan conocido aquí la gran obra de nuestro bendito Salvador. El otro gran eje definitorio ha sido su notorio **arraigo a la Palabra de Dios** que siempre nos ha provisto de “delicados pastos” para nuestra congregación y “aguas de reposo” donde saciar nuestra sed de verdad y de vida.

Unos recientes estudios sobre **doctrina de la Palabra de Dios** que hemos tenido ocasión de desarrollar en nuestra iglesia, han hecho surgir la idea de presentar un monográfico sobre “la Palabra de Dios” para recordar estos 75 años de vivencias espirituales. En unos tiempos de menor vigor espiritual que antaño, necesitamos recordar que somos el «**Pueblo del Libro**». Es nuestro mayor tesoro, que necesitamos redescubrir, vivenciar y transmitir a las generaciones venideras. Y también sostenerlo con firmeza en medio de esta hecatombe de pérdida de valores espirituales y humanos que estamos padeciendo, en tiempos de tanta supuesta “libertad”.

La **Biblia** no es un libro cualquiera. Desde cualquier punto de vista que consideremos hay una distancia abismal entre las Sagradas Escrituras y cualquier otro fenómeno literario de la historia humana. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob es el mismo que ha enviado a su amado Hijo a este mundo para darnos vida eterna y reconciliarnos con Él. La Biblia es el testimonio escrito del Dios que nos ha hablado. Es algo más que una anécdota que la Biblia figure tres veces en el libro Guinness de los récords:

- Fue el primer libro que se imprimió con la ayuda de una imprenta.
- Uno de los 21 ejemplares que aún se conservan de aquella edición, conocida como la “Biblia de Gutenberg”, fue adquirido en una subasta por nada menos que 1.600.000 \$ USA, siendo el precio más alto jamás pagado por libro alguno.
- Porque la Biblia es, además, el único libro que ha llegado prácticamente a todo el planeta y en grandes cantidades.

Según un informe de las Sociedades Bíblicas Unidas, en un solo año se vendieron más de 10.000.000 de Biblias y se repartieron más de 400 millones de Nuevos Testamentos, Evangelios y Salmos, que son algunas de sus partes más apreciadas.

Desde la aparición de la imprenta, la Biblia ha sido publicada en más de 2.200 lenguas diferentes, pero, a pesar de ello, todavía existen más de 200 millones de personas que no disponen de una Biblia escrita en su propia lengua.

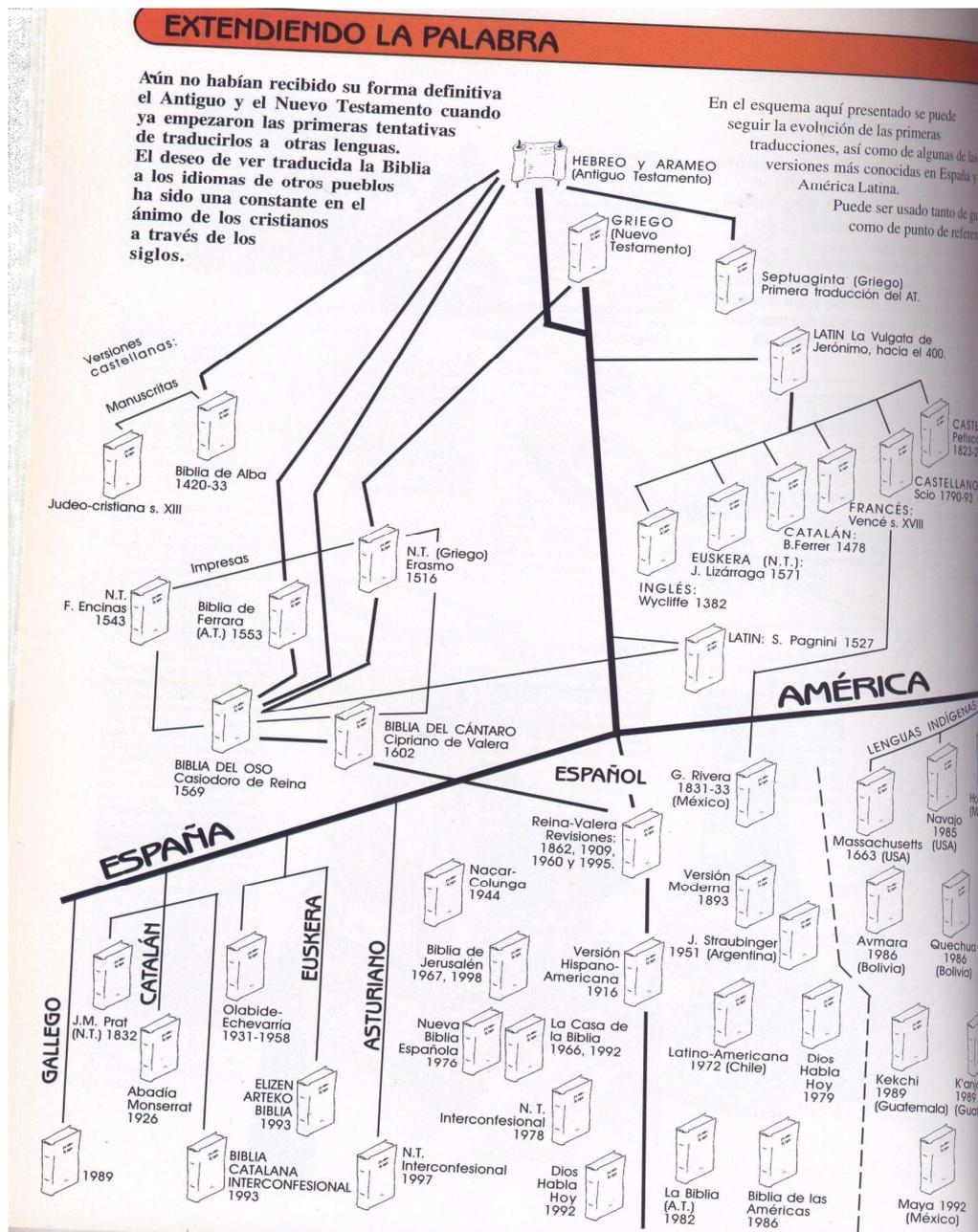
La Biblia es, de todos los textos antiguos, el mejor documentado. Tan sólo del Nuevo Testamento, o parte de él, se conservan más de 13.000 manuscritos antiguos (de ellos, más de 5.700 en lengua griega, la lengua original en la que fue escrito en N.T.).

A todos los hermanos que nos han querido acompañar en nuestro 75 aniversario, agradecemos vuestro apoyo y compañerismo fraternal. Junto con vosotros, unidos en un mismo Espíritu, queremos levantar nuestro altar de piedras y con él una oración de gratitud a nuestro gran Dios cuya fidelidad y misericordia ha alcanzado a nuestra generación. ¡A Dios sea la gloria!

Església del Paral·lel.

4 de marzo de 2009

(Todos los errores u omisiones detectados en estas páginas, que no serán pocos, son responsabilidad de Francesc Closa).



LA PALABRA DE DIOS



¿QUÉ ENTENDEMOS POR “PALABRA DE DIOS”?

Antes de entrar a estudiar Doctrina de la Biblia, es necesario detenernos un poco para estudiar una cuestión aparentemente muy simple. Entender bien de qué estamos hablando nos puede ayudar para ver algunas dificultades posteriores en su perspectiva correcta. Cuando hablamos de “**la Palabra de Dios**”, ¿a qué nos estamos refiriendo exactamente?

1.- LA PERSONA DE JESUCRISTO, EL “VERBO DE DIOS”.

La Biblia nos presenta al Hijo de Dios como “**el Verbo de Dios**”. Así lo ve Juan, tanto en su Evangelio como en el Apocalipsis (Jn. 1:1, 14; Ap. 19:13). No obstante, estas son las únicas citas que lo describen así. Aunque su uso es restringido, nos indica que entre los miembros de la Trinidad, es el Hijo quien, con su Persona y sus palabras, cumple la misión de comunicarnos el carácter de Dios y revelarnos Su voluntad.

2.- EL DISCURSO DE DIOS.

Cuando nos referimos a la Revelación que Dios hace de sí mismo, podemos referirnos a las palabras de Dios a diferentes niveles:

2.1.- **Decretos de Dios.**

En ocasiones las palabras de Dios se manifiestan como poderosos decretos, ordenando la realización de determinados eventos, o incluso que las cosas lleguen a existir, como cuando Dios decreta: “*¡Sea la luz!*”. Dios puede decretar la existencia de la vida biológica y de la vida espiritual. Así el salmista podrá decir: “*Por la Palabra de Dios fueron creados los cielos, y por el soplo de su boca, las estrellas*” (Sal. 33:6).

A estas palabras poderosas y creativas de Dios, en el ámbito de la Teología se las denomina “decretos de Dios”, es decir, palabras tales que Dios hace que algo suceda. Nada puede oponerse a estos decretos. Tales decretos incluyen no sólo la creación original, sino también su continuo sostenimiento. Heb. 1:3 dice que Cristo, de forma continuada, “*sostiene todas las cosas con su poderosa palabra*”.

2.2.- **Comunicaciones personales de Dios.**

En ocasiones Dios se comunica con las personas hablándoles directamente, por tanto, Dios emplea palabras de “comunicación personal”. Tenemos muchos ejemplos en la Biblia. Dios le dice a Adán: “*Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no deberás comer. El día que de él comas, ciertamente morirás*” (Gén. 2:16 – 17). Podemos ver así los diez mandamientos: “*Yo soy el Señor tu Dios. Yo te saqué de Egipto...*” (Éx. 20:1). En el N.T. Dios habla desde el cielo: “*Éste es mi Hijo amado, estoy muy complacido con Él*” (Mt. 3:17). En todos estos casos los oyentes perciben claramente que son palabras de Dios, que tienen autoridad divina absoluta y que son dignas de confianza. No creerlas o desobedecerlas (como fue el caso de Adán y Eva) es pecado, porque son dadas por Dios mismo.

Aunque son “palabras de Dios”, también son “palabras humanas” porque se expresan en nuestro lenguaje ordinario y son comprensibles de inmediato, sin que ello implique ninguna limitación de autoridad o veracidad por parte de Dios. Más bien, por el hecho de que Dios utilice con claridad el lenguaje humano para expresarse a unos oyentes determinados, impone la obligación absoluta a tales personas de creerlas y obedecerlas; no hay excusa tal que permita oponerse a los mensajes directos de Dios sin incurrir en pecado.

2.3.- Palabras pronunciadas por labios humanos.

Esta forma es utilizada por Dios en muchas ocasiones. A lo largo de la historia Dios habla por medio de sus profetas. También es evidente que, aunque sean palabras humanas expresadas en lenguaje ordinario, su autoridad y eficacia no queda limitada en absoluto. Siguen siendo, por encima de cualquier otra consideración, “palabras de Dios”. Así, cuando Dios habla a Moisés, en Deut. 18:18-20, dice: *“Por eso levantaré entre sus hermanos un profeta como tú; pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande. Si alguien no presta oído a las palabras que el profeta proclame en mi nombre, yo mismo le pediré cuentas. Pero el profeta que se atreva a hablar en mi nombre y diga algo que yo no le haya mandado decir, morirá. La misma suerte correrá el profeta que hable en nombre de otros dioses”*. Dios le dice también a Jeremías (Jer. 1:9): *“He puesto en tu boca mis palabras”*, y por ello, *“vas a decir todo lo que yo te ordene”* (1:7).

Así que las palabras de Dios habladas por labios humanos se consideraban tan autoritativas y verdaderas como las de comunicación personal. No creerlas o desobedecerlas era pecar contra Dios mismo.

2.4.- Palabras de Dios en forma escrita.



Encontramos numerosos testimonios en la Biblia de que las palabras de Dios fueron puestas en forma escrita. El primer caso conocido fue el otorgamiento de las tablas de piedra *“escritas por el dedo mismo de Dios”* (Éx. 31:18; 32:16; 34:1). En Deut. 31:9-13 *“Moisés escribió esta ley y se la entregó a los sacerdotes levitas que transportaban el Arca del Pacto del Señor...”*. Más tarde vemos que *“Josué escribió estas palabras en el libro de la ley de Dios”* (Jos. 24:26). Otro testimonio impresionante lo tenemos en Is. 30:8 *“Ve, pues, ahora, y escribe esta visión en una tabla en presencia de ellos, para*

que quede hasta el día postrero, eternamente y para siempre”. En el N.T. Jesús promete que enviará el Espíritu Santo a sus discípulos, quién les hará recordar las palabras que Jesús había dicho (Jn. 14:26; 16:12 – 13); los amplios recuerdos de los discursos registrados en los Evangelios han podido ser recordados con fidelidad gracias a esta labor del E. Santo. Pablo mismo les dice a los corintios que las palabras que les escribe son *“mandato del Señor”* (1 Cor. 14:37). Todas ellas son consideradas, a todos los efectos, Palabras de Dios mismo, y su testimonio es eterno.

¿Por qué es tan importante para nosotros **tener por escrito las palabras de Dios**? Los beneficios que obtenemos son muy valiosos:

Su preservación es mucho más precisa y favorece su transmisión a las generaciones futuras. Deut. 31:12 – 13 *“Harás congregar al pueblo, hombres, mujeres y niños, y los extranjeros que estén en tus ciudades, para que oigan y aprendan a temer a Jehová, vuestro Dios, y cuiden de cumplir todas las palabras de esta Ley. También los hijos de ellos, que no la conocen, podrán oírla y aprenderán a temer a Jehová, vuestro Dios, todos los días que viváis sobre la tierra que vais a poseer tras pasar el Jordán”*.

La posibilidad de inspeccionar repetidamente la Palabra escrita permite su estudio y debate cuidadoso, lo que conduce a una mejor comprensión y una obediencia más completa.

La Palabra de Dios escrita es accesible a muchas más personas que cuando es preservada mediante la memoria y la repetición oral. Puede ser conocida en todo momento por cualquier persona.

Estos beneficios de **confiabilidad, permanencia y accesibilidad**, mejoran enormemente cuando la Palabra de Dios se preserva por escrito. Y en sentido contrario, no hay ninguna indicación de que disminuya su autoridad o veracidad.

Esta es la forma que nos permite estudiar seriamente y conocer a Dios. No podemos oír las palabras de Dios por sus decretos, sino sólo mediante la observación de sus efectos. Las palabras de comunicación personal de Dios son muy raras, incluso en la Biblia, y aunque pudiéramos oírlas, no tendríamos la certeza de que nuestra comprensión, nuestra memoria y nuestro informe posterior de ellas fuesen totalmente exactos. Las palabras de Dios pronunciadas por labios humanos cesaron de pronunciarse cuando el Canon del N.T. quedó completo. En todos los sentidos, es más provechoso estudiar las palabras de Dios tal como las recibimos en la Biblia. Es esta forma de estudiar la que Él nos ordena. *“Dichoso el que medita en la Ley de Dios día y noche”* (Sal. 1:1 – 2). *“Recita siempre el libro de la Ley y medita en él, de día y de noche; cumple con cuidado todo lo que en él está escrito. Así prosperarás y tendrás éxito”* (Jos. 1:8).

3.- LA PERSONA DE DIOS Y SU PALABRA.

¿Qué relación hay entre la **Persona** de Dios y la **Palabra** de Dios?

La Palabra *depende* de Dios, proviene de Él y no puede separarse de la realidad más amplia que constituye la mente divina. La Palabra identifica a Dios como Persona, ya que es un **atributo** de personalidad.

Un **atributo de Dios** es un *carácter de perfección* atribuido a Dios, sin el cual Dios no sería Dios. San Agustín llegó a discernir hasta 50 atributos de Dios, y la Palabra es uno de ellos, porque Dios es un Dios personal, que se comunica consigo mismo y que ha querido comunicarse con el hombre, en el ámbito de su Creación. Sin embargo, aunque la Palabra es una expresión del ser divino, no expresa *toda la realidad* del Dios Uno y Trino.

La Palabra existe en Dios *antes* de ser dirigida al hombre. Esta Palabra es propia de las personas de la Trinidad divina y expresa las relaciones de carácter intratrinitario que existen en Dios. Esta comunicación divina es a menudo una “cosa escondida” ya que pertenece a las profundidades de Dios y su Consejo. No obstante, la Biblia nos hace patente en ocasiones esta realidad. Dios es un Dios de **comunicación en la verdad y en el amor**, no solamente hacia nosotros, sino en sí mismo. De hecho, si el hombre es un ser inteligente, que puede expresar con palabras sus emociones y estados afectivos, es porque ha sido creado *a imagen de Dios*.

Dios no sería Dios si no pudiera hablar; de hecho, no se distinguiría de los “ídolos mudos”. De esta manera, el Plan de Dios, concebido antes de la fundación del mundo, se va desarrollando y formulando progresivamente en su Palabra escrita, y será totalmente comprendido cuando llegue su manifestación plena. *“Seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es”*.

Las personas de la Trinidad se distinguen unas de otras, en la revelación bíblica, según su función que desempeñan en relación con la Palabra divina (al final de este tema examinaremos un cuadro para precisar más estos conceptos). Ahora diremos que:

- El **Padre** ejerce su **soberanía** por la Palabra. Salmo 29; Isaías 40:26; 62:2; Efesios 3:14.
- El **Hijo** recibe la Palabra del Padre y en sí mismo es la **Palabra encarnada**. Juan 1:1; 1 Juan 1:1-3.
- El **Espíritu** es el **poderoso aliento de Dios** por el cual la Palabra de Dios **alcanza su propósito**. 2 Tim. 3:16; 2 Pedro 1:20 y ss.



Aunque la Palabra proviene de Dios, es **diferente** de la realidad de Dios mismo. Hay por tanto, una *identificación* y a la vez una *distinción*; una *continuidad* y una *discontinuidad*. La expresión suprema es la Palabra encarnada, el Señor Jesucristo. Con Jesucristo, Dios ha dicho todo lo que necesita saber el hombre.

La Palabra de Dios encierra un **misterio** profundo, igual que sucede con la Palabra encarnada. En la Palabra escrita percibimos también la unión de dos naturalezas, la de los autores humanos (que no eran meros telegrafistas de Dios, o locutores de radio leyendo mensajes divinos), y la del Autor divino, quien expresa a través de las personalidades de sus siervos todo lo que desea decirnos.

4.- CARACTERÍSTICAS DE LA PALABRA DE DIOS.

¿Qué características posee la Palabra de Dios? Hay muchas. Vamos a citar algunas de ellas y examinaremos algunos con más detalle, pero antes señalaremos **dos de fundamentales**, que son como los ejes cartesianos que sostienen toda la Doctrina de la Palabra de Dios:

1) Toda Escritura es **inspirada** por Dios.

Aunque no se nos dice mucho en cuanto al **proceso** de la inspiración, sí sabemos que la Biblia no fue meramente dictada por Dios. Si leemos a **Isaías** nos damos cuenta de que usa un vocabulario muy extenso, con una fuerza arrebatadora, hasta el punto que se le conoce como el Cervantes de los profetas hebreos. **Amós**, sin embargo, era un sencillo campesino con un vocabulario mucho más modesto. No obstante, ambos libros fueron inspirados. Esto nos hace entender que Dios no recurre al dictado verbal para darnos su Palabra. Dios no buscó telegrafistas sino **hombres santos**.

2) El propósito central de las Escrituras es presentarnos a **Cristo**. Todas las Escrituras son **Cristocéntricas**, aunque algunos escritos lo son en mayor grado, extensión o intensidad que otros.



La **inspiración divina** de las Escrituras la tocaremos con más extensión en la parte final de estos estudios, así como alguna de las características importantes, que precisan un tratamiento más extenso. Ahora abordaremos algunas de las características que podemos tratar de forma más sencilla.

4.1.- LA PALABRA ES PODEROSA.

La Palabra de Dios se nos describe como una palabra poderosa. Nunca es débil o vacía de contenido. Ella cumple siempre la voluntad divina, como lo ilustra el impresionante pasaje de Isaías 55:8-11, donde la Palabra de Dios aparece personificada:

⁸Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestros caminos mis caminos», dice Jehová. ⁹«Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. ¹⁰»Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra y pan al que come, ¹¹así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero y será prosperada en aquello para lo cual la envié.

El N.T. nos presenta otra impresionante imagen personificada, en Hebreos 4:12-13:

¹²La palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.

¹³Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.

Notemos el **lenguaje judicial** de este texto. La Palabra se compara con una espada de **doble filo**. Para aquellos que vienen a la fe la Palabra es eficaz para **salvación**. La Palabra ilumina y lo pone todo al descubierto, pero el que ha recibido la justicia salvadora de Jesucristo no tiene nada que temer. Ahora bien, aquel que no entra en el reposo de Dios por la fe, es juzgado por esa espada de doble filo, la espada judicial de Dios, que es también eficaz para **juicio**.

⁴⁸“El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien lo juzgue: la palabra que he hablado, ella lo juzgará en el día final. ⁴⁹Yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre, que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir y de lo que he de hablar. ⁵⁰Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho”. (Juan 12:48-50).

Las Palabras de Jesús son las mismas palabras del Padre, y esa Palabra divina será la que juzgará en el día final.

4.2.- LA PALABRA ES INTELIGIBLE.

El poder de la Palabra de Dios reside en su **sentido**, y este sentido es tal que derriba por completo los absurdos humanos. Como pecador rebelde y obstinado el hombre oscurece el sentido de la vida. La función de la Palabra es hacer surgir las realidades de Dios e interpretarlas en su **sentido fundamental y verdadero**.



La Palabra de Dios da sentido a la realidad, porque está en su mismo **origen** (Sal. 33:6, 9):

⁶“Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos; y todo el ejército de ellos, por el aliento de su boca... ⁹porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió”.

No sólo revela el auténtico sentido de la realidad sino que juzga al hombre que la rechaza. El pecado de los paganos, en Rom. 1:18 y ss, consiste en que conociendo la verdad de Dios en el mundo visible, la rechazan y su “necio corazón fue entenebrecido” (21).

4.3- LA PALABRA DE DIOS ES CLARA.

Si la Escritura va a ser nuestra autoridad suprema, es necesario que sea **clara**, de modo que la podamos leer y entender. Si no lo fuera, se necesitaría una luz adicional para iluminarla.

Ahora bien, no toda Escritura es igualmente clara (como Pedro reconocía respecto a las cartas de Pablo: “en las cuales algunas cosas son difíciles de entender” 2 P. 3:16), pero como reconoce la Confesión de Westminster: “En los pasajes claros de la Escritura encontramos todo lo que concierne a la fe y la vida”.

La Escritura es una “lámpara que brilla en lugar oscuro” (2 P. 1:19). El “Padre de toda luz” ha dado su Palabra para ser lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino (Sal. 119:105). No es inaccesible ni está escondida (Dt. 30:11-14). Se nos ordena leerla y escudriñarla (Jn. 5:39, Hch. 17:11). Hace sabio al sencillo, revive el alma, alegra el corazón, ilumina los ojos (Sal. 19:7-8).

Todo lo que es necesario conocer acerca de Dios se enseña en su interior. Los pasajes oscuros no afectan a la claridad de las doctrinas esenciales de la salvación. No tenemos derecho a poner nada por encima de la Palabra de Dios, ni doctrinas papales ni interpretaciones particulares. Si las Escrituras no fueran claras, no serían suficientes. Como son ambas cosas, estamos obligados a leerlas y obedecerlas.

4.4.- LA PALABRA DE DIOS ES REVELADORA.

Toda palabra humana revela alguna cosa de aquel que la pronuncia. Las deficiencias de comunicación verbal suscitan multitud de problemas sociales, ya sea por las cosas que no se han dicho o porque se ha dicho demasiado.

Las dificultades del hombre no provienen de que Dios no haya hablado, ya que Dios es por naturaleza un Dios de comunicación y nos ha creado con capacidad para hablar con Él. La verdadera dificultad proviene de que **no prestamos atención** a lo que el Padre dice.

La Palabra de Dios revela a Dios. Es su **presencia** entre los hombres. Hay una fuerte complementariedad entre la **Palabra** y el **Espíritu** de Dios:

- Hay una identificación entre la Palabra y el “*aliento de su boca*” (Sal. 33:6).
- Jesús nos dice: “*las palabras que os he hablado son Espíritu y vida*” (Jn. 6:63).
- El Evangelio proclamado por Pablo está lleno de poder por la acción del Espíritu (1 Tesal. 1:5).

En Israel, la **presencia de la Palabra** era siempre la **presencia de Dios** mismo:

Deut. 4:6-8: “⁶*Guardadlos, pues, y ponedlos por obra, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: “Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta”.⁷ Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová, nuestro Dios, en todo cuanto le pedimos?⁸ Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta Ley que yo pongo hoy delante de vosotros?”*

Deut. 30:14: “¹⁴*Pues muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas”.*

La **presencia de Dios** era su bendición en respuesta a la obediencia a su Palabra. Tener la ley de Dios escrita en el corazón es tener a Dios como Dios, es ser su pueblo. Es la misma idea que expresa Pablo en Romanos 10:6-8: “⁶*Pero de la justicia que es por la fe, dice así: «No digas en tu corazón: “¿Quién subirá al cielo?” (esto es, para traer abajo a Cristo);⁷ o, “¿quién descenderá al abismo?” (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos)».*⁸*Pero ¿qué dice?: «Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón». Esta es la palabra de fe que predicamos”.*

Jesús está presente **con** y **en** la Palabra que anuncia la salvación por fe en Él.

4.5.- LOS MISMOS ATRIBUTOS DE DIOS SE ATRIBUYEN A SU PALABRA:

La mejor ilustración bíblica es el **Salmo 119**, un himno formal a la Ley de Dios (expresada en toda su riqueza de sinónimos: ley, mandamiento, ordenanza, juicio, palabra escrita...; además, todas las estrofas de ocho versículos se introducen con cada una de las 22 letras del alfabeto). Así, la Palabra de Dios es:

- Justa (7).
- Fiel (86).
- Maravillosa (129).
- Recta (137).
- Pura (140).
- Verdadera (142).
- Eterna (89, 160).
- Perfecta (8)...

4.6.- DIOS ES ADORADO POR SU PALABRA:

Nosotros no adoramos la Palabra de Dios, sino al Dios de la Palabra.

En el A.T. hay un profundo respeto y reverencia hacia la Palabra de Dios, que se traducen en actitudes de adoración a Dios. El salmista “ama mucho” la Ley (Sal. 119:167); alaba a Dios a causa de sus “justos juicios” (119:164), y más que temer la persecución de los hombres dice que “mi corazón tuvo temor de tus palabras” (119:161). Este “temor” delante de la Palabra es el comienzo de la sabiduría y fuente de la confianza (Sal. 56:4): *En*



Dios, cuya palabra alabo, en Dios he confiado. No temeré. ¿Qué puede hacerme el hombre?

4.7.- LA INSPIRACIÓN ES VERBAL.

Dios se revela de manera personal y se da a conocer por medio de la Palabra.

Aunque los teólogos modernos aborrecen la doctrina de la **inspiración verbal**, esta es la única doctrina importante y bíblica. La verdad incapaz de ser expresada en lenguaje verbal es una contradicción de términos. Si la inspiración no fuera verbal sería irrelevante; hay una conexión inseparable entre **pensamiento y palabra**. La Escritura fue dada eficazmente por Dios como medio para transmitir el mensaje divino y la revelación es mediada por esas palabras. Todas las ricas funciones del lenguaje nos transmiten la plenitud del mensaje divino.

La Biblia no se convierte en una verdad subjetiva porque el hombre se apropia de su contenido (como aseguran los teólogos modernos), sino que ella misma es Verdad porque es la palabra escrita e inalterable de Dios. En el momento que recibimos la Biblia hay un cambio, pero no en la Biblia, sino una transformación espiritual *en nosotros*.

La inspiración verbal nos asegura que la verdad de Dios ha sido correcta y debidamente comunicada. El ataque a la inspiración verbal se dirige realmente contra la fortaleza del cristianismo: la **Verdad de Dios**. La inspiración verbal no anula la importante autoría humana de los escritores de la Biblia. Simplemente afirma que las palabras escritas en ella son las palabras de Dios mismo, y por tanto, podemos confiar en esta forma verbal como el vehículo suficiente y fiable de la Revelación divina.

Confesar que la Biblia es la **Palabra de Dios** es reconocer el **aspecto verbal** de la revelación divina. Dios se revela, no solo mediante actos de iluminación subjetiva efectuada por el Espíritu (el testimonio interior), sino también y primeramente por las palabras que lo revelan a Él y su Verdad. Ciertamente, Dios obra, pero igualmente, Él habla. *No hay ninguna oposición o contradicción* entre la auto-manifestación de Dios y la Verdad revelada acerca de Él, ni entre los aspectos personal o verbal de la Revelación.

5.- IMPLICACIONES PRÁCTICAS DE LA DOCTRINA DE LA PALABRA.

5.1.- Cuando se recibe la Palabra se escucha la voz de Dios.

Cuando se recibe y comprende la Revelación bíblica se tiene el gozo de oír a Dios hablándonos personalmente. Dios se dirige a sus criaturas racionales de manera sensata. La Palabra debe ser recibida inteligentemente con el fin de iluminar y juzgar las experiencias humanas, para guiar sabiamente nuestro camino en esta vida.

5.2.- Cuando recibimos la Palabra nos ponemos delante de Dios.

Al leer y escuchar la Palabra de Dios, estamos entrando en su Santuario, en la presencia del Dios vivo, y escuchamos la voz de Dios dirigida a nosotros mismos. Hemos de quitarnos el calzado de nuestros prejuicios y evitar cualquier falta de respeto a su Palabra, porque estamos en un lugar santo.

La predicación debe huir de la verborrea barata y evitar la persistente tentación de usar un pasaje bíblico como trampolín para presentar nuestras brillantes intuiciones y nuestra ingeniosa oratoria. La Palabra de Dios es viva y poderosa. Hay que creerla y esperar que Dios nos dirija por ella de modo eficaz. Para sentir su poder vivificante hemos de discernir el sentido de la Palabra y es este sentido genuino de la Palabra (no el de nuestros conocimientos) el que hemos de exponer y aplicar en la predicación.

5.3.- Adoramos al Dios de la Palabra, no a la Palabra de Dios.

Decir que la Biblia es la **Palabra de Dios**, defender la doctrina de la **inspiración verbal** o afirmar que Dios nos **revela la verdad en los textos bíblicos** no es incurrir en “Bibliolatría”. Podemos señalar las siguientes razones:

- Hay una clara diferenciación entre los **atributos** de Dios y su **Persona**. Adoramos, no al amor de Dios, sino al Dios que es amor. De igual forma, no veneramos la palabra escrita, sino al Dios de la Palabra, sin perjuicio de mostrar nuestro respeto y reverencia a la Palabra, como representante que



es de Dios mismo.

- Para poder comprender bien la Palabra de Dios es necesaria la intervención del Espíritu de Dios, quien asegura la concordancia entre el testimonio exterior (la Escritura) y el interior (en el corazón y la mente del lector).
- De igual forma que Cristo, la Palabra es al mismo tiempo soberanas y sierva. Es soberana porque Dios se expresa en ella, y es sierva puesto que Dios le ha dado la forma de palabras humanas.
- Dios, como Señor de la Palabra, conoce perfectamente el contenido de su revelación. El hombre conoce la Palabra del Señor de manera diferente; su comprensión de las riquezas de Dios es siempre parcial, incompleta y derivada.

6.- LOS ASPECTOS ESENCIALES DE LA PALABRA.

Podemos intentar condensar los elementos esenciales de la Revelación verbal de Dios en el siguiente cuadro:

ASPECTOS DE LA PALABRA:	1.- DIOS EL PADRE.	2.- DIOS EL HIJO.	3.- DIOS EL ESPÍRITU SANTO.
A.- VERBAL	Poder	Inteligencia	Conocimiento
B.- CREACIÓN	Consejo	Envío	Presencia
C.- MEDIOS	Actos	Palabras	Profetas / apóstoles
D.- MENSAJE	Historia	Ley / Evangelio	Promesa / Gracia
E.- PACTO	Fe	Obediencia	Comunión
F.- ATRIBUTOS	Eficacia	Autoridad	Verdad

Podríamos intentar expresar lo que **la Palabra de Dios es** (leyendo **verticalmente**):

- 1.- La persona **poderosa** de Dios el Padre decreta su **Consejo** eterno, lo pone por obra mediante **actos** continuados en la **historia** redentora de su Creación con el fin de despertar **eficazmente** la **fe** del hombre en Su poder salvador.
- 2.- La persona reveladora de Dios el Hijo, quien es el Verbo divino, **envía** la **palabra inteligente** a los hombres para darles a conocer, primeramente su **Ley** y posteriormente su **Evangelio**, con el fin de que **obedezcan** y se sometan a la **autoridad** divina.
- 3.- La persona iluminadora de Dios el Espíritu Santo manifiesta su **presencia** dándonos a **conocer** el mensaje inspirado de los **profetas** y los **apóstoles**, para otorgarnos su **promesa** y manifestarnos la **gracia** divina, formando un pueblo santo, en **comunión** con Dios y consigo mismo, que crece en el amor y la **verdad**.

b) Podemos afirmar los **aspectos de Palabra de Dios** (leyendo **horizontalmente**):

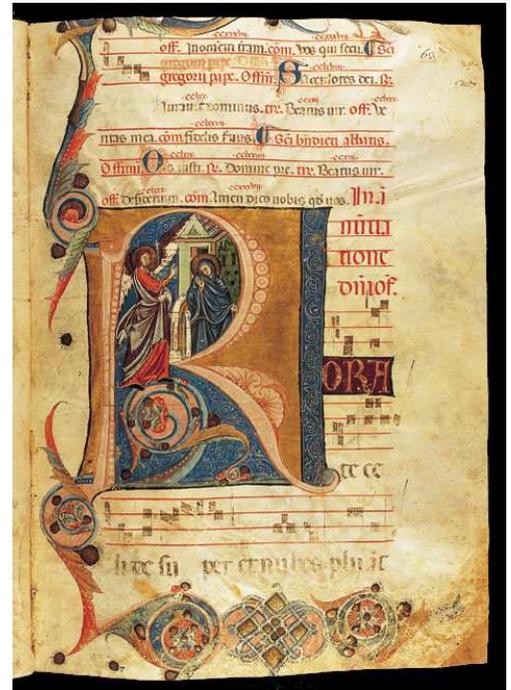
- A.- Es **verbal**, poderosa e inteligible, dándonos a conocer quién es Dios.
- B.- Es **creadora**, enviada a los hombres, creados para su gloria, en cumplimiento de los Decretos eternos de Dios, para manifestarnos su santa Presencia y darnos una nueva vida.
- C.- Es revelada por **medio** de los profetas y los apóstoles, en la soberana dirección de los hechos humanos, a fin de que podamos escuchar la voz de Dios.
- D.- Su **mensaje** es formulado en la historia del hombre, para manifestar la voluntad de Dios en la Ley y el Evangelio, a fin de concedernos su inmerecida promesa y las riquezas de su gracia.
- E.- El **Pacto** eterno suscita la fe y la obediencia eterna, formando un pueblo santo, en comunión con Dios y consigo mismo, unidos por el amor fraternal.
- F.- Expresa eficazmente los **atributos** de Dios, su eterno Poder, su infinita y soberana Autoridad y su gloriosa Verdad.



DICCIONARIO ESENCIAL SOBRE LA PALABRA INSPIRADA DE DIOS.

El estudio sistemático de la doctrina de la Inspiración de la Biblia abarca una materia de enorme riqueza y profundidad, que exige emplear una gran cantidad de conceptos y términos teológicos. Esta terminología teológica no está siempre al alcance de muchos creyentes sencillos, por lo que puede ser útil disponer de un breve diccionario de conceptos esenciales para comprender el profundo alcance de lo que representa la “inspiración de la Palabra de Dios”.

Pero además de asimilar unos conceptos mínimos, indispensables para un estudio provechoso de la Biblia y un crecimiento espiritual sano y equilibrado, vamos a descubrir, tarde o temprano, que *no es oro todo lo que reluce*, ni es teología todo libro que menciona ese término en sus tapas. El número 34 de la revista teológica evangélica, Alétheia, editada por la Comisión de Teología de la Alianza Evangélica Española (también reconocible como el ejemplar 2/2008), José de Segovia presenta en la “Sección Bibliográfica” una selección de 17 obras sobre la “Doctrina de la Expiación”, y aunque varias de ellas son maravillosas, se pueden leer párrafos como los siguientes: *«tristemente estamos ante la paradoja de la ortodoxia católica: confesamos un mismo Dios trino, pero no hay el menor reparo desde una institución como ésta, en negar la clara enseñanza del Nuevo Testamento sobre la obra de Cristo en la cruz»*, o bien *«las características principales de su obra son el rechazo del teísmo y su propuesta de una hermenéutica política... ¡y algunos le llaman a esto teología!»*; y de otro libro: *«tal vez lo que algunos llaman simpleza, es porque lo han sustituido por su propia opinión y sentimientos, que prefieren llamar teología... mucho de lo que hoy llamamos erudición, la Biblia simplemente lo llama incredulidad»*. Y así algunos comentarios más de este tipo. Entonces, ¿cómo diferenciaremos el trigo de la paja? Cuando un auténtico siervo de Dios escribe, sólo oímos una voz, y ésta es la **Verdad de Dios**, una voz que antes de actuar en nuestro intelecto, pasa directamente a los aposentos del corazón y lleva a cabo su labor restauradora. De estas excelsas obras de genuina teología, José de Segovia comenta: *«estos títulos, sin embargo, les producirán una extraña pasión, que les hará desear alargar su lectura lo más posible. Si logran dejar estos volúmenes a un lado, será para orar o secar las lágrimas, que en el momento más inesperado resbalarán por sus mejillas, ante la grandeza de lo que Dios ha hecho por nosotros en la Cruz del Calvario. En momentos así nos damos cuenta lo pobre de una teología que no es capaz de captar la sorpresa que produce la meditación en la Palabra de Dios»*.



Las siguientes definiciones buscan definir de forma sencilla y comprensible los atributos más importantes sobre la **doctrina de la Inspiración divina de las Escrituras**, enfatizando también la postura **ortodoxa** que defienden las mismas Escrituras: **«toda Escritura es inspirada por Dios»**. Aspectos como la **inerrancia** de las Escrituras tienen una amplia respuesta por sufrir los mayores ataques de la crítica moderna.

1.- **CONFIABLE**. En un sentido teológico, la confianza implica no sólo saber y aceptar los hechos revelados en cuanto al Señor Jesucristo, sino también poner nuestra **confianza personal** en Él como Palabra viva. En relación con las Escrituras, la confianza es la convicción que tenemos de que, aunque no poseemos los originales de las Escrituras, el libro sagrado que ha llegado a nuestras manos es íntegramente la Palabra de Dios, con la plena convicción de que ninguna doctrina fundamental ha sufrido alteraciones durante el transcurso del tiempo.

2.- **PODEROSA**. La Palabra cumple siempre con **eficacia** la voluntad divina. Los mandamientos y decretos de Dios no pueden ser quebrantados. La Escritura posee la capacidad de convencer y convertir a los pecadores. La Palabra de Dios no puede ser frustrada por la oposición de los hombres o por las fuerzas del mal.

Como Palabra de Dios posee la capacidad de convencer y convertir a los pecadores. No vuelve vacía (Is. 55:11). A la Escritura se le aplican metáforas vivas, de gran fuerza expresiva: un martillo (Jer. 23:29), lluvia, nieve y semilla (Is. 55:10), fuego en los huesos (Jer. 20:9), leche (1 Pedro 2:2).

La Palabra por el Espíritu y el Espíritu en la Palabra son siempre efectivos, incluso aunque el efecto no siempre sea el mismo. Pueden justificar o condenar. La razón por la que al Espíritu le complace seguir utilizando la Palabra de forma única es porque la Escritura es un producto de Revelación único. Es más que un sermón sobre Cristo; es la Revelación escrita de Dios. Por lo tanto, el Espíritu está presente allá donde la Escritura se lea y predique, deseoso de bendecir donde quiera que se encuentre la fe.

3.- **INTELIGIBLE.** La Palabra de Dios da sentido a la realidad y está en el origen mismo de la realidad. Es comprensible para la mente y el corazón humano, y no puede ser contradictoria ni incongruente.

4.- **REVELADORA.** La Palabra revela la presencia de Dios. En Israel la presencia de la Palabra es la presencia de Dios mismo. Cabe distinguir entre la Revelación **especial** (la Biblia), y la Revelación **general**, que es el conocimiento de la existencia de Dios, de su ley moral que Dios da, en el ámbito de su creación, a toda la humanidad.

5.- **SAGRADA.** Al ser la expresión de Dios mismo, merece el respeto y la reverencia que debemos a Dios. Estar delante de la Escritura es estar en la presencia misma de Dios.

6.- **SABIDURÍA.** El principio de la sabiduría es el temor de YHWH. Ese temor no es miedo paralizante sino **conocimiento reverente** que nos permite caminar con integridad y prudencia, agradando al Señor. La sabiduría es también la doctrina de que Dios siempre escoge las mejores metas y los mejores medios para alcanzarlas.

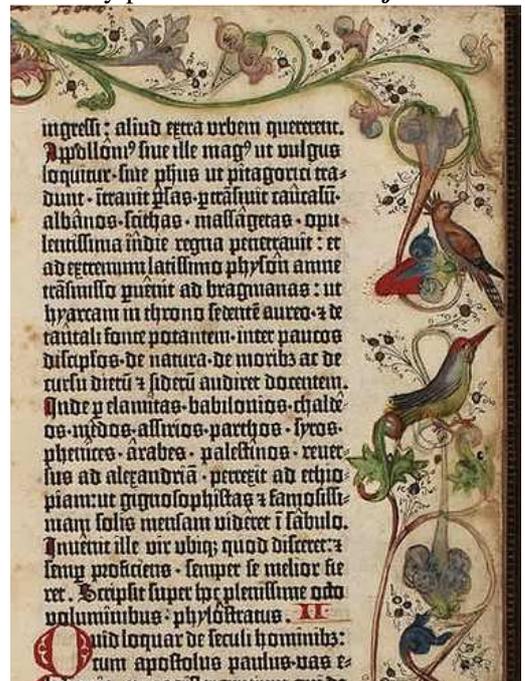
7.- **NECESARIA.** La Biblia es necesaria para conocer el **Evangelio**, para tener una *vida espiritual santa y agradable a Dios, y para conocer su voluntad*. Pero no es necesaria para *conocer que Dios existe* (la revelación general es suficiente testimonio para que el hombre perciba la existencia de Dios), ni para saber algunas cosas en cuanto al carácter de Dios y sus leyes morales.

8.- **INFALIBLE.** La Biblia no puede hacernos descarriar en asuntos de fe y práctica. La Biblia es *fiel* en todo lo que enseña y no puede *engañarnos* en nada (si pudiera hacerlo no sería Su Palabra) de lo que enseña. Este concepto es más amplio y fundamental que el de la inerrancia, en el que se sustenta, y es el único nexo posible entre un Dios absolutamente Santo e inescrutable y la persona pecadora.

John Gill lo expresó con estas palabras: “*En general, no existe nada en ellas que no merezca ser de Dios; nada contrario a su verdad y fiabilidad, a su pureza y santidad, a su sabiduría y bondad, o a ninguna de las perfecciones de su naturaleza; no existe falsedad ni contradicción en ellas; pueden ser llamadas con gran propiedad, como son, las Escrituras de la Verdad y la Palabra de Verdad*”

9.- **INERRANTE.** La Biblia es *veraz* en todo lo que trata y está **exenta de todo error, fraude o falsedad**. En los manuscritos originales no se afirma nada que contradiga los hechos. La Biblia no sólo es **sin error** en sus afirmaciones, sino que incluso es apta para permitir una **comprensión profunda de las realidades espirituales y materiales** tal como Dios las ha querido.

La inerrancia no presupone un texto perfecto y exhaustivo en todos sus detalles, como sería un moderno texto de historia o de ciencias. En la historiografía antigua lo importante era transmitir correctamente lo *esencial* de lo que se había dicho. Las Escrituras judeo-cristianas son las únicas del mundo que pretenden someterse a la investigación histórica. Si Dios se hizo hombre en el tiempo, en el espacio y en la historia humana, nos invita con ello a que examinemos las pruebas históricas de la vida de Jesús, sus milagros, profecías, muerte, resurrección, etc. Es importante advertir que la inerrancia se afirma siempre de los **autógrafos originales**; los errores de copistas o traductores no son impedidos o evitados por este concepto bíblico de inerrancia. Tampoco debemos confundir *errores* con *tensiones* o *dificultades* conceptuales. Hasta hace poco se sabía que la cronología de la semana de la pasión no resultaba concordante en los cuatro Evangelios; recientemente se ha demostrado el uso de *dos*



calendarios diferentes para las referencias cronológicas de esta semana crucial, y se ha visto que todos los detalles cronológicos son perfectamente concordantes. Hay muchas *dificultades aparentes* en la Biblia (incluso existen diccionarios de “Dificultades aparentes”), pero la inmensa mayoría de ellas admiten *explicaciones plausibles*, por lo que no pueden socavar nuestra fe. Nunca se ha probado la existencia de *errores o engaños intencionados* (salvo en textos heréticos, naturalmente).

La importancia de la inerrancia como elemento de una doctrina de la Escritura reside en el hecho de que **sin ella es imposible reconocer como auténtico lo que el Evangelio dice sobre la persona del Salvador**. El contenido de la fe cristiana se convierte en algo puramente subjetivo, y el mensaje cristiano pierde todo su carácter de veracidad.

La inerrancia es uno de los aspectos de la autoridad bíblica: el de la veracidad de las *afirmaciones o proposiciones* de las Escrituras, ya que la verdad en cuestión está **garantizada por Dios** mismo. La *verdad* y la *claridad* son dos aspectos complementarios de la Palabra inspirada.

Esta doctrina invita a la modestia intelectual y a una confianza total delante de la Palabra de Dios. Debemos mostrar el respeto que es debido a un texto reconocido como revelación divina, y sentir el deseo de vivir según su verdad.

La inerrancia no sólo se deduce implícitamente, sino que se afirma *explícitamente*. **Dios no miente** (Heb. 6:18; Tito 1:2; 2 Tim. 2:13; Núm. 23:19). El que es **omnisciente**, ¿**puede ser ignorante de las cosas del pasado o del futuro?** (Heb. 4:13; Sal. 33:13-15; Sal. 139). La Escritura inspirada es su Palabra, por lo tanto es inerrante porque **expresa el carácter de Dios**.

En Efesios 4:17-18, Pablo dice de los paganos inconversos que **su inteligencia no conduce a nada**, su **entendimiento** está **sumido en tinieblas** y su **corazón** está **endurecido en la ignorancia**. En cambio, la **transformación espiritual del hombre nuevo** conlleva un **cambio de mentalidad** operado por la verdad de Dios, manifestándose en un **deseo acrecentado de justicia y santidad**. El pecado y la gracia influyen tanto el **pensamiento** como la **voluntad** o la **experiencia existencial**.

La **existencia del error** está en la base de toda **búsqueda de la verdad** ya que de otra manera no sería necesario luchar para conocerla; en otras palabras, la noción de verdad no ha tenido un sentido pleno hasta conocer las amargas consecuencias de la *Caída*. Buscar la verdad es esforzarse por escapar del *error*, que es una *perversión de la realidad*. De esta manera el **error** en los hechos tiene siempre un **sentido ético y espiritual**, poniendo en evidencia nuestra separación de Dios. No en vano a **Satanás** es llamado “**el padre de la mentira**” y se le designa como el **mentiroso** por excelencia, ya que el error tiene su origen en él. La historia de la salvación es el terreno sobre el cual se libra la batalla entre la verdad de Dios y la mentira negadora que es una triste consecuencia de la alienación humana.

Pensar y actuar según la verdad, incluso en los hechos cotidianos, es un **acto espiritual** ya que esto corresponde a **negar el dominio de Satanás**. La revelación de la verdad dada por Dios es una denuncia de la mentira que encadena al hombre. De ahí la importancia de una **teología verdadera**, de una **predicación** y de una **acción** fundadas sobre la **verdad**. **Hay verdad si hay concordancia entre nuestra interpretación de la realidad y el sentido que Dios ha dado a las cosas al crearlas**. Nuestros pensamientos pueden ser **verdaderos** y con sentido (creciendo en sabiduría espiritual), o por el contrario, **insensatos**, necios y vanos.

La gracia de Dios restablece la **comunidad entre el Creador y su criatura**. Ello es obra del Espíritu de Dios, que es el **Espíritu de verdad** y de renovación. Esta comunidad restaura el sentido de la existencia humana en toda su diversidad, orientándolo hacia Dios. Tanto la **unidad** del mensaje bíblico, como su **verdad**, serán plenamente manifestadas cuando Dios cumpla sus promesas conduciendo a la gloria a muchos hijos (Heb. 2:10).

Conviene recordar que, en términos generales, la Biblia **no pretende** el rigor extremo del **lenguaje científico** moderno sino que emplea de forma más habitual el **lenguaje cotidiano**. Así pues, el orden cronológico no es siempre estricto; las cifras pueden redondearse o adaptarse a un propósito simbólico; las fechas muchas veces son poco precisas; las descripciones pueden ser coloquiales; las citas pueden resultar bastante libres y el lenguaje del texto original puede mostrarse con escaso rigor en el plano gramatical o sintáctico. La Biblia no reclama para sí la precisión extrema de una tesis doctoral; más bien adopta las prácticas cotidianas



habituales en el momento en que es escrita. La **voluntad de Dios es hablarnos al corazón**, no impartir estudios científicos.

La lectura de la Biblia nos enfrenta constantemente a numerosas **dificultades**. La forma más sabia de enfrentarse con ellas es **admitir nuestra ignorancia** y someter nuestras dudas a la iluminación progresiva del Espíritu. **Nunca** encontraremos **errores o contradicciones**, y la gran mayoría de dificultades son **aparentes**, admitiendo explicaciones plausibles y satisfactorias. Veamos algunos ejemplos significativos de aparentes dificultades y sus explicaciones razonables:

a) *Hay cuatro evangelios en lugar de uno solo, y sus relatos se contradicen entre sí.*

Aunque hay detalles que son difíciles de armonizar entre sí, los evangelios no se contradicen jamás en los temas capitales de la vida y muerte de Jesús. Las presentaciones difieren según la perspectiva y los propósitos de cada evangelista, pero los cuatro relatos se complementan de manera notable. Los acontecimientos narrados no se pueden rechazar para escoger solamente los aspectos de la fe; la fe y los hechos son unidades indisolubles, y como tales son presentados por cada autor.

b) *Las genealogías de Mateo 1 y Lucas 3 se contradicen.*

Mateo nos da la ascendencia de José, el “padre legal” de Jesús, mientras que Lucas expone la genealogía de María, teniendo en cuenta la concepción virginal. Esta interpretación es la **habitual desde el siglo V dJC**.

c) *El número de ángeles presentes en la tumba después de la resurrección.*

La comparación de los pasajes permite afirmar que dos ángeles estaban presentes, **condición necesaria para que un testimonio sea válido según criterios bíblicos**. Si en Mateo y Marcos sólo se menciona un ángel se debe a que sólo uno de ellos ha movido la piedra, aterrorizado a los guardias y dirigido su mensaje a las mujeres. Si había dos ángeles, por fuerza tenía que haber uno.

d) *Mateo se equivoca atribuyendo 27:9 a Jeremías un texto donde se hace alusión al campo del alfarero, cuando es del profeta Zacarías 11:13.*

Mateo combina las citas de ambos profetas y atribuye el conjunto a Jeremías porque es el más conocido de los dos, quién además fue perseguido y rechazado, resultando ser por ello un tipo de Cristo. Marcos hace lo mismo con 1:2-3, citando a Isaías y Malaquías, atribuyendo la cita conjunta al primero de ellos.

e) *La Biblia cita autores no inspirados.*

Pablo cita a Elifaz en 1 Cor. 3:9, uno de los amigos reprobables de Job, y también a escritores conocidos del mundo ateniense en Hechos 17. Elifaz está equivocado al imputar a Job una culpabilidad inexistente, pero igualmente pudo decir cosas verdaderas en su argumentación. La verdad no es exclusiva de los profetas y apóstoles inspirados pues Dios, en su gracia común, permite a los hombres pecadores formular juicios correctos. Al incorporarse a los textos bíblicos estos juicios humanos **adquieren un carácter nuevo** por el efecto de la **inspiración**.

f) *Las palabras pronunciadas por Satanás no pueden ser “Palabra de Dios”.*

Estas frases son “Palabra de Dios” por la función que cumplen en los pasajes evangélicos y por el hecho de que son históricamente auténticas. Dios nos comunica, por la inspiración de los autores sagrados, no sólo lo que es verdadero con relación a Sí mismo, sino también lo contrario, con propósitos de advertencia.

g) *Los acompañantes de Saulo, en el camino hacia Damasco, ¿escucharon la voz que detuvo a Saulo? (Hechos 9:7 y 22:9).*

Parece haber una contradicción entre ambos relatos, sin embargo, con una exégesis cuidadosa del texto griego podemos distinguir entre escuchar el ruido y percibir una voz con una comunicación inteligible. Todos escucharon un ruido asombroso pero sólo Saulo escuchó el mensaje del Señor dirigido a él. En Juan 12:28 vemos también cómo la voz del cielo que se dirige a Jesús es percibida por la multitud como un trueno.

10.- **PLENARIA**. La Escritura es un organismo inspirado en todo su conjunto, no simplemente en alguna de sus partes. La inspiración garantiza **todo** lo que la Escritura enseña; es una prenda sin costuras, como la túnica de Jesús. Él nunca admitió dicotomías en las Escrituras, nunca distinguió entre lo verdadero y lo falso, o entre



temas revelados y no revelados. Su actitud fue siempre de **confianza total**; y entre los textos que citó explícitamente hizo referencia a la Creación de Adán, el Diluvio del Génesis, las profecías de Daniel o la angustiada experiencia de Jonás.

El Nuevo Testamento nunca reconoce trivialidades en el Antiguo (Rom. 15:4). Nadie podría expresar mejor este aspecto doctrinal de la inspiración plenaria que el reconocido obispo anglicano **J.C. Ryle**: *“Cuando más peligrosamente corrompemos la palabra de Dios es cuando dudamos de la **Inspiración plenaria** de cualquier parte de la Sagrada Escritura. No se corrompe solamente la copa sino toda la fuente. No se corrompe simplemente el cubo de agua viva, que profesamos que está presente en nuestro pueblo, sino que se envenena todo el pozo. Si nos equivocamos en esto, todo el contenido de nuestra religión está en peligro. Es una grieta en los cimientos. Es un gusano en la raíz de nuestra teología. Si hemos permitido que el gusano roa la raíz, no debemos sorprendernos si las ramas, las hojas y los frutos, poco a poco se caen. Todo el tema de la inspiración, soy consciente, está rodeado de dificultades. Todo lo que diría es que, a pesar de que no hayamos sido capaces de resolver algunas todavía, la única base que mantener es ésta: que **cada capítulo, cada versículo, cada palabra de la Biblia ha sido dada por la Inspiración de Dios**”.*

No obstante, la Inspiración plenaria no excluye la Revelación progresiva. Ciertos pasajes, debido a que se dan en la cumbre de la Revelación redentora, son más conocidos y apreciados por el pueblo cristiano. La Inspiración plenaria no implica que cada texto tenga la misma importancia que los demás, sino que está ahí porque ahí es donde Dios deseó que estuviera. Muchos teólogos niegan la Inspiración plenaria para poder librarse de la influencia controladora de la Escritura y poder exaltar algunos aspectos de la enseñanza bíblica en detrimento de otros.

11.- **VERBAL**. La revelación plena, necesaria y suficiente de Dios nos es transmitida por medio del lenguaje, a través de su Palabra. La inspiración verbal es el reconocimiento de que la Biblia, como un depósito de lenguaje, es la Palabra de Dios. Nos asegura que la Verdad de Dios ha sido correcta y debidamente comunicada. Los ataques contra la inspiración verbal se dirigen realmente contra la Revelación divina de la Verdad bíblica, la fortaleza central del cristianismo. Los enemigos del cristianismo sostienen la imposibilidad de que Dios se revelara a Sí mismo en el lenguaje finito de los hombres; no obstante, este no es un problema para ningún cristiano porque la Encarnación lo aclaró de una vez por todas. Más bien, el hecho de que disfrutamos de una relación personal con Dios mediante Cristo, hace que el lenguaje de la Revelación sea *más* importante para nosotros, no *menos*. Mediante la palabra humana la Revelación divina promueve todas sus ricas y diversas formas a través del lenguaje: informar, rebatir, resumir, corregir, alabar...

Aunque para muchos teólogos la inspiración verbal es una teoría detestable, es en realidad la única teoría importante y bíblica. Dado que la inspiración tiene que ver con textos escritos, afecta a las palabras y al lenguaje. La verdad incapaz de ser expresada en términos verbales es una contradicción de términos; si la inspiración no fuese verbal sería irrelevante. Existe una conexión inseparable entre el pensamiento y la palabra. Todas las ricas funciones del lenguaje deben transmitir el mensaje divino: informarnos de los hechos, doctrinas, ideas; expresarnos los sentimientos y experiencias que desencadena la fe en los hombres; impregnarnos con el poder radical de su mensaje...

12.- **CONFLUENTE**. En la Biblia se da el profundo misterio de la confluencia entre unos autores humanos, limitados y finitos, pero que se expresan con toda la riqueza de su personalidad, y el Autor divino, que nos ha transmitido exactamente lo que quería decirnos. La Biblia es tanto la Palabra de Dios como las palabras de los hombres (quienes en muchas ocasiones ni siquiera eran conscientes de que estaban escribiendo la Escritura); es decir, el producto simultáneo del soplo divino y de la pluma humana. Sin violar las personalidades de los autores, estos escribieron con sus pensamientos, capacidades literarias y preocupaciones, pero al finalizar su trabajo Dios podría decir: “esto es exactamente lo que deseaba escribir”.

El milagro de la Inspiración es análogo a la unión en una persona de las dos naturalezas de Cristo; sólo podemos confesar este misterio, no entenderlo. Sólo podemos afirmar que el Espíritu de Dios trabajó junto a los escritores siendo Él mismo la causa principal y ellos la libre causa instrumental. El Dios de la Biblia no es un espectador pasivo sino que trabaja



activamente en todas las cosas según el consejo de su Voluntad (Ef. 1:11).

13.- **AUTORIDAD.** Todas las palabras de la Biblia son de Dios, de manera que no creerlas o desobedecer cualquier palabra de las Escrituras es no creer o desobedecer a Dios mismo.

La razón por la que la Biblia reviste unas **formas literarias extremadamente variadas**, sin limitarse a la enseñanza didáctica y lógica, se debe a que **la regeneración del Espíritu alcanza al hombre integralmente** y no a uno solo de sus caracteres. No se dirige exclusivamente al intelecto, sino también a la voluntad y los sentimientos. Es una **pedagogía** profunda, en el sentido más completo de la palabra. Así, entre los materiales utilizados por la Biblia figuran narraciones históricas, prosa jurídica, poesía, literatura sapiencial, profecías o enseñanza sistemática. Las formas verbales cumplen, cada una de ellas, funciones diferentes: una *afirmación* proclama una verdad; un *mandamiento* estipula la obediencia y la fe; una *exclamación* apela directamente a los sentimientos; una *pregunta* espera una respuesta verbal y mental; una *exhortación* se dirige a la voluntad de obediencia, una *promesa* suscita la esperanza de una bendición, una amenaza o *advertencia* el temor de una pena...

Incluso el género lírico por excelencia, la **poesía**, tiene en la Biblia un carácter **normativo**. La poesía bíblica no es una vaga efusión de sentimientos o misticismos que emergen del peculiar mundo onírico de su autor, sino que trata cuestiones de una gran importancia (la relación entre Dios y su pueblo en la historia de la salvación), y a partir de ahí apela a nuestro **sentido espiritual**, a nuestras acciones de gracia, de alabanza exultante o a la necesidad de arrepentimiento.

14.- **SUFICIENCIA.** La Biblia contiene todas las palabras de Dios que Él quería que su pueblo tuviera en cada etapa de la historia de la redención. Ahora contiene todas las palabras de Dios que necesitamos para la salvación, para confiar plenamente en Él, y para obedecerle perfectamente. Son **suficientes** para asegurar el bienestar espiritual, doctrinal y ético del pueblo de Dios (2 Tim. 3:15; Lc. 24:25-27).

Los creyentes no suelen mostrar rechazo ante la autosuficiencia de las Escrituras. La verdadera dificultad surge al considerar si hoy es suficiente para regir todos los aspectos éticos y espirituales de la vida, revelando la voluntad de Dios en todas las áreas. La Biblia no trata de la multitud de los problemas cotidianos. Lo que nos indica es cuál es nuestro deber hacia el Señor y cuáles son las normas y principios que debemos aplicar en la diversidad de las situaciones humanas. Si el **propósito** en todas las situaciones es la gloria de Dios, si la **motivación** primera es el servicio a Dios y hacia el prójimo, la Biblia como **norma** es siempre suficiente.

La doctrina de la **suficiencia** de la Escritura conduce a la **obediencia cristiana** y permite al hombre nuevo encontrar el gozo de **aplicar la fe** en la vida diaria y tomar conciencia de su **crecimiento** en el Señor.

15.- **CLARIDAD.** La Biblia está escrita de tal forma que sus enseñanzas pueda entenderlas todo aquel que la lea buscando la ayuda de Dios y esté dispuesto a seguirla. Aunque la Biblia es clara cuando trata las doctrinas de la salvación, la ceguera de nuestros ojos espirituales nos hace incapaces de ver las cosas que son objetivamente perceptibles, por lo que tenemos necesidad de la **iluminación interior** del Espíritu de Dios para una comprensión de lo que está revelado en la Palabra. Pero, a pesar de las dificultades de interpretación, **lo que es necesario para la salvación es accesible a todo aquel que lo busca.**

Afirmar la claridad de la Biblia no contradice la necesidad de su estudio, el uso de herramientas adecuadas (diccionarios, concordancias, comentarios...), ni la necesidad de que en la Iglesia hayan maestros cualificados para enseñar.

La Escritura es una “lámpara que brilla en el lugar oscuro” (2 Pedro 1:19). El “Padre de toda luz” ha dado Su Palabra para ser lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino (Sal. 119:105). No es inaccesible ni está escondida (Deut. 30:11-14). Se nos ordena leerla y escudriñarla (Jn. 5:39; Hch. 17:11). Hace sabio al sencillo, revive el alma, alegra el corazón, ilumina los ojos (Sal. 19:7-8). La Escritura es clara porque es de Dios; si no lo fuera fracasaría en su propósito. Todo lo que es necesario conocer se enseña en su interior. Los pasajes oscuros nunca afectan a la claridad de las doctrinas esenciales de la salvación.

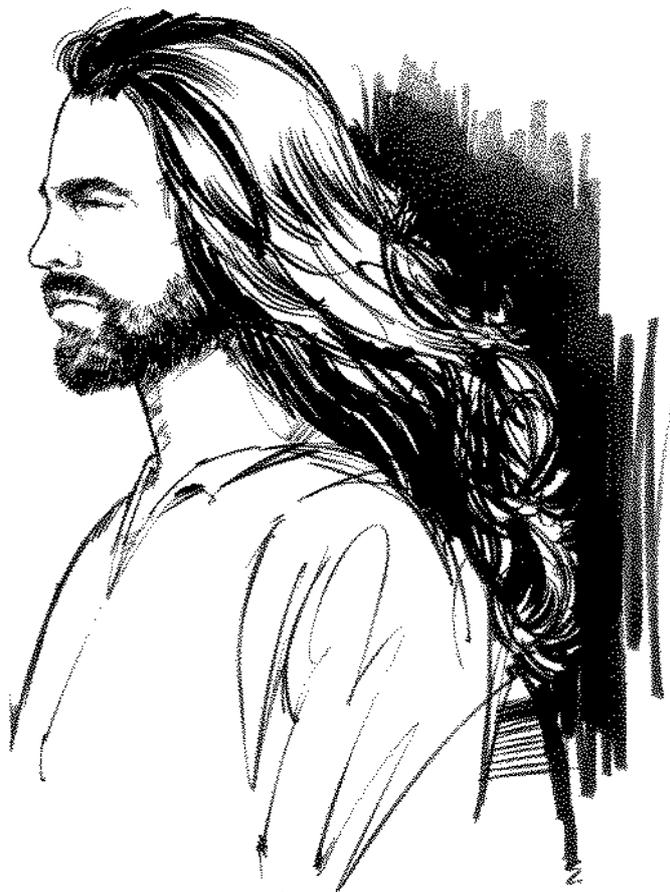


Si las Escrituras no fueran claras, no serían suficientes; como son ambas cosas, estamos obligados a leerlas y a obedecerlas.

EL PROPÓSITO CENTRAL DE LA ESCRITURA ES PRESENTAR A CRISTO (LC. 24:27).

El enfoque, el final y el centro de la Escritura es Jesucristo. Él es la llave para abrir todo el tesoro, la guía hermenéutica que captura el verdadero significado de la Biblia. El objetivo central de la Escritura es lo que Cristo ha hecho por gracia para su pueblo. El Nuevo Testamento interpreta al Antiguo según un principio Cristocéntrico. En la Palabra escrita de Dios encontramos la Palabra viva (2 Tim. 3:15). Todo el Nuevo Testamento trata del cumplimiento mesiánico. Cristo es el eje que une los dos Testamentos o Pactos.

El Espíritu y la Palabra son los testimonios y los sirvientes de la Palabra viva. El hecho de que sean sirvientes no excluye su divinidad, tan sólo expresa su función. La Biblia es secundaria a Cristo en importancia redentora, pero es la primera como fuente de conocimiento. Igual que San Juan el Bautista, nos dice: “Yo no soy la luz, sino que vine a ser testigo de la luz”. La Santa Escritura siempre señala una revelación más importante que ella misma. Y también, como Juan, es una voz profética cuya autoridad viene del cielo y cuya manifestación es verdad.



BIBLIA HEBREA

(Antiguo Testamento)

LA LEY

Génesis	1
Éxodo	2
Levítico	3
Números	4
Deuteronomio	5

PROFETAS ANTERIORES

Josué	6
Jueces	7
1º Samuel	8
2º Samuel	9
1º Reyes	10
2º Reyes	11

PROFETAS POSTERIORES

Isaías	12
Jeremías	13
Ezequiel	14
Oseas	15
Joel	16
Amós	17
Abdías	18
Jonás	19
Miqueas	20
Nahum	21
Habacuc	22
Sofonías	23
Hageo	24
Zacarías	25
Malaquías	26

HAGIÓGRAFOS (Escritos Santos)

Salmos	27
Proverbios	28
Job	29
Cantar de los Cantares	30
Rut	31
Lamentaciones	32
Eclesiastés	33
Ester	34
Daniel	35
Esdras	36
Nehemías	37
1º Crónicas	38
2º Crónicas	39

TENAK

(TeNaKh)

TORÁ (Ley)

Bereshit	1
Shemot	2
Vayicrá	3
Bemidbar	4
Devarim	5

NEBIIM RISHONIM

Yeoshúa	6
Shoftim	7
Shmuel I	8
Shmuel II	
Melajim I	9
Melajim II	

NEBIIM AJRONIM

Yeshayahu	10
Yirmiahu	11
Yejezkel	12
Hoshea	13
Yoel	
Amotz	
Ovad'yá	
Yoná	
Mijá	
Najum	
Javacuc	
Tz'efaniyá	
Jagai	
Zejariyá	
Malají	

KETUBIM

Tehilim	14
Mishlei	15
Iyov	16
Shir Hashirim	17
Rut	18
Ejá	19
Cohélet	20
Ester	21
Daniyel	22
Ezrá	23
Nejemíá	
Divrei Hamayim I	24
Divrei Hamayim II	

FLAVIO JOSEFO:

22 libros =
22 letras alfabeto hebreo

Agrupando:

Jueces / Rut
Jeremías / Lamentaciones

BIBLIA GRIEGA

Septuaginta

PENTATEUCO

Génesis
Éxodo
Levítico
Números
Deuteronomio

LIBROS HISTORICOS

Josué
Jueces
Rut
Reyes (1 y 2)
Reyes (3 y 4)
Paralipómenos (1 y 2)
Esdras
Nehemías
Ester

+1
+2
+3 a 5**LIBROS POÉTICOS**

Salmos
Proverbios
Eclesiastés
Cantar de los Cantares
Job

+6 a 7
+8 a 10**LIBROS PROFÉTICOS**

Oseas
Amós
Miqueas
Joel
Abdías
Jonás
Nahum
Habacuc
Sofonías
Hageo
Zacarías
Malaquías
Isaías
Jeremías

+11
+12
+13
+14**APÓCRIFOS**

Los 3 pajes del Rey Darío	+1
Suplementos a Ester	+2
Judit	+3
Tobit	+4
Macabeos (1 a 4)	+5
Salmo 151	+6
Odas	+7
Sabiduría de Salomón	+8
Ben Sira (Eclesiástico)	+9
Salmos de Salomón	+10
Baruc	+11
Carta de Jeremías	+12
Susana	+13
Bel y el dragón	+14

HISTORIA ESENCIAL DEL CANON DE LA BIBLIA

SIGNIFICADO DEL TÉRMINO “CANON”

En nuestro ámbito cristiano definimos el **Canon** como “*la lista de escritos reconocidos por la Iglesia como documentos revelados por Dios*”. Atanasio de Alejandría, en el año 367 dC, utilizó por primera vez esta palabra con este sentido, en una de sus cartas.

Esta palabra procede del griego **kanon** y designaba una caña. Se empleó para designar las cañas rectas que se utilizaban como regla o vara de medir, y que se podía subdividir en unidades más pequeñas. Con el tiempo, el “canon” se refería a estas marcas en la regla (nuestros centímetros o milímetros). Más tarde este sentido se generalizó para designar una lista o una serie. De ahí viene el sentido que le damos ahora a la lista de los libros de la Biblia.

Pero la iglesia primitiva utilizó la palabra en otro sentido: la “**regla de fe**” o “regla de verdad”. Consistía en la **enseñanza de los apóstoles**, y era el patrón que se utilizaba para examinar las doctrinas o interpretaciones. Nosotros hablaríamos de la “*sana doctrina*” o del “*credo apostólico*”. En este sentido, **todo lo que no se ajustaba al canon era rechazado**. Recordemos que en los primeros tiempos de la Iglesia los libros del N.T. aún no existían o se empezaban a escribir, y por ello era fundamental en todos los aspectos la “sana doctrina apostólica” que se enseñaba **oralmente**. La rápida expansión de la Iglesia, y los ataques que sufrió, hizo necesario disponer de textos escritos que el E. Santo fue inspirando en los autores divinamente escogidos para ello. Una vez reconocidos y aceptados (al comprobarse que cumplían los requisitos y enseñanzas de la doctrina apostólica) se copiaban manualmente de una forma muy diligente y profesional por parte de escribas especializados.

En nuestros días, se entiende por canon la **lista reconocida de libros inspirados**, y se ha perdido este sentido de “medida de fe o conducta” que tuvo antiguamente.

Cuando estudiamos el Canon, debemos responder, al menos, a dos grandes preguntas: **¿Cómo llegaron determinados manuscritos, y sólo éstos, a ser reconocidos como escritos divinamente inspirados? Y ¿quién decidió que estos escritos, y no otros, debían ser aceptados como Sagradas Escrituras?**

La incredulidad de todos los tiempos ha tratado por todos los medios de destruir la canonicidad de los libros de la Biblia. La herejía gnóstica, que ya fue refutada en sus primeras manifestaciones por las cartas apostólicas, floreció a lo largo del siglo II, y ha dejado diversos escritos, algunos de los cuales han llegado a nuestros días, como los manuscritos de **Nag Hamadi** o el reciente **Evangelio de Judas**. Hoy en día está floreciendo una abundantísima literatura anticristiana, que se puede ver en los mejores escaparates de cualquier librería (el Código da Vinci es un ejemplo bien conocido). La esencia de esta literatura consiste en sugerir que aún hay muchos manuscritos perdidos y que si apareciesen nos contarían una historia muy diferente a la que supuestamente “inventó” la Iglesia, o bien se recurre a la pura y simple difamación sugiriendo que Jesús mantuvo relaciones ilícitas, que tuvo una descendencia secreta, etc. Por supuesto, todo esto son ataques anticristianos que siguen la corriente de este mundo y que cualquier cristiano genuino percibe fácilmente. Pero siembran muchas dudas en jóvenes y adolescentes, en personas simpatizantes de nuestras iglesias o creyentes neófitos (término genuinamente bíblico). Ninguno de nosotros puede refutar todos y cada uno de los ataques que sufre el cristianismo, en general, pero sí deberíamos poder ser capaces de distinguir la pura **ficción novelesca** de los **relatos históricos** verdaderos que encontramos en la Biblia, o poder diferenciar cualquier **difamación**, de lo que consideramos “*sana doctrina*” o el “depósito de la fe una vez dada a los santos”. Es por ello que necesitamos unos mínimos conocimientos sobre Doctrina de la Biblia para saber dónde pisamos y defender nuestros puntos de vista cristianos cuando sea necesario.



Como sabemos, nuestras Biblias tienen dos **Testamentos**. Esta palabra viene del latín “**testamentum**”, que es a su vez una traducción del griego “**diatheke**”. Testamento, en nuestro lenguaje corriente, puede significar una *última voluntad*, pero no es éste el significado habitual de “diatheke”, que se refiere más bien a los términos de un **pacto** o acuerdo. Por ello podemos referirnos, de forma correcta y genuina, al **Antiguo Pacto** y al **Nuevo Pacto**. En nuestra *visión dispensacionalista* de la historia estamos habituados a distinguir diferentes pactos (el abrahámico, el mosaico, el davídico...) porque cada uno de ellos tiene diferentes especificaciones y singularidades, pero examinando un buen diccionario bíblico nunca aparece el término *pactos*, en plural. Dios siempre habla del pacto, en singular, por lo que es genuinamente bíblico hablar de un solo pacto, que es reafirmado, renovado o singularizado en diferentes momentos. Es interesante para nuestro estudio la cita de Éxodo 24:4-8: “*Y Moisés escribió todas las palabras de Yahvéh, y levantándose de mañana edificó un altar al pie del monte... Y tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: ‘haremos todas las cosas que Yahvéh ha dicho, y obedeceremos’.* Entonces Moisés tomó la sangre y roció sobre el pueblo, y dijo: *‘He aquí la sangre del pacto que Yahvéh ha hecho con vosotros sobre todas estas cosas’*”. Por ello Jesús puede decir “*esto es mi sangre del nuevo pacto*”, y el autor de Hebreos asegura (8:13) que “*al decir ‘nuevo pacto’ ha dado por viejo al primero; y lo que se da por viejo y se envejece está próximo a desaparecer*”. Por esto, nuestra Biblia es el libro del **Antiguo Pacto** y del **Nuevo Pacto**. Nosotros, como dice Pablo, somos “*ministros del Nuevo Pacto*”, pero recibimos toda la Palabra de Dios como nuestro manual de aprendizaje en esta vida. El primer pacto, como dice Hebreos 9:1, tenía ordenanzas de culto y un santuario terrenal. Este **primer pacto se cumple en Cristo**, porque todo él apunta a la persona y al sacrificio de Cristo, y es **nuestro Salvador** quien **inaugura el nuevo pacto**, un pacto que sí podemos cumplir, porque nos da una *nueva vida*, aunque seguimos siendo imperfectos. En un sentido salvífico somos totalmente hijos del Nuevo Pacto, pero **la Palabra de Dios es una sola, Antiguo y Nuevo Pacto**. Toda ella es nuestro manual divino de enseñanza para conocer a Dios y relacionarnos con Él. Para entender a fondo el significado de la cruz necesitamos estudiar Levítico. Para conocer nuestros orígenes, en el más profundo sentido del término, necesitamos estudiar Génesis. Hay el mismo nivel de estupideces en toda esa patraña del Código da Vinci, como en toda la verborrea del evolucionismo moderno; la Palabra lo evidencia.

El antiguo pacto dejó bien claro a los hombres cuál es la *voluntad divina*, pero **no impartió poder para llevarla a cabo**, y por esto quebrantaron el pacto. Por ello, como anunció Jeremías, bajo el nuevo pacto no sólo se impartiría al pueblo el *deseo de hacer la voluntad de Dios*, sino también el *poder para ello*. Su ley sería depositada dentro de ellos y escrita en sus corazones.

Cada uno de estos pactos, el antiguo del **Sinaí** y el nuevo pacto inaugurado por **Jesús**, originó un gran movimiento espiritual, y dio lugar a un **cuerpo especial de literatura** que ha llegado a ser conocido como “los libros del antiguo pacto” y los “libros del nuevo pacto”. La primera colección se originó durante algo más de mil años, mientras que la última tiene un carácter más inaugural, y se compiló en su totalidad dentro del siglo I. A finales del siglo II ya se conocían estas **colecciones** como Antiguo y Nuevo Pacto (como vemos en los escritos de Clemente de Alejandría o Tertuliano de Cartago), la primera *común a judíos y cristianos* y la segunda *exclusiva* de estos últimos.

Así como las palabras del Pacto proceden de Dios, **es el mismo Dios quien nos dice cuándo sus palabras han sido completadas**. Dos grandes citas lo atestiguan: **Dt. 4:2** (reiterado en 12:32) y **Apocalipsis 22:18-19**. Estas mismas palabras van calando en la Iglesia y surge claramente la idea de que **el Canon ha sido completado por Dios**. Tenemos testimonios de ello en una carta del 192 dC, de un cristiano desconocido dirigida al obispo Avircio Marcelino, citada por Eusebio. Ese texto habla de “*la palabra del nuevo pacto del evangelio, a la que no puede añadir nada nadie que haya escogido vivir de acuerdo al evangelio mismo y de donde nada se puede quitar*”. Otro manual más antiguo de enseñanza cristiana de fines del primer siglo, conocido como la Didajé, haciéndose eco de aquella referencia del Deuteronomio dice que “*no dejarás de cumplir los mandamientos del Señor, sino que guardarás las cosas que has recibido, ‘sin añadir ni quitar’*”. Josefo mismo escribe lo siguiente: “*Aunque ya haya pasado tanto tiempo, nadie debe atreverse a añadirles nada, ni a quitarles nada ni a cambiar nada de ellas*”.

Este significativo lenguaje, tanto de cristianos como de judíos, difícilmente puede significar otra cosa que no sea un **Canon cerrado y completo**. No hay ninguna tabla mormona o ningún evangelio de Judas haciendo cola para entrar un día en el Canon.

EL CANON DE LA BIBLIA HEBREA (TENAK)

1) EL TESTIMONIO DE JESUS.

La Iglesia cristiana comenzó su existencia con un libro, pero **no es al libro al que debe su existencia**. Aunque compartía el libro con el pueblo judío y todos sus miembros eran judíos, su existencia distintiva se debía a una persona, “**Jesús de Nazaret, crucificado, muerto y sepultado, pero declarado Hijo de Dios con poder... por la resurrección de entre los muertos**” (Rom. 1:4).

Jesús, como atestigua toda la tradición evangélica, apelaba de forma regular a las **Escrituras hebreas** para validar su misión, sus palabras y sus actos. Comenzó su ministerio en Galilea con el anuncio de que “**el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios se ha acercado**” (Mar. 1:14). Los judíos, que estaban familiarizados con las Escrituras, recordarían la promesa dada en el libro de Daniel: “**el Dios del cielo levantará un Reino que no será jamás destruido**” (Dn. 7:22; 7:14, 18, 27), y dicho Reino tenía que ser otorgado “**a los santos del Altísimo**”. En su visión Daniel veía cómo “**llegó el tiempo, y los santos recibieron el Reino**” (7:22). Lo que ahora estaba proclamando Jesús es que ese tiempo ya había llegado. Más adelante le dijo a sus discípulos: “**A vuestro Padre le ha placido daros el Reino**” (Lc. 12:32). La descripción de este Reino se expuso en su **enseñanza**, sobretodo en sus parábolas, y su ministerio terrenal.

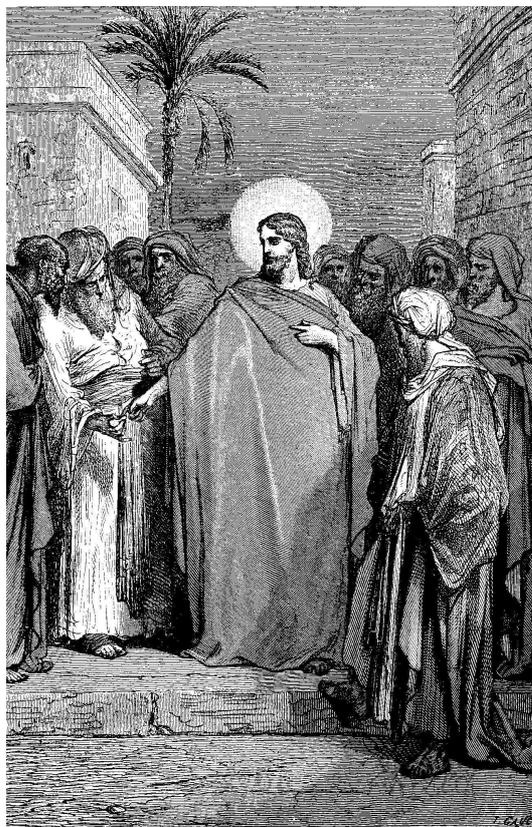
En la sinagoga de Nazaret Jesús leyó el comienzo del capítulo 61 de Isaías, identificándose con aquel Siervo de Dios y su poderoso ministerio. Su lectura concluyó con estas palabras: “**Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros**” (Lc. 4:21). Este énfasis en la Escritura se intensificó cuando apareció resucitado a sus discípulos, señalando que su muerte, su resurrección y la inminente predicación del Evangelio a todas las naciones, constituía el tema principal de **lo que estaba escrito** (Lc. 24:46 y sigu.).

Esto caracterizó el uso que la Iglesia hizo del **Tenak**; en sus antiguos escritos encontraban el fundamento de todo cuanto Jesús había hecho. La investigación prosiguió durante la historia de la Iglesia descubriendo cada vez, “**en todas las Escrituras lo que de Él decían**” (Lc. 24:46). Con el tiempo los cristianos denominaron a estas Escrituras como el Antiguo Pacto o Testamento. Cristianos y judíos tenían la **misma Biblia**, pero ambas comunidades **interpretaron los mismos Escritos de formas tan diametralmente opuestas que, en la práctica, parecían dos Biblias diferentes**.

Pese a esta radical oposición interpretativa, cuando Jesús y sus apóstoles apelabas a “las Escrituras”, les otorgaban una **autoridad** que era igualmente reconocida por sus oponentes. Esta unanimidad en cuanto a la **canonicidad de las Escrituras**, en **grupos tan diversos**, apunta a que **el proceso de canonización de la Biblia hebrea ya había concluido** y era totalmente aceptado, aunque no tenemos constancia histórica de los momentos en que se alcanza este acuerdo, o de las autoridades que lo acataron. Por ello, cuando se habla del proceso de completar el Canon, se está haciendo referencia a que **se otorgó reconocimiento oficial a una situación que ya era práctica común y uniforme de la comunidad adoradora**. Este mismo hecho se constata también al estudiar el proceso de la Canonicidad del N.T., desde la redacción de los manuscritos originales hasta la definición y reconocimiento de sus límites precisos, como veremos más adelante.

2) LA LEY Y LOS PROFETAS.

Aunque Jesús y sus apóstoles diferían de los líderes religiosos israelitas acerca del verdadero **significado** de las Escrituras, no hay la más mínima indicación de que discrepases sobre los **límites** de las Escrituras. Cuando mencionaban “las Escrituras” no se referían a una colección amorfa; **sabían de qué escritos esta-**



ban hablando y podían diferenciarlos de otros que no estaban incluidos en ellas. Jesús y los escritores del N.T. **citan más de 295 veces Escrituras del A.T.**, como **divinamente autoritativas**. *Ni una sola vez se cita como divinamente autoritativa alguna mención de los apócrifos o de otros escritos.*

Para ser rigurosos, conviene matizar que Judas 14-15 cita a 1 Enoc y Pablo cita, al menos, dos autores griegos paganos (Hch. 17:28 y Tito 1:12) pero estas citas tienen más un propósito de *ilustración* que de prueba; nunca se acompañan de expresiones como “Dios dice” o “escrito está” que implican atribución de autoridad divina. Debe notarse, además, que 1 Enoc *no se incluye* dentro de la literatura conocida como los libros apócrifos de las Biblias católicas romanas.

Las Escrituras hebreas se dividen en tres grandes bloques: la **Torá** (ley, dirección), con 5 libros; los **Nebiim** (profetas), con 8 libros, que se subdivide en los anteriores y posteriores, de 4 cada uno; y los **Ketubim** (escritos), con los 11 restantes.

Una de las menciones más antiguas de esta triple división aparece en el **Talmud babilónico** (entre el año 70 y 200 dC), en el *tratado Baba Bathra*. Ese texto considera **inspirados** y **autoritativos** los **24 libros**, pero *cuestiona su orden*. El orden de la Torá y los profetas anteriores, al estar colocados sobre un marco histórico, tienen una posición cronológica correcta. Pero el orden de los profetas posteriores y los escritos no quedaba bien establecido. La causa de este problema es que *cada libro se conservaba en un rollo separado, y todos se guardaban en cajas*, por lo que no había ninguna razón especial para mencionarse en un orden determinado. Los problemas surgen cuando los escritos se copian en **códices**, y más tarde en **libros**. Con el tiempo nadie recordaba su orden de aparición, pero todos sabían cuáles eran los 24 libros que había allí. La evidencia interna de los escritos sugiere que **Crónicas** viene antes de Esdras – Nehemías, pero en la Biblia hebrea *se coloca al final*, cerrando el Canon del AT. ¿Por qué la Biblia hebrea lo coloca después? Una razón convincente sería pensar que cuando se estaba formando el Canon, Crónicas se incluyó después de haberse reconocido Esdras – Nehemías, aunque su redacción fuera anterior.

Lucas apoya esta evidencia de que **Crónicas** cerraba la Biblia hebrea, tal como Jesús la conoció. Cuando afirmó que aquella generación, a la que se enfrentaba, sería responsable de “*la sangre de todos los profetas que se ha derramado desde la fundación del mundo*”, añadió estas significativas palabras: “*desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que murió entre el altar y el Templo*” (Lc. 11:50 – 51). Abel es el primer mártir de la Biblia y este Zacarías es, muy seguramente, el que se cita en 2 Crón. 24:20 – 22). Pero este Zacarías no fue **cronológicamente** el último profeta en morir como mártir. Según Jer. 26:20 – 23, Urías fue asesinado dos siglos más tarde en Jerusalén por el rey Joacim. No obstante, desde un **punto de vista canónico**, Zacarías sería el último profeta mártir, porque su muerte se recoge en el último libro de la Biblia canónica.

La **primera mención escrita** de esta triple división aparece en el libro apócrifo de **Eclesiástico** o **Sirac**, escrito en el **132 aC**. Allí se habla de “*la ley, los profetas y los otros libros de nuestros padres*”.

Jesús mismo menciona esta **división tripartita** al decir que “*era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos*” (Lc. 24:44). Aquí los **salmos** harían referencia a la tercera división, los **Ketubim**, que encabeza el libro de los salmos. No obstante, las referencias escriturales más frecuentes aluden a la división entre “*la ley y los profetas*”. Jesús dijo que la regla de oro era la síntesis de “*la ley y los profetas*” (Mt. 7:12). Pablo indica que el Evangelio que él predica es testificado por “*la ley y los profetas*” (Rom. 3:21). Por lo general, todo el **último bloque** se atribuía, en última instancia, a **profetas de Dios**. A David se le menciona como profeta en Hch. 2:30; a Daniel se lo menciona así en Mt. 24:15; Job también era profeta según Stg. 5:10 – 11; etc.

En otras ocasiones se designa toda la **Biblia entera**, o alguna parte de ella, como “*la ley*” (Jn. 10:34, citando al Salmo 82; 1 Cor. 14:21, en alusión a Is. 28:11; Rom. 3:10 – 19, que incluye citas de Salmos y de Isaías); etc. En una ocasión también se alude a toda la Biblia como “**los profetas**”, concretamente en Lc. 24:25; en este caso vemos que Moisés se le incluye entre los profetas ya que fue, de hecho, el mayor de ellos.

Fuera de la Biblia canónica tenemos también el testimonio de **Josefo** en su obra *Contra Apión*. Josefo dice: “*No tenemos miles de libros discordantes y contradictorios entre sí, sino sólo 22 que contienen el relato de lo acontecido en todos los tiempos y que están bien acreditados. De éstos 5 son los libros de Moisés que contienen las leyes y la historia desde la creación del género humano hasta su propia muerte. Este período abarca un poco menos de 3.000 años. Desde la muerte de Moisés hasta el reinado de Artajerjes, quién fue rey de Persia después de Jerjes, los profetas que sucedieron a Moisés, escribieron en 13 libros los hechos que tuvieron lugar en su tiempo. El resto de los libros contienen himnos en honor a Dios y preceptos para la vida de los seres humanos. Desde Artajerjes hasta nuestro tiempo se ha ido poniendo por escrito todo de forma*

detallada, pero estos relatos no se han considerado dignos de igual crédito que los anteriores porque desde entonces no ha sido bien establecida la sucesión exacta de los profetas”. Dejando al margen otros detalles, cuando menciona **22 libros** muy probablemente se refería a los **24 canónicos**, considerando que **Rut** se podía ver como un apéndice de Jueces, y **Lamentaciones** se podía incluir en Jeremías. No obstante, Josefo aprecia una *configuración distinta del segundo grupo*, al señalar 13 libros en vez de 8; quizá por haber incluido en ella Job, Ester, Daniel, Crónicas y Esdras – Nehemías. Es también muy probable que estos 3 bloques reflejasen la posición del grupo sacerdotal, o la de los fariseos, con quienes estuvo asociado en su juventud.

Un *malentendido* acerca de un pasaje de Josefo ha dado lugar a la creencia errónea de que los saduceos, como los samaritanos, **sólo reconocían el Pentateuco** como canónico. Cuando Josefo indica que los saduceos “no admiten absolutamente ninguna estricta observancia aparte de las leyes”, no está diciendo que el partido de los saduceos sólo reconocía el Pentateuco como Santa Escritura, rechazando los Profetas y los Escritos, sino que sólo reconocían la “**ley escrita**” (es decir, el **Tenak**), excluyendo la **ley oral**, que era la *interpretación farisaica* de la ley escrita (que Jesús mismo rechazó de plano). Ahora bien, los saduceos *excluían a Daniel*, al contener la afirmación más explícita acerca de la *esperanza de la resurrección* que tenemos en todo el A.T. (Jesús refutó ese error de los saduceos apelando a otras Escrituras, concretamente Éx. 3:6).

Sin entrar en más evidencias históricas, apreciamos que en los tiempos de Jesús el **Canon** estaba **completo y bien definido con los 24 libros** de la Biblia hebrea, pero que había *discrepancias* en cuanto al *orden y agrupación* de su contenido.

En el **concilio judío de Jamnia**, posterior a la catástrofe del año 70, los rabinos debatieron a fondo el tema de la **canonicidad** de la Biblia. Rechazaron reconocer como divinamente inspirado al libro de Sirac, aunque apreciaban sus altos principios, y debatieron las dificultades que veían en varios libros canónicos conflictivos, como el **Cantar de los Cantares** o el de **Ester**, donde no se menciona el nombre de Dios. Otro libro que les planteó dificultades, debido a su situación histórica era el de **Ezequiel**, entre otras razones, por sus prescripciones sobre el nuevo Templo futuro, lo cual es bastante comprensible si tenemos en cuenta que acababan de perder su propio Templo. Estas dificultades se superaban con la esperanza del regreso de Elías al final de los tiempos; él sería quien levantaría este Templo. Ejemplos como este indican que **las circunstancias históricas** han propiciado algunos **debates** sobre ciertos libros, pero las razones de su canonicidad siempre han quedado bien establecidas y nunca se han tambaleado.

Para concluir este apartado diremos que el Canon del A.T. continuó creciendo hasta que **cesó el proceso de escribir**. ¿Cuándo sucedió esto? Las últimas obras escritas serían **Hageo**, en el 520 aC., **Zacarías** sobre el 520 aC y **Malaquías**, el 435 aC. Estas fechas coinciden con las de los últimos profetas del A.T. La *historia posterior* de los judíos se anotó en otros libros, como los **Macabeos**, pero *nunca fueron considerados inspirados*.

El A.T. se cierra con la **expectativa del Mesías que vendría**. La siguiente etapa de la historia de la Redención es la **llegada del Mesías**, y no debe sorprendernos que hubiera un **silencio profético de 4 siglos** sin escrituras adicionales, mientras no tuviera lugar el siguiente y más grandioso suceso en la historia de la Redención.

3) LA EVIDENCIA DE QUMRAN.

Los hallazgos de textos bíblicos y otros escritos religiosos no canónicos, en las cuevas del Mar Muerto, visibles frente a la comunidad esenia de Qumran, a partir del año 1947, han enriquecido notablemente nuestros conocimientos bíblicos durante más de **dos siglos antes de la catástrofe del año 70 d.C.** Los documentos



encontrados podrían cubrir un **período de 5 siglos**, y alrededor de un **centenar** son copias de **libros de la Biblia** (de algunos libros se han hallado varios ejemplares). Se han encontrado copias de **todos los libros a excepción del de Ester** (lo que tal vez pudiera reflejar las dudas sobre su canonicidad, al no citar el nombre de Dios). No obstante, no se ha hallado **ningún inventario escrito de los libros** que formaron la biblioteca qum-

ranita, lo que nos habría proporcionado una visión más clara sobre el contenido del Canon aceptado durante todo aquel periodo.

Los comentarios sobre libros de la Biblia escritos por miembros de aquella comunidad, o de quienes guardaran tales libros allí, muestran con toda claridad que eran reconocidos como **Santa Escritura**. Y del estudio de toda la evidencia hallada queda bien claro que el “canon” de la comunidad de Qumran incluía la **Torá**, los **Profetas** y los **Salmos** (posiblemente con algún salmo suplementario). También incluía **Daniel** (quien es denominado “el profeta Daniel”, como en Mat. 24:15) y **Job** (se encontró una paráfrasis aramea de Job en la cueva 11).

También se han encontrado evidencias de **libros no canónicos**, como Tobit, Jubileos o Enoc, pero no hay constancia ninguna de que les atribuyesen alguna modalidad de rango canónico, cuando en muchos de sus escritos, al referirse a libros canónicos, los identifican explícitamente como tales.

LA BIBLIA GRIEGA (SEPTUAGINTA) Y EL CANON DEL NUEVO TESTAMENTO.

1) EL ORIGEN HISTÓRICO DE LA SEPTUAGINTA (LXX).

Un hito histórico muy importante para la divulgación de las Escrituras, y la historia posterior del N.T., fueron las conquistas de **Alejandro Magno**, que tuvieron como consecuencia establecer el **idioma griego** como la “lingua franca” del mundo antiguo.

En poco tiempo los judíos que residían en **Alejandro**, al norte de Egipto, dejaron de usar la lengua de sus antepasados y sólo hablaban en griego. Este proceso hizo necesario traducir las Escrituras para poder mantener vivo el culto. La traducción tuvo lugar paulatinamente **entre el 250 y 150 aC**. Dicha traducción ha estado rodeada de una conocida **leyenda** de la que recibe su nombre. Esta leyenda se plasmó originalmente en un documento conocido como **Carta de Aristeo**, que explica como **setenta y dos ancianos** fueron traídos a Alejandro para este propósito (esta cifra procede de escoger seis traductores de cada tribu), llevando a cabo una traducción de la Torá en 72 días, logrando el consenso de todos ellos, tras diversas reuniones y comparaciones. Con el tiempo este relato se fue embelleciendo: ya no se hablaba de la traducción de la Torá sino de todo el A.T.; los sabios habían estado recluidos en celdas separadas y al final de este período habían producido 72 versiones idénticas, “*como si les hubiera sido dictado a cada uno por un apuntador invisible*”, en palabras del filósofo judío Filón de Alejandro. Pero tanto **Filón** como **Josefo** atestiguan que **los sabios sólo tradujeron la Torá**. Al parecer, fueron **escritores cristianos posteriores** quienes ampliaron y divulgaron esta importante traducción abarcando **todo el A.T.**, e **incluyendo algunos libros que nunca habían formado parte de la Biblia hebrea**.

La **Carta de Aristeas** contiene evidentes exageraciones que se fueron ampliando con el paso del tiempo, incluso por autores cristianos. En la Edad Media, el humanista español Luis Vives comenzó a manifestar sus reservas y desde entonces comenzó a desecharse como una simple obra de ficción, pero los estudios históricos más recientes han puesto de relieve que el trasfondo histórico de la carta es genuino, a pesar de sus adornos legendarios y que la traducción se llevó a cabo en la primera mitad del siglo III aC., en la famosa Biblioteca de Alejandro, que llegó a albergar la estimable cifra de 500.000 papiros, y gracias a la cual se han preservado grandes obras culturales de la antigüedad, a través de las conquistas árabes.

El faraón **Ptolomeo II Filadelfo** envió una delegación al Sumo Sacerdote Eleazar, en Jerusalén, manifestando su deseo de incorporar los libros sagrados hebreos a su Biblioteca, traducidos al idioma griego. La petición real decía: “*Nos decidimos a traducir vuestra ley, de la que vosotros llamáis lengua hebrea, a la lengua griega, para poder tenerla también junto a nosotros en la Biblioteca con los demás libros reales*”. El encargo se llevó a cabo y la citada traducción tuvo un **impacto cultural sin precedentes** a lo largo del tiempo. Cuando la traducción fue presentada al monarca griego, éste tuvo un honroso



gesto pues el rey “*hizo una profunda inclinación y mandó que tuvieran sumo cuidado con los libros y que los conservaran escrupulosamente*”. No hace falta decir que desde entonces se convirtió en la versión de la Biblia que utilizó la importante comunidad judía de Alejandría. Fue la **primera traducción** de la Biblia en la historia, y desempeñó un papel de primer orden en la **difusión del Evangelio** por todo el Mediterráneo, al convertirse desde el primer momento en la **Biblia de la Iglesia primitiva**. Ha contribuido extraordinariamente a la **difusión de la cultura** y varios alfabetos antiguos fueron creados expresamente para poder traducir la Septuaginta a nuevas lenguas vernáculas. Además de todo esto, se ha venido **utilizando ininterrumpidamente hasta el día de hoy**, al ser la Biblia oficial de la **Iglesia Ortodoxa** oriental. Hace pocos meses se ha **traducido por primera vez al español el Pentateuco**, publicado por la Editorial Sígueme de Salamanca, precisamente los mismos libros que se tradujeron por primera vez en Alejandría. Poco a poco irán saliendo tres tomos más hasta completar toda la traducción de la Biblia a la lengua de Cervantes. En la parte occidental del Imperio, se dejó de utilizar en el siglo V dC, al ser reemplazada por la versión latina de la Vulgata de Jerónimo.

Con algunas excepciones, los **manuscritos** fragmentados de la Septuaginta que ahora se conocen fueron producidos por cristianos. De las copias judías que nos han llegado destaca el manuscrito de la Universidad **John Rylands**, un fragmento de Deuteronomio del siglo II aC., y diversos fragmentos en las cuevas de Qumran de Éxodo, Levítico, Números y Profetas Menores. Los manuscritos unciales más antiguos que nos han llegado son los códices **Sinaítico, Vaticano y Alejandrino**.

Filón de Alejandría sólo conoció la versión griega de las Escrituras. Josefo utilizó también la Septuaginta cuando escribió su obra Antigüedades.

Es interesante advertir que el **orden** de los libros en la Septuaginta difiere del orden tradicional de la Biblia hebrea, y es precisamente el orden que adoptó el Antiguo Testamento cristiano. Los escribas cristianos que copiaron al principio la Septuaginta en códices no sólo adoptaron el texto griego sino también la **secuencia de la Biblia griega**. Además de los libros canónicos, esta traducción incluyó **adiciones** al libro de Ester, las obras de Judit y Tobit, Sabiduría y Eclesiástico; se añade un salmo 151, el libro de Baruc, la carta de Jeremías, dos historias incorporadas al libro de Daniel (la historia de Susana y de Bel y el dragón), así como una oración de confesión y un cántico de alabanza de los tres amigos de Daniel. Los libros de Macabeos se insertan al final, como una especie de apéndice. Todas estas adiciones, que nunca han formado parte de la Biblia hebrea, se conocen como “**Septuaginta plus**” la cual, junto con dos o tres composiciones más, desde los tiempos de Jerónimo son conocidos como los “**libros apócrifos**”.

Las Escrituras que conocieron **Jesús** y sus discípulos fueron los rollos de la **Biblia hebrea**. Pero aún en Palestina y en la misma Jerusalén habían muchos judíos helenistas y también sinagogas donde se podían escuchar las **Escrituras en griego**, como la de los **libertos**, donde Esteban mantuvo un debate (Hechos 6:9).

Pero tan pronto como el Evangelio se expandió por el Mediterráneo griego, la Septuaginta se convirtió en el **texto sagrado** utilizado por los **predicadores cristianos**. Pablo usó la Septuaginta en Tesalónica (Hechos 17:2 y ss) y Antioquía de Pisidia (Hch. 13:17 – 37). Al resumir la historia de Israel Pablo mostró como el transcurrir de los acontecimientos conducía de forma inevitable y definitiva a la venida de Jesús, el hijo por excelencia de David, en cuya muerte y resurrección encontraban su cumplimiento las promesas hechas por Dios a David. Para los cristianos, el A.T. señalaba hacia Jesús, y todo su significado dependía de Él. La Septuaginta desempeñó un papel crucial ante personas totalmente paganas, como los habitantes de Liconia o Listra, que tomaron a Pablo y Bernabé por seres divinos, igual que ante los sofisticados filósofos atenienses que se reunían en el Areópago.

El judaísmo griego, con la Septuaginta había arado los surcos para que la semilla del Evangelio penetrara en todo el mundo occidental, pero fueron los predicadores cristianos quienes sembraron la semilla. De hecho, **los cristianos se apropiaron hasta tal punto de la Septuaginta** como su versión de las Escrituras, que **los judíos fueron rechazándola poco a poco**, hasta llegar un momento en que un rabino comparó “*el maldito día en que los 70 ancianos escribieron la ley en griego con el día en que Israel hizo el becerro de oro*”. Por ello se produjeron **nuevas versiones griegas del A.T.** sólo **para** que las utilizaran **los judíos**, como la versión literal de **Áquila**, la de **Símaco** o la más popular de **Teodoción**. Curiosamente, la traducción de



Daniel en la versión de Teodoción era tan superior a la de la Septuaginta que los cristianos la prefirieron y la adoptaron. A partir de ahí, la Septuaginta cristiana incorporó esta versión griega de Daniel.

Aunque los escritores del N.T. utilizaron todos la **Septuaginta**, ninguno dijo exactamente cuáles eran los límites de su contenido. La **mención histórica más antigua** que tenemos del **Canon del Antiguo Testamento** figura en una carta de **Melitón de Sardis**, escrita en el **año 170** (su contenido se conservó gracias a Eusebio de Cesarea). Por su interés, leemos ese texto literalmente. Melitón nos dice que averiguó el número y los nombres de los libros en una visita a oriente en la que llegó “*al lugar donde se predicó estas cosas y donde habían ocurrido*”. Después señala: “*Habiendo llegado a conocer con exactitud los libros del Antiguo Pacto, los puse por escrito y te los envío. Éstos son sus nombres:*

Cinco libros de Moisés: Génesis, Éxodo, Números, Levítico, Deuteronomio.

Josué, el hijo de Nun, Jueces, Rut, los cuatro libros de Reinos, dos libros de Crónicas.

Los Salmos de David, los Proverbios de Salomón (también denominados Sabiduría), Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Job.

Los profetas: Isaías, Jeremías, los Doce (en un solo libro), Daniel, Ezequiel, Esdras.”

Volviendo al texto de la Septuaginta, es significativo notar que en diversos lugares los traductores de la Septuaginta han utilizado **palabras** de una forma que, sin poderlo prever o anticipar, iban a servir a los **propósitos de los escritores del N.T.** mucho mejor de lo que podía hacerlo el texto hebreo. Mateo, por ejemplo, cita como profecía de la concepción virginal de Cristo la versión de la Septuaginta de **Isaías 7:14** “*He aquí una virgen concebirá y dará a luz un hijo...*”. La palabra griega *parthenos* significa exactamente virgen, cosa que no ocurre con la palabra hebrea ‘*almah*. Cuando Áquila produjo su versión griega para los judíos tuvo un excepcional cuidado usando una palabra griega menos comprometedor (neanis, que significa muchacha o jovencita), para acabar con el argumento de la profecía. También Jacobo en el Concilio de Jerusalén citó de la Septuaginta **Amós 9:11**, proporcionando la autoridad divina para desarrollar la misión entre los gentiles (Hch. 15:15 – 18). En este pasaje, los traductores de la Septuaginta se habían excedido espiritualizando y universalizando una profecía que, inicialmente, hablaba de un avivamiento y una expansión nacional.

Pero también hay lugares del N.T. donde se transcriben citas que ni pertenecen al texto hebreo ni a la Septuaginta, sino a algún tǎrgum arameo del Pentateuco.



2) EL TENAK SE TRANSFORMA EN UN NUEVO LIBRO.

Al comienzo de su existencia la Iglesia cristiana se encontró equipada con un libro, la colección de las Sagradas Escrituras del pueblo judío. Pero su base no era el **libro**, sino una **persona**: Jesucristo crucificado bajo Poncio Pilato, resucitado por Dios al tercer día y reconocido por sus seguidores como Señor de todo. Sin embargo **el Libro daba testimonio de Él** y por ello era absolutamente indispensable. A la vez era indispensable el relato de la vida, la enseñanza, los sufrimientos y el triunfo del Maestro para poder entender aquel otro Libro anterior.

En realidad estaban siguiendo un **precedente establecido por Jesús**. Durante su ministerio recurría constantemente a las Escrituras. Su insistencia en repetir infinidad de veces las palabras “**escrito está**” se incrusta profundamente en el proceso que les llevó a dejar por escrito la tradición oral de los apóstoles, tanto más necesario cuanto más lejos y rápido se iba expandiendo la iglesia. El comienzo de esta **nueva etapa de Escritura Sagrada** no puede ser otro que la propia enseñanza de Jesús.

Según Hechos, la predicación primitiva del evangelio a los judíos y a los gentiles temerosos de Dios estuvo siempre marcada por la insistencia en que la obra de Jesús estaba cumpliendo las Escrituras del Antiguo Testamento. Pedro asegura a Cornelio, quien residía en la actual Tel Aviv, que *es de Él de quien dan testimonio todos los profetas* (Hch. 10:43). Cuando el etíope interroga a Felipe a quién se referían los sufrimientos del Siervo de Isaías, Felipe no duda y *comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús*

(Hch. 8:35). También Pablo habla del *evangelio de Dios, que Él había prometido antes por sus profetas en las Santas Escrituras acerca de su Hijo* (Rm. 1:1-3).

Por ello, gracias a la nueva luz recibida por su **cumplimiento en Cristo** las antiguas Escrituras se convirtieron en un **nuevo libro lleno de significado** para los cristianos, **a partir de** la muerte y resurrección del Señor. Diversas **figuras esperadas** según el A.T. ahora se identificaban con Cristo: el **profeta** como Moisés (Dt. 18:15-19); el **Hijo de David** (2 S 7:12-16); el **Siervo de Yahvéh** (Is. 42:1); el **justo que sufre**



(Slm. 22:1); el **pastor herido** (Zc. 13:7), y muchos otros. No se trataba sólo de que los cristianos daban **nuevos significados a algunos textos** aislados de su contexto; la interpretación del N.T. **a menudo incluye todo el contexto** en que aparecen dichas palabras o frases; más aún, en ocasiones citarán diferentes palabras del mismo contexto de una forma que indica que todo él había recibido una interpretación cristiana antes de que estos autores lo citaran. Por ejemplo, Slm. 69:9 “*me consumió el celo de tu casa y los insultos de los que te vituperaban cayeron sobre mí*”. La primera parte de este versículo se emplea en Jn. 2:17 para justificar la limpieza del Templo por parte de Jesús; y la segunda se emplea en Rm. 15:3, hablando de su pa-

ciencia para aguantar la violencia y los abusos verbales. Ambos escritores eran conscientes de que este versículo, y quizás una parte mayor del Salmo, formaban parte de un núcleo de pasajes de la Escritura que se consideraban especialmente significativos.

Junto a este elemento contextual hay otro también muy relevante: hacer una *exégesis unificada de escrituras muy distantes que tienen un elemento significativo común*. Por ejemplo, el **Slm. 118:22** “*la piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo*”. Este texto fue empleado por Pedro cuando se hallaba ante el concilio de sacerdotes de Jerusalén (Hch. 4:11), pero otros pasajes hebreos donde se menciona la palabra “**piedra**” se unieron a este y se les dio una interpretación conjunta. **Jesús** es la **piedra angular** que asegura el buen fundamento en Is. 28:16; la **piedra donde tropieza** la casa de Israel, en Is. 8:14; la **piedra que pulveriza la gran imagen** del sueño de Nabucodonosor (Dn. 2:34), etc. La singular expresión que Jesús usaba para referirse a sí mismo, el **Hijo del Hombre**, surge de la visión celestial de Dn. 7:13, donde uno como un **hijo de hombre** recibe honores divinos, íntimamente relacionada con el **hijo del hombre** del Slm. 8:4, debajo de cuyos pies Dios lo ha puesto todo, y al **Hijo del Hombre** que el Padre afirmó para sí (1 Cor. 15:24-28; Hb. 2:6-9).

Con estos claros precedentes apostólicos la Iglesia llegó a la conclusión de que el A.T. no sólo ofrecía un amplio repertorio de “testimonios” concernientes a la persona y la obra de Cristo sino también *detalles adicionales* sobre sucesos del N.T., llegando a un **exceso abusivo** en la Edad media, donde los textos se embelecían con fragmentos arrancados de todas partes del A.T. como los mosaicos de Gaudí.

La **Septuaginta** fue la Biblia oficial del cristianismo occidental **hasta el siglo V**. Durante este siglo, debido al auge del latín, en detrimento del griego, fue reemplazada por la Vulgata de Jerónimo. Durante la Reforma se prefirió usar el **texto hebreo** para traducir las **Biblias reformadas**. La iglesia Romana siguió utilizando la **Vulgata**, pero adoptó también el **texto hebreo** para definir su fuente original, como se aprecia en la Biblia Políglota de Alcalá de Henares. Pero el uso de la Septuaginta ha perdurado hasta nuestros días en el seno de la iglesia Ortodoxa, de ámbito griego.

Aunque los textos completos más antiguos que tenemos de la Septuaginta son cristianos, en **Qumran** y alrededores se han encontrado **textos hebreos que difieren** en algunos pasajes del **Texto masorético tradicional**, que quedó fijado por los rabinos judíos a finales del siglo I, pudiéndose comprobar que estas **divergencias coinciden** con la traducción de la **Septuaginta**. Durante mucho tiempo se creyó que los traductores de la Septuaginta habían sido unos incompetentes, pero estos descubrimientos han aumentado el prestigio y la fiabilidad de aquella primera traducción.

Aparte de algunos fragmentos anteriores al cristianismo, los **testimonios** que poseemos de la **Septuaginta** son **exclusivamente cristianos**. La iglesia desechó seguir utilizando los antiguos **rollos** y adoptó el **códice** para copiar y reproducir los textos bíblicos. Las copias más antiguas que se conservan son 7 papiros de

la colección **Chester Beatty**, de Dublín, y datan desde mediados del siglo II hasta el IV. Pero los tres **códices unciales completos** que tenemos son copias del siglo IV y V, y son los famosos manuscritos conocidos como Códices **Sinaítico, Vaticano y Alejandrino**.

Queda una importante cuestión por tratar antes de terminar el estudio del Canon del A.T.: los **libros apócrifos** (la iglesia Romana los denomina **Deuterocanónicos**).

Los **judíos nunca aceptaron esos textos como Escrituras**, pero en toda la historia temprana de la Iglesia se estuvo debatiendo su canonicidad, aunque la evidencia cristiana más temprana fue decididamente contraria. **Jerónimo** los incluyó en la Vulgata, terminada el 404 d.C., *pese a su posición estricta de limitar el Canon a los libros de la Biblia hebrea*. Él afirmó que no eran libros del Canon sino meramente libros de la Iglesia que resultaban útiles y provechosos para los creyentes. El amplio uso posterior de la Vulgata facilitó su disponibilidad, pero el hecho de que no tuvieran original hebreo que los respaldara, su exclusión del canon judío, y la total ausencia de citas de ellos en el N.T., provocó muchas reticencias. **Melitón de Sardis**, quien dio la primera lista de libros de la Biblia el año 170 d.C., no menciona ninguno de ellos; en cambio, figuran todos los libros canónicos a excepción de Ester.

Un análisis de su contenido revela **importantes incongruencias doctrinales o históricas**, en toda esta colección de libros apócrifos.

Como indica E.J. Young: “*no hay marcas en estos libros que atestigüen un origen divino... Judit y Tobías (o Tobit) contienen errores históricos, cronológicos y geográficos. Estos libros justifican la falsedad y el engaño, y hacen que la salvación dependa de obras de mérito... Eclesiástico y Sabiduría de Salomón inculcan una moralidad basada en la conveniencia. Sabiduría enseña la creación del mundo con materia preexistente (11:17). Eclesiástico enseña que dar limosnas hace expiación por el pecado (3:30). En Baruc se dice que Dios oye las oraciones de los muertos (3:4), y en 1 Macabeos hay errores históricos y geográficos*”.

En el **Concilio de Trento**, de **1546 d.C.**, la Iglesia Católica Romana declaró oficialmente que formaban parte del Canon, exceptuando 1 y 2 de Esdras y la Oración de Manasés. Es significativo que dicho Concilio fue la **respuesta a la Reforma Protestante** y las enseñanzas de Lutero, y estos libros daban respaldo a enseñanzas católicas como las oraciones por los muertos o la justificación por las obras. Con esta acción la Iglesia Romana se arrogaba autoridad para declarar una obra literaria como “Escrituras”, mientras que los protestantes siempre sostuvieron que la Iglesia sólo puede **reconocer** lo que Dios ha mandado escribir como sus propias palabras divinas. Para poner un ejemplo que lo aclare mejor, la policía puede reconocer un billete falsificado y un billete genuino, pero no puede hacer que un billete falsificado sea genuino, ni lo podría hacer todo un sindicato de policías. Sólo la Tesorería de la nación puede declarar que un billete es auténtico. De manera similar, sólo Dios puede hacer que un determinado mensaje sean palabras suyas y dignas de incluirse en las Escrituras.

Resumiendo el tema, las **razones básicas** por las que **rechazamos los textos apócrifos** como **Escrituras inspiradas** son:

- Ninguno de ellos afirma tener la misma autoridad que los libros del A.T.
- Los judíos nunca los consideraron palabras de Dios.
- Ni Jesús ni los escritores del N.T. los consideraron Escrituras, ni los citaron.
- Contienen falsedades o enseñanzas incongruentes con el resto de la Biblia.

Por todo ello, aunque *puedan ser útiles para la investigación histórica o lingüística*, e incluso contienen testimonios del valor y la fe de muchos judíos durante el período intertestamentario, **carecen de autoridad normativa** para los creyentes.



3) UNA NUEVA ERA: LOS ESCRITOS DEL NUEVO TESTAMENTO.

Dejaremos aquí este breve resumen de la historia del Antiguo Testamento. Ahora nos plantearemos una nueva cuestión: si la Iglesia de los primeros días consideraba la versión griega de las Escrituras hebreas una Biblia tan verdadera, *¿por qué se consideró necesario aumentarla* con lo que después conocemos como los escritos del N.T.?

Jesús nunca escribió ningún libro; enseñaba siempre con la palabra que salía de su boca y su ejemplo personal. Pero sus seguidores enseñaron por escrito, además de oralmente, y tales escritos resultaban el mejor sustituto de la palabra hablada.

Pablo, en Gálatas 4:20 le dice a sus amigos de aquella iglesia que desearía estar con ellos, para hablarles directamente y que ellos pudiesen escuchar su tono de voz, pero al no poder viajar hasta allí en aquellos

momentos, tendrían que **contentarse con una carta**. La carta a los **Hebreos** tiene el formato de una predicación, como las lecciones de la Escritura que se pronunciaban en Pentecostés, pero al final del texto vemos indicaciones del autor de que *habría deseado decir estas cosas cara a cara* si hubiese disfrutado de libertad para visitar a sus receptores. Aunque nosotros hoy nos alegramos de que nos dejaran esos preciosos textos escritos, ellos no opinaban igual que nosotros.

Pero en vida de los apóstoles, sus palabras **habladas** y **escritas** tenían la misma autoridad. Para generaciones posteriores, las palabras habladas se han perdido y sólo nos quedan las escritas, aunque nos consta que no todas, de manera que debemos contentarnos con lo que hemos recibido.

Si bien Jesús nunca nos dejó un texto escrito, **lo que dijo fue atesorado por aquellos que le oyeron**, quienes a su vez lo fueron repitiendo (la **enseñanza oral** tenía un gran valor en aquella sociedad). Para aquellos que le confesaban como Señor, sus **palabras** tenían la **misma autoridad que Moisés y los profetas**. Fueron el elemento más importante de la “**tradición**” del cristianismo primitivo, junto con el relato de sus **obras**, su **muerte** y su **resurrección**. Fueron “enseñadas” por testigos directos y “recibidas”, no como una descripción de sucesos históricos sino como la **confesión de fe** de la Iglesia y el mensaje que se les encargó de transmitir. Fue por medio de esta “tradición” que los cristianos de los dos primeros siglos pudieron interpretar los documentos del A.T. como Escrituras que daban testimonio de Cristo.

Pero la tradición cristiana no estaba destinada a ser una propiedad escolástica: tenía que **enseñarse** y **transmitirse** a un público más amplio, sobre todo desde que surgió la misión a los gentiles, y se va haciendo evidente la necesidad de testimonios escritos. Aún así tenemos testimonios como el de **Papias**, obispo de Hierápolis, quién en el año 125 d.C. escribe: “*Y si alguna vez llegaba alguien que había seguido a los ancianos, le interrogaba acerca de las palabras de éstos. Le preguntaba qué había dicho Andrés o Pedro, o Felipe, o Tomás o Santiago, o Juan o Mateo, o cualquiera de los otros discípulos del Señor, e incluso qué decían Aristión y el anciano Juan, discípulo del Señor*”.

La palabra de los apóstoles apelaba a la **autoridad de Jesús**. Pablo defiende su derecho a ser reconocido como apóstol tanto por su **comisión en el camino de Damasco** como en su **actividad enérgica y fructífera** predicando el evangelio y estableciendo iglesias, mencionando otros apóstoles, además de los doce y él mismo (Rom. 16:7; 1 Cor. 15:7; Gál. 1:19). Aquellos cuyo apostolado quedaba establecido eran reconocidos como agentes de Cristo que hablaban bajo su autoridad. **La interpretación que ellos hacían de los escritos del A.T. era tan válida como los escritos mismos**.

Una regla dada por el Señor era más obligatoria que un mandamiento del A.T. Pablo cita **Deut. 25:4** (“*no pondrás bozal al buey que trilla*”) para demostrar que el predicador del evangelio debe poder vivir de éste, pero su argumento definitivo en este tema es que **el Señor lo ordenó** (1 Cor. 9:8-14). Más tarde, en **1 Tim. 5:18** cita el mismo mandamiento y lo junta con las palabras de Jesús en **Lc. 10:7** (“*digno es el obrero de su salario*”). Ambas citas del A.T. y N.T. van unidas por la expresión “**la Escritura dice**”.

En **2 Pedro 3:15** el apóstol menciona a su compañero Pablo diciendo que escribió “*en todas sus epístolas, hablando de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición*”. Aquí las **cartas de Pablo** parecen formar parte de una colección reconocible y se les otorga el **rango de Escrituras**. En otros testimonios posteriores de líderes de la Iglesia se va afianzando la **consideración de Escrituras** para las **palabras del Señor** o los **Escritos del N.T.** demostrando que la **autoridad** del Señor y sus apóstoles es reconocida como no inferior a la de la Ley y los Profetas del A.T. Primero se establece la **autoridad** y más tarde se afirmará la **canonicidad**. La situación general en la primera mitad del siglo II es que van tomando forma y se van reconociendo **colecciones de Escritos cristianos** que tiempo después merecerán el reconocimiento unánime de **Escritos canónicos**, especialmente los *cuatro Evangelios* y la colección de *cartas de Pablo*.

Antes de que el término “**evangelio**” se le adjudique a los cuatro evangelios canónicos, este término podía significar varias cosas:

- Las buenas nuevas del reino de Dios predicadas por Jesús.



- Las buenas nuevas acerca de Jesús predicadas por sus seguidores después de su muerte y resurrección.
- El relato escrito de las buenas nuevas en una localidad particular.
- La colección de los cuatro evangelios. (pág. 126).

Cuando **Ignacio de Antioquía** escribe una carta “a los de Esmirna”, habla de los **herejes** y afirma que la mejor defensa contra la falsa enseñanza es “prestar atención a los profetas y especialmente al Evangelio, en el que se nos ha revelado la pasión y se ha consumado la resurrección”. ¿A qué Evangelio se refería? Si éste era un Evangelio escrito, probablemente se trataría del de Mateo.

Contemporáneo a esta carta circulaba un cierto manual de enseñanza conocido como la **Didajé**, que procedía muy probablemente de Antioquía. Esta obra se titulaba como “La enseñanza del Señor a los gentiles por medio de los doce apóstoles”. Por la evidencia de su contenido, el Evangelio al que se hace referencia es, sin duda, el de Mateo. Por otro lado, **Papías**, que vivió a finales del siglo primero, aporta sendos testimonios sobre el Evangelio. Primeramente, con relación al de **Marcos**, nos dice: “Marcos fue el intérprete de Pedro y escribió con exactitud todo lo que recordaba de las cosas que el Señor dijo e hizo, aunque no en orden. Porque él no oyó ni siguió personalmente al Señor, sino, como ya he dicho, siguió después a Pedro. Éste enseñaba de acuerdo con las necesidades, pero no como quien va ordenando las palabras del Señor. De modo que Marcos no se equivocó en absoluto al escribir ciertas cosas tal como las tenía en su memoria; porque puso todo su empeño en no omitir nada de lo que había oído y en no escribir nada falso”. Y sobre **Mateo**, citado por Eusebio, nos dice: “Mateo compuso su discurso en hebreo y cada uno lo interpretó lo mejor que pudo”. Aparte de estas citas, no nos ha transmitido nada que pueda sugerir una colección de Evangelios. En cambio, su afirmación sobre Mateo, **escribiendo en hebreo**, se ha utilizado para sugerir que la referencia no es a nuestro evangelio, sino a otro documento dado que *este Evangelio tiene todas las trazas de haber sido escrito directamente en griego*. Pero, en todo caso, conoció de primera mano la iglesia de finales del siglo primero y es el primero que cita los nombres de escritores de los Evangelios.



Una generación después, **Justino Mártir**, en su obra que no conservamos “**Contra Marción**”, (de quién hablaremos seguidamente), muestra su conocimiento sobre una colección de Evangelios. En su “**Diálogo con Trifón**”, habla de las “*memorias de Pedro*” (probablemente el Evangelio de Marcos), y en su “**Apolo-gía**” dirigida al emperador Antonino Pío, hace referencia a las “*memorias de los apóstoles*”, las cuales, nos explica, se denominan Evangelios, y se leen en la iglesia junto a las “*obras de los profetas*”. Un discípulo suyo, llamado **Taciano**, presentó una edición de los Evangelios llamada **Diatesarón** (que significa “*armonía de cuatro voces*”), la cual tuvo mucha influencia posterior, resultando un intento de armonización de los evangelios para presentar un texto único. El Evangelio de **Juan** proporcionaba el **marco histórico** en el que se encajaban los relatos de Mateo, Marcos y Lucas. Esta obra circuló en fecha muy temprana, tanto en siríaco como en griego.

De los cuatro Evangelios, el de **Juan** tardó más tiempo en ser aceptado debido a que algunas escuelas gnósticas lo trataron como si apoyara sus posturas. Pero aquellos que, como Justino Mártir, lo leyeron más detenidamente observaron que proporcionaba argumentos más eficaces contra el gnosticismo que ningún otro libro del N.T.

La rápida popularización del formato de **códice** entre los primeros cristianos hizo posible reunir los **cuatro evangelios** en un solo volumen. El fragmento p52 de **Rylands**, escrito el año 110, procede de un códice, pero no sabemos si era sólo de Juan o de todos los evangelios. El códice más antiguo que nos ha llegado con los cuatro evangelios, y que también contiene Hechos, es el p45 de la colección **Chester Beatty**, de comienzos del siglo III.

Desconocemos por medio de quién o en qué lugar (tal vez Éfeso, Corinto o Alejandría) se produjo la primera edición de las **cartas de Pablo**, aunque se ha sugerido que pudo ser debido al **trabajo de Lucas**. Pero lo que sí sabemos es que a **comienzos del siglo segundo** las cartas ya circulaban formando una sola **colección**. Las escasas variantes textuales indican que todas las colecciones conocidas fueron copiadas del mismo **códice maestro**, el cual contenía 10 cartas (faltan las dos a Timoteo y Tito, pero se incluye Hebreos). La colección

más antigua que tenemos es el manuscrito **Chester Beatty p46**, sobre el año 200 dC. La secuencia de cartas se basaba en el orden descendente de su extensión.

La *reunión de estas dos colecciones*, la de los Evangelios y la del corpus paulino, pudo dar lugar a *algo que se aproximaba a nuestro N.T.* Pero el paso definitivo que definió, de una vez por todas, el **alcance completo del Canon del N.T.** fue la amenaza que suponía la aparición de **herejías** manifiestas en el seno de la Iglesia.

4) LA AMENAZA DE LOS HEREJES.



Curiosamente fue un hereje, nacido alrededor del año 100 dC., **Marción** (contra quien Justino Mártir escribió), quien publicó la *primera colección definida de libros del N.T.* (no tenemos constancia de que esta recopilación se hubiese efectuado anteriormente). Dicho personaje, que abrazó abiertamente la **herejía gnóstica**, ya plenamente desarrollada, elaboró su propia “Biblia” basándose en sus convicciones personales. De entrada **rechazó todo el Antiguo Testamento** diciendo que carecía de importancia o autoridad para los cristianos. De todos los apóstoles, el **único** que le interesaba y entusiasmaba era **Pablo**, porque había conservado la enseñanza de Jesús en estado puro. De hecho, Marción comprendió bien a Pablo, pero lo malinterpretó. No sólo rechazaba de plano el A.T. sino que **diferenciaba el Dios del A.T. del Dios del N.T.**, como dos deidades totalmente independientes. Y por supuesto, su desprecio de las cosas materiales derivado de su gnosticismo le impidió aceptar la **encarnación y el nacimiento de Jesús**. Pese a este perfil ideológico tan alarmante, si viviese en nuestros tiempos no le faltarían seguidores pues destacó por sus convicciones feministas; defendía con plena convicción el principio paulino de Gálatas 3:28 y no permitía

discriminación alguna contra las mujeres en cuanto a *privilegios o funciones*.

El **Evangelio marcionita** era una edición del Evangelio de **Lucas** (aunque no lo nombra explícitamente), pero omitiendo el nacimiento de Juan el Bautista (debido a que conectaba con el A.T.) y el propio nacimiento de Jesús. Jesús, afirmaba él, descendió del cielo de forma sobrenatural, de la misma forma que más tarde ascendió a él de nuevo. Su evangelio comenzaba exactamente en Lucas 3:1. El resto del evangelio, como no es difícil imaginar, acabó como un queso Gruyere después de pasar por él las tijeras de sus prejuicios gnósticos. Después de esta criba venía una recopilación de **10 cartas de Pablo** (procedente de la misma fuente que el código de Chester Beatty, por lo que también faltan las cartas a Timoteo y Tito), pero colocando en primer lugar la Carta a los Gálatas, donde él veía una radical antítesis entre el apóstol Pablo y los apóstoles de Jerusalén. El resto de cartas respetaba el habitual orden descendente de longitud.

Un crítico del siglo XIX (Theodor von Zahn) comentó de este personaje: “*Marción formó su Biblia en oposición declarada a las Santas Escrituras de la Iglesia de la cual se separó; fue en oposición a su crítica por lo que la Iglesia a su vez fue consciente de su herencia de escritos apostólicos*”.

Otro hereje gnóstico que surgió después de Marción fue **Valentino**. No entramos en detalles sobre su figura, excepto para comentar una cita posterior de **Tertuliano**. Este padre de la Iglesia dijo: “*Hay dos formas de anular las Escrituras. Una es la de Marción, que utilizó el cuchillo para quitar de las Escrituras todo aquello que no se conformaba a su propia opinión. Valentino, por otro lado, parece utilizar todo el **instrumentum**, pero pervierte su significado interpretándolo mal*”. Ese “**instrumentum**” que utiliza Valentino significa el **Nuevo Testamento**.

De repente, la Iglesia Católica, la Iglesia que se adhería a la **herencia apostólica**, comenzó a darse cuenta de que el enemigo estaba actuando una vez más dentro de sus propias filas, y que esto era una amenaza mucho más seria que las brutales persecuciones romanas. Aunque sus principios eran distintos, tanto el marcionismo como el valentinismo tenían algo en común: eran innovaciones de la sana doctrina que atacaban los **fundamentos de la fe apostólica**. Los que conocían al Señor sabían que esto no es lo que ellos habían oído desde el principio. Pero a los miembros de sus congregaciones había que explicarles con mucho cuidado en qué se equivocaban estos nuevos movimientos. Si las enseñanzas de Marción y Valentino eran erróneas, *¿cuál era la enseñanza genuina, y cómo se podía defender?* La respuesta



católica se plasmó en una especie de credo o catecismo que se denominó la “**regla de la fe**”, que venía a ser un **resumen de los principios que tenían en común las iglesias que seguían el fundamento apostólico**. A lo largo de la historia de la Iglesia los diferentes credos que han ido surgiendo siempre han tratado de delimitar con la mayor nitidez posible cuál es la verdad de cada doctrina frente a los ataques de herejes y falsos maestros.

Un comentarista (Hanson) ha dicho acertadamente que esta “regla de la fe” ha resultado ser una especie de gráfico de la interpretación de la Biblia a lo largo de los siglos II y III. Pero para establecer el **perímetro exacto** de esta “regla de la fe” era imprescindible tener en cuenta la **Biblia** (igual que ha sucedido en todas las crisis posteriores), pero la Iglesia se daba cuenta ahora que *no era lo mismo discutir con valentinianos*, quienes tergiversaban el significado de las Escrituras, que con los *marcionitas*, los cuales amputaban muy seriamente su contenido. Era, pues, necesario definir de una vez por todas **cuál era la identidad y el contenido exacto de las Escrituras inspiradas**. Había una seria pregunta sobre la mesa: **¿qué era la Biblia?** Casi todos los cristianos usaban porciones más o menos amplias de textos inspirados, pero ahora era muy necesario reflexionar a fondo sobre cuáles eran los límites de las Escrituras, y manifestar sus resultados a todas las Iglesias para defender la fe común dada una vez a los santos.

La **respuesta ortodoxa** a esta cuestión fue que ellos no rechazaban las Escrituras del A.T., como Marción, sino que las aceptaban igual que hicieron Jesús y los apóstoles, considerando genuinos apóstoles tanto a los doce iniciales como a Pablo. En cuanto a las Escrituras del nuevo orden dijeron explícitamente que aceptaban no sólo un Evangelio, sino cuatro, incluyendo el texto completo del Evangelio mutilado de Marción. Y también aceptaba, no sólo 10 cartas de Pablo, sino 13 (incluyendo las dos a Timoteo y Tito). Y no sólo aceptaban las cartas de Pablo, sino también las de otros apóstoles, como Pedro, Santiago, Juan o Judas. Y aceptaban también los **Hechos de los Apóstoles**, una obra que enlaza los Evangelios con las cartas apostólicas, proporcionando el desenlace de los primeros y el trasfondo de las segundas, y que también proporcionan un testimonio claro del apostolado genuino de los doce, a quienes Marción consideraba como apóstatas. Hechos es, realmente el **vínculo de la colección del N.T.** proporcionándole su estructura orgánica. Es la piedra angular de un Canon universal.

Es importante señalar que las Escrituras que la Iglesia reconocía de forma universal representaban una **variedad de perspectivas** de la Iglesia primitiva. Unos grupos, como los marcionitas, sólo reconocían a Pablo, pero también había otros grupos *reduccionistas y judaizantes* que sólo reconocían como apóstol genuino a Santiago de Jerusalén, y consideraban a Pablo como el enemigo que había sembrado la cizaña del error en medio de la buena semilla del Evangelio. Sin embargo, en la iglesia universal y en las escrituras universales había sitio para el testimonio inspirado de **todos** los apóstoles. La iglesia **no decretaba la inspiración** sino que **la reconocía y la proclamaba** como tal. En este consenso de los líderes de la Iglesia se daba testimonio de la **unidad más exhaustiva** que trasciende *todas las diversidades* y proclama a aquel que es al mismo tiempo el Jesús de la historia y el Señor exaltado sobre todas las cosas. Hubo verdadera sabiduría en la decisión de **aceptar todo lo que se consideraba verdaderamente apostólico** como la **verdad divina y única**, viéndolo como el **mediador** recibido por el Espíritu **para unir en un solo cuerpo** toda nuestra **diversidad** humana.

El mismo espíritu universal se evidencia en los cuatro Evangelios. Cada Evangelio era, realmente, **el Evangelio** en las comunidades por donde circulaba, pero todas resultaban enriquecidas grandemente cuando al testimonio de su propio Evangelio se le añadía el de los demás, aunque a algunos les molestaba la falta de coincidencia exacta porque exigía un *esfuerzo de armonización*, pero otros se alegraban de la pluralidad de testimonios, reconociendo que todos ellos han sido declarados por un mismo Espíritu. Si hubiésemos seguido la tendencia reduccionista que emprendió Marción, nos ahorraríamos el esfuerzo de armonización pero hubiéramos quedado enormemente empobrecidos. Inicialmente, **los cuatro Evangelios no fueron escritos para que los lectores tuvieran una visión cuádruple de Jesús**, pero con el paso del tiempo ésta es la perspectiva que nos han proporcionado, bajo la sabia dirección del Espíritu Santo.



El mismo **Evangelio de Mateo**, que se convirtió en el Evangelio predominante de la Iglesia, deja clara esta pluralidad de perspectivas. Vemos un enfoque **individualista**: “*Por camino de gentiles no vayáis*” (10:5); otro más **aperturista**: “*vendrán muchos del oriente y del occidente*” (8:11); que finalmente es superado por un enfoque más **universal**: “*haced discípulos a todas las naciones*” (28:19). Es el libro que trata del **Rey** de los judíos, pero son unos magos, unos paganos gentiles, quienes vienen de muy lejos a adorar al Rey. El hecho de que esta obra universal esté a la cabeza del Nuevo Testamento nos muestra la **universalidad del Canon** en general, y no sólo de la colección de los cuatro Evangelios.



Si observamos bien lo que sucedió en la **primera generación apostólica** veremos cómo se deslindaron con sumo cuidado las esferas territoriales de cada ministerio. Pablo era el apóstol de los gentiles y Pedro el de la circuncisión. Si un siglo más tarde a algún padre apostólico bienintencionado se le hubiese ocurrido afirmar que Pablo y Pedro habían cofundado la iglesia de Corinto o la de Éfeso, Pablo se hubiera levantado de la tumba en el acto. Pero esta necesidad de *separar los territorios de cada ministerio desapareció a la*

generación siguiente. Y cuando comenzaron a evidenciarse las tendencias sectarias, toda la Iglesia, como un solo hombre, obedeció a la exhortación de Pablo de **reconocer que todos los apóstoles y maestros**, a quienes había enviado el Señor –“*sea Pablo, sea Apolo, sea Cefas*” (1 Cor. 3:22)– todos y cada uno de ellos **formaban parte de su herencia espiritual**. Esta clara afirmación paulina convenía teológicamente, ya que expresaba una decisión de apropiarse de toda la herencia apostólica.

Para dar unas precisiones históricas, en el año 367 dC, una carta de **Atanasio** ya nos da la **lista completa de los 27 libros** que tenemos ahora. El Concilio de Cartago, el 397 dC., concordó con las Iglesias orientales aceptando la misma lista.

La reacción frente a los ataques de Marción no sólo nos enriqueció al obligar a la Iglesia a definir los límites escriturales precisos del Canon, con toda su universalidad enriquecedora, sino que también aportó interesantes *detalles históricos* de su propia época que iluminan algunos aspectos desconocidos de la historia del Canon del N.T. Un buen ejemplo de ello son los denominados “**prólogos antimarcionitas**”, que encabezaban los Evangelios, como hacen hoy las notas marginales de nuestras Biblias de Estudio. Uno de los más interesantes es el del Evangelio de **Lucas**:

“Lucas nació en Antioquía de Siria, era médico de profesión y un discípulo de los apóstoles. Posteriormente acompañó a Pablo hasta el martirio de éste, sirviendo al Señor sin nada que lo distrajera, puesto que no tuvo ni esposa ni hijos. Murió en Beocia a la edad de 84 años, lleno del Espíritu Santo. De modo que, después de los dos Evangelios que ya se habían escrito – el de Mateo en Judea, y el de Marcos en Italia – Lucas escribió este Evangelio en la región de Acaya, por inspiración del Espíritu Santo. En su introducción indicó que ya se habían escrito otros Evangelios anteriores al suyo, pero que sentía la obligación de poner a disposición de los creyentes gentiles un relato completo en el transcurso de su narración y de hacerlo con la mayor exactitud posible. El objeto de esto era, por un lado, que no fueran cautivados por el amor a las fábulas judías, y por otro que no fueran engañados por imaginaciones heréticas y vanas y se apartaran de la verdad. Por tanto, desde el mismo principio, Lucas a puesto a nuestra disposición la historia del nacimiento de Juan (el Bautista) como esencial (para el Evangelio); porque Juan marca el principio del Evangelio, puesto que era el precursor de nuestro Señor y asociado suyo, tanto en la preparación para el Evangelio como en la administración del bautismo y comunicación del Espíritu. Este ministerio (de Juan) había sido anunciado por uno de los doce profetas (Mal. 3:1; 4:5). Más adelante el mismo Lucas escribió los Hechos de los Apóstoles. Y más tarde, el apóstol Juan, uno de los doce, escribió el Apocalipsis en la isla de Patmos, y después su Evangelio en Asia”.

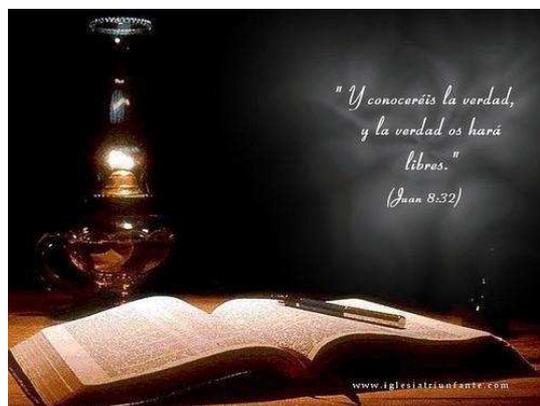
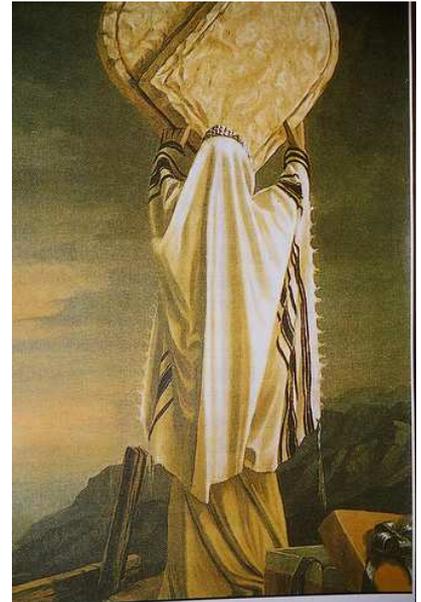
Un tema final: ¿Podemos esperar que se **añada algún otro libro** al Canon?

El comienzo de Hebreos nos da la respuesta: “Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo. A éste lo designó heredero de todo, y por medio de Él hizo el universo”. En contraste entre el hablar en otras épocas por los profetas, y el reciente hablar en estos días finales, sugiere que el mensaje recibido de Dios por medio de su Hijo es la culminación de su hablar a la humanidad y es la revelación más grande y final a la humanidad en este período de la Redención. La grandeza excepcional de esta manifestación del Hijo excede con mucho cualquier revelación del Antiguo Pacto. Una vez que esta revelación ha quedado completa, no cabe esperar más.

Lo mismo nos dice Ap. 22:18-19 “A todo el que escuche las palabras del mensaje profético de este libro le advierto esto: Si alguno le añade algo, Dios le añadirá a él las plagas descritas en este libro. Y si alguno quita palabras de este libro de profecía, Dios le quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa, descritos en este libro”. No es accidental que esta afirmación venga al final del último capítulo de Apocalipsis, y que éste sea el último libro del N.T. De hecho, Apocalipsis tuvo que ser colocado en el último lugar del Canon, pues así como Génesis nos habla de los orígenes, el Apocalipsis nos muestra la culminación de nuestra historia y el comienzo de la nueva Creación divina. Todos los eventos del Apocalipsis son subsiguientes a los del resto del N.T. por lo que exige su ubicación ahí donde está. Por ello no es inapropiado entender esta seria advertencia como conclusión apropiada a todo el Canon de las Escrituras.

Hoy día *no existe ningún candidato serio en lista de espera para incorporarse al Canon*, ni ninguna *objeción seria* a cualquier libro que está en el Canon. De los libros que algunos quisieron incorporar al Canon en tiempos de la iglesia primitiva, ningún evangélico contemporáneo los querría incluir. Incluso, de aquellos libros que algunos pensaban en su día que deberían haberse incorporado, vemos *enseñanzas doctrinales contradictorias* al resto de las Escrituras. El “**Pastor de Hermas**”, por ejemplo, enseña la “*necesidad de la penitencia*”, y la “*posibilidad de perdón de los pecados*” por lo menos una vez después del bautismo; su autor parece identificar al Espíritu Santo con el Hijo de Dios antes de la encarnación, y sostener que la Trinidad surgió sólo después de que la humanidad de Cristo había sido llevada al cielo.

En último término, nuestra confianza se basa en la **fidelidad de Dios**. Dios ama su pueblo y es de suprema importancia que el pueblo de Dios tenga las propias palabras de Dios porque son nuestra vida (Dt. 32:47; Mt. 4:4). Son más preciosas e importantes que todo lo demás que nos ofrezca el mundo, y **Dios nuestro Padre no nos engañará ni nos privará de algo que nos es absolutamente necesario**. Dios obró en la Creación; en el llamado de Israel; en la vida, muerte y resurrección de Cristo, y en la obra inicial y escritos de los apóstoles. Dios obró con unos autores humanos imperfectos, y en la preservación, compilación y transmisión de su Palabra, incluso con unos materiales tan frágiles como los que hemos visto, para beneficio de su pueblo, en toda la era de la Iglesia. Podemos confiar en Él, en su inmutable fidelidad, para saber que el Canon reconocido es completo, definitivo y suficiente para nuestra salvación y el cumplimiento de sus propósitos entre los hombres.



LA NATURALEZA DE LA INSPIRACIÓN BÍBLICA.

La Sagrada Escritura es un componente de la Revelación bíblica. Si los cristianos estamos convencidos de que la Revelación del Dios de la Biblia en la historia humana es objetiva y veraz, debemos prestar mucha atención a las enseñanzas de Cristo y sus apóstoles con respecto a la inspiración bíblica.

Algunos piensan que la Biblia no contiene doctrina sobre su propia inspiración, o al menos algún tipo de doctrina que implique su infalibilidad o inerrancia. En realidad este no es el verdadero problema al que nos enfrentamos; el verdadero problema es la sobreabundancia de material bíblico concerniente a esta doctrina. Benjamín Warfield comentaba irónicamente que el esfuerzo por silenciar esta evidencia texto por texto es comparable al esfuerzo por detener una avalancha de piedras una por una.

Vamos a atacar el tema mediante un estudio de **cuatro textos bíblicos** representativos; contemplaremos seguidamente **la inspiración de las Escrituras del N.T.** y culminaremos el estudio examinando las **implicaciones doctrinales del testimonio de la Escritura**. Este último punto tiene dos parámetros básicos:

- 1.- Toda Escritura es inspirada por Dios.
- 2.- El propósito central de la Escritura es presentar a Cristo.

Teniendo en mente estas coordenadas contemplaremos una quincena de características fundamentales de la inspiración bíblica, que iremos examinando. En base a las premisas expuestas, diremos lo que la Palabra:

- Es confiable.
- Es eficaz.
- Es inteligible.
- Es reveladora.
- Es sagrada.
- Es sabiduría
- Es necesaria.
- Es infalible.
- Es inerrante.
- Es plenaria.
- Es verbal.
- Es confluyente.
- Tiene autoridad.
- Tiene suficiencia.
- Tiene claridad.



Vamos a seleccionar los siguientes cuatro textos: 2 Tim. 3:16; 2 Pedro 1:20-21; Mateo 5:17-18 y Juan 10:35, para estudiarlos detenidamente. En cada uno de ellos tenemos un testimonio diferente en relación con las Escrituras: Pablo, Pedro, Jesús y Juan.

TEXTOS BÍBLICOS REPRESENTATIVOS.

1) **2 Timoteo 3:16.** “Toda Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en justicia”.

En este pasaje Pablo afirma la autoría divina de toda la Escritura. Lo que dice la Escritura es un documento **inspirado por Dios** (*theopneustos*; soplado, alentado por Dios). Aquí Escritura (*grafé*) tiene que referirse a las palabras escritas en el A.T., porque esto es a lo que la palabra *grafé* se refiere en cada una de las 51 ocasiones que aparece en el N.T. Es más, en el versículo anterior Pablo se estaba refiriendo a las Sagradas Escrituras del A.T.

Por esta razón Pablo puede permitirse **personificar** la Escritura como el Dios que habla (Gál. 3:8, 22; Rom. 9:17). Dios es el **autor** de todo lo que la Escritura recoge (Hch. 13:32-35). La totalidad de la Escritura es una **revelación divina** (Rom. 3:2). En sus escritos el apóstol Pablo hace mención del contenido completo de la Escritura del A.T., de cada categoría, y en casi cada libro. Su argumentación puede girar en torno a una

sola palabra (Gál. 3:16). Su autoría divina garantiza que la **autoridad** reside en cada parte de la Biblia, de modo que la Escritura ofrece una sólida **enseñanza** (Hch. 17:2-3; 26:22-23; 28:25).

Pablo testificó delante de Félix, diciendo: “Yo sirvo al Dios de nuestros Padres, creyendo **todo** lo que es escrito en los **profetas**” (Hch. 24:14; Rom. 15:4). En ninguna ocasión disiente el apóstol de ninguna de las enseñanzas de las Escrituras. Ya sea que hable de historia, doctrina, moral o profecía, siempre es un registro completamente fiable, y la **doctrina** que Pablo anuncia es **común a todos los maestros y escritores** del N.T. Pedro anunció a la congregación, antes de Pentecostés: “Hermanos, tenía que cumplirse la Escritura en que por boca de David el Espíritu Santo predijo acerca de Judas” (Hch. 1:16). La Escritura, como **voz y mensaje del Espíritu**, es una convicción comúnmente expresada (Hch. 4:25; Heb. 3:7; 10:15).

En el **mundo helenístico** la idea de inspiración era de uso común pero casi nunca tiene relación con textos escritos. Pero en el **judáismo**, Dios mismo graba sus mandamientos en tablas (Ex. 24:12) e inspira a los profetas (Núm. 24:2 y ss.). La Ley, al ser enseñada, dictada o escrita directamente por Dios, tiene autoridad suprema.

La Escritura es la **Palabra de Dios** (Heb. 1:5-13; 4:12; 8:8). Dios es el autor final de la Escritura. **No comete errores** porque no puede mentir. Las Escrituras deben **creerse** en todo lo que enseñan porque **su origen es divino**. Es un hecho histórico incontrovertible que Pablo se aferraba a la **Inspiración plenaria** de las Sagradas Escrituras. Podríamos resumirlo diciendo que nos presenta una “**doctrina de Dios hablando en todos los Escritos Sagrados**”.

Se pueden citar muchos pasajes (por ejemplo, Lc. 1:70; 24:25; Jn. 5:45-47; Hch. 3:18, 21; 4:25; 13:47; 28:25; Rom. 1:2; 3:2; 9:17; 1 Cor. 9:8-10; Heb. 1:1-2, 6-7...), pero todos siguen el patrón unánime de atribuir a Dios las palabras de las Escrituras del A.T. Es más, en varios pasajes se dice que **todas las palabras** de los profetas o las palabras de las Escrituras son para que las **creamos** o que **proceden de Dios** (Lc. 24:25, 27, 44; Hch. 3:18; 24:14; Rom. 15:4).

2) 2 Pedro 1:20-21. “Pero ante todo sabed esto: que ninguna profecía de la Escritura es asunto de interpretación personal, pues ninguna profecía fue dada jamás por un acto de voluntad humana, sino que los hombres inspirados por el Espíritu Santo hablaron de parte de Dios”.

Mientras que Pablo enfatiza lo positivo (“**toda Escritura** es inspirada”), Pedro pone el acento en lo negativo (“**ninguna Escritura** fue dada jamás por un acto de voluntad humana”). **Ambos** extremos afirman la **inspiración plenaria** y la **autoría divina** de las Escrituras. El **Espíritu de Cristo** habló a través de los **profetas** (1 Pedro 1:11), como lo hizo a través de **Pablo** (2 Pedro 3:16). La idea que se nos transmite de **hombres llenos de la energía del Espíritu** y **motivados a hablar la Palabra de Dios** es básicamente una idea del A.T. (Miq. 3:8; Zac. 7:12). Amós puede ser un ejemplo, cuando dice: “Ha hablado el Señor, ¿quién no profetizará?” (Am. 3:8); en el versículo anterior nos dice: “Porque no hará nada Yahvéh, el Señor, sin revelar su secreto a sus siervos los profetas”. Los profetas de Dios son sus **portavoces** (Éx. 4:10-16; 7:1). David afirma: “El Espíritu del Señor habló por mí, y su palabra estuvo en mi lengua” (2 Sam. 23:2; Mr. 12:36). Dios dice a Isaías que la profecía dada por Él y registrada en un libro quedará “hasta el día postrero, eternamente y para siempre” (Is. 30:8).

Pedro no pretende restringir su significado únicamente a las partes proféticas de la Escritura. Para un judío los profetas no serían más importantes que la Ley. En realidad, toda la Escritura es profética porque es palabra divina.

Al mismo tiempo, las Sagradas Escrituras se escribieron por **hombres** con un estilo, vocabulario y características propios de la época en que vivieron. El Espíritu **controló** a los escritores humanos, pero **no los eliminó**. No obstante, y teniendo presente el aspecto humano de las Escrituras, el apóstol deja suficientemente claro que la iniciativa fue de Dios y que el producto literario final tenía el sello de la autoría divina.

3) Mateo 5:17-18. “No penséis que he venido para abolir la Ley o los profetas, no he venido para abolir sino para cumplir. Porque de verdad os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, no se perderá ni la letra más pequeña, ni una tilde de la Ley hasta que toda se cumpla”.

En este pasaje Jesús se pronuncia sobre la indiscutible autoridad del A.T. “Pero es más fácil que el cielo y la tierra pasen que un ápice de la Ley deje de cumplirse” (Lc. 16:17). Jesús llamó a la Escritura “la Palabra de Dios” (Mr. 7:13), y fue entregada por Dios incluso en los detalles más insignificantes, como les señaló a los saduceos (Mt. 22:29; 31, 32). Debido a que era un mandato divino (Mt. 19:4-5), todo en la Escritura debía cumplirse (Mr. 14:49). Por esto Cristo rechazó la ayuda del Padre cuando se enfrentó al asesinato judicial en

la cruz (Mt. 26:53-54). El que dijo “mi enseñanza no es mía, sino del que me envió” (Jn. 7:16; 12:48-50), equiparó el nivel de la Escritura con el de sus propias palabras: “mis palabras no pasarán” (Mt. 24:25). Aquel de quien depende la salvación del ser humano enseñó con gran firmeza la autoría divina y la inspiración completa de la Escritura. Aún los críticos de la Biblia, cuyas ideas son de todo menos evangélicas, admiten sin reservas que Jesús creía en la inerrancia de la Escritura.

Sus argumentos se aferraban al texto, y sus enemigos eran recriminados por no conocer mejor las Escrituras. El mismo Satanás fue rechazado con una sencilla apelación a la Palabra escrita de Dios. Su ministerio estaba gobernado hasta el más mínimo detalle por lo que la Escritura había dicho que sería y la obra que haría el Mesías. Se negó a separar la Revelación de la Escritura, la cual utilizaba por completo, con total confianza y efectividad.

La doctrina judía acerca de la Escritura era excelente, pero su obediencia dejaba mucho que desear.

La doctrina de Cristo acerca de la Escritura es fundamental para comprender su entendimiento de la Revelación y de la Autoridad. Si se equivocaba en esto, no podemos creer nada de lo que dice de Dios y de la Salvación. Cristo nunca fue reticente a criticar los puntos de vista de su generación cuando impedían el verdadero conocimiento de Dios. Cristo afirmó con rotundidad la manifestación de Dios en la Escritura y ningún creyente se atreve a acusarle por esto.

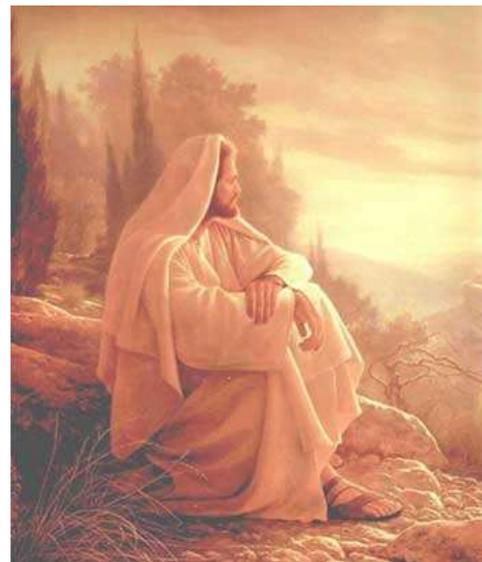
Es una postura congruente rechazar a Cristo y la Escritura, o aceptarlos a ambos, pero no lo es, ni es honesto, aceptar uno y rechazar otro. Jesús muy raramente apelaba a una revelación directa para enseñar algún punto acerca de su misión; casi invariablemente cita la Escritura como el testimonio divino que valida su ministerio (Lc. 4:21; 7:22, 27; 18:31). Donde Cristo es el Señor y Salvador, el tema de la autoridad divina está resuelto: la Escritura está autorizada divinamente y es absolutamente confiable. La Palabra de Dios no puede fallar o romperse en ningún punto (Mt. 4:4; 5:18).

4) **Juan 10.35.** “La Escritura no puede ser quebrantada”.

Las Escrituras, en su forma verbal precisa, dan cuerpo a la palabra de Dios escrita, cuya fuerza obligatoria no puede ser anulada. La constante actitud de Jesús hacia la Escritura era que tenía una fuerza legal obligatoria, y que su autoridad no se podía transgredir.

No existe la más mínima evidencia de que Cristo en ninguna ocasión despreciara la Escritura (como hacen los críticos modernos), o la dejara a un lado (como habían hecho los judíos con su tradición), o la criticara (aunque criticó a quienes la utilizaban mal), o la contradijera (aunque rechazó muchas interpretaciones), o se opusiera a ella (aunque en ocasiones era libre intérprete de ella), o que actuara como el crítico más importante del A.T. en forma alguna.

Existen abundantes evidencias que demuestran que, para Cristo y los apóstoles, la Escritura en su totalidad tenía una autoridad única y era normativa.



LA INSPIRACIÓN DE LAS ESCRITURAS EN EL N.T.

Por razones cronológicas, las Escrituras del N.T. no pudieron ser autenticadas de la misma forma que lo fueron las del Antiguo Testamento. La doctrina de Cristo acerca de la Escritura establece la *naturalidad*, aunque no la *plena existencia* de la Escritura como un depósito cerrado y completo. Jesús enuncia claramente el principio de que la Revelación escrita es producto de la Revelación especial. Su testimonio contempla el Antiguo Testamento, de forma retrospectiva, y el Nuevo Testamento, de forma prospectiva.

Es interesante notar que la progresiva aparición de los escritos del N.T. no sorprendió a la Iglesia primitiva. Los escritos inspirados habían sido el complemento de la Revelación bajo el Antiguo Pacto, y los mismos factores estaban en marcha en el Nuevo. Cristo ni siquiera había dado su autoridad al A.T.; simplemente lo reconoció y lo recibió, supeditándose totalmente a él. Lo que le daba autoridad era la autoría divina que había sido reconocida por el pueblo del Pacto hacía mucho tiempo. De igual forma, el N.T. tiene su vali-

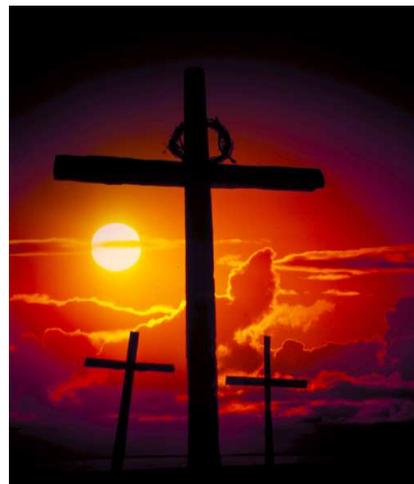
dez como un complemento escrito y un producto de la Revelación del Nuevo Pacto. Igual que la Revelación en el A.T. necesitaba su cumplimiento en el Nuevo, las Escrituras del A.T. necesitaban su complemento escrito en el Nuevo.

El A.T. se cierra con la expectativa del Mesías que vendría (Mal. 3:1-4; 4:1-6). La siguiente etapa en la historia de la redención es la venida del Mesías, y no es sorpresa que no hubieran escrituras adicionales mientras no tuviera lugar el siguiente y más grandioso suceso en la historia de la Redención.

La **base histórica** de las Escrituras del N.T. está en la **autoridad** de Cristo y en la **delegación** de tal autoridad a los apóstoles. En Juan 14:26, (“pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os hará recordar todo lo **que** os he dicho”) Jesús les prometió a sus discípulos (a quienes se llamó apóstoles después de la resurrección) que el Espíritu Santo les daría la capacidad de recordar con precisión las palabras y las obras de Jesucristo, e interpretarlas correctamente para las generaciones subsiguientes. Incluso les prometió más revelación de verdad al añadir: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad porque no hablará por su propia cuenta sino que dirá sólo lo que oiga y os anunciará las cosas por venir. Él me glorificará porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer” (Jn. 16:13-14).

Por eso el N.T. consiste en los escritos de los apóstoles, pues fueron ellos quienes recibieron esta promesa del Señor. Unos pocos escritos (Marcos, Lucas, Hechos, Hebreos y Judas) no fueron escritos por apóstoles sino por otros asociados con ellos, y evidentemente autorizados por ellos.

IMPLICACIONES DOCTRINALES DEL TESTIMONIO DE LA ESCRITURA.



Vamos a examinar 13 premisas que subyacen en la doctrina de la Inspiración.

1) **Toda Escritura es inspirada por Dios (2 Tim. 3:16).**

Esta expresión es la base de todo lo que vamos a estudiar. Pablo, como ya hemos visto, asegura que la Escritura, como un todo, es de origen y autoría divina, aunque se plasme gráficamente por mensajeros humanos. Por ello, todos los grandes atributos de la Escritura descansan en este hecho.

La inspiración no alude al especial estado de gracia de un poeta que en un momento dado concibe una obra genial. La inspiración bíblica apunta al hecho de que la Escritura ha sido **alentada por Dios**, y la mejor ilustración podría ser el acto por el cual Dios sopló en Adán el espíritu del hombre, y éste devino en un ser creado a imagen y semejanza de Dios.

La confesión de inspiración no es una **explicación del proceso** mediante el cual la Escritura llegó a existir. Algunos escribieron en un estado de éxtasis o arrebato (Ap. 1:10), mientras otros podían seguir un metódico trabajo de investigación histórica (Lc. 1:1-4). Pudiera ser que Isaías, debido a su especial sensibilidad, tuviese sus buenos momentos de inspiración poética, pero esto resulta intrascendente para el uso del término bíblico, porque lo que estamos diciendo no es que el profeta estuviera inspirado, sino que **la inspiración se predica del escrito mismo**. Es este depósito de lenguaje, en su forma completa y final, el que debe su existencia al poder de Dios. Lo que las Escrituras contemplan está inspirado por Dios, no lo que los escritores pensaron o creemos que pudieron haber pensado.

La Inspiración es una cualidad que posee toda la Sagrada Escritura. **Toda** está inspirada por Dios. Por ello su inspiración es **plenaria**. Por tanto, no tenemos derecho a no creer nada de ella. La Biblia tiene autoridad en todo lo que enseña, tanto en sus declaraciones de conocimiento objetivo, como en las enseñanzas éticas o doctrinales.

La inspiración es un **hecho que no admite grados**. Existen niveles o estadios de Revelación que se pueden detectar, pero no de inspiración, lo cual es cierto en toda la Escritura. Sin duda, Crónicas ocupan un lugar más humilde que Romanos, porque sus funciones son diferentes, pero ambos pertenecen a la misma Revelación **inspirada** por Dios mediante el lenguaje escrito.

La inspiración, repetimos, no consiste en una asociación fortuita y genial de ideas en una mente brillante, sino específicamente en **palabras** que han sido plasmadas por escrito, por ello hablamos de **inspiración verbal**. Su lenguaje articulado es Dios hablando (Heb. 3:7 “Por eso, como dice el Espíritu Santo: Si oís hoy su voz...”).

Sólo la **inspiración plenaria y verbal** es la garantía de que Dios es el **autor** de la Biblia.

2) La Escritura es confiable.

Es habitual entre los evangélicos distinguir entre los originales o autógrafos inspirados y las copias no inspiradas o apócrifas. Esta distinción es ridiculizada por la crítica como irrelevante o absurda. Al fin y al cabo, si los manuscritos originales han desaparecido, es imposible definir su carácter en términos de **infallibilidad**. Apelar a un autógrafo infalible no sería más que una vía de escape para soslayar la vergüenza que ocasionan los fallos accidentales o intencionados en las copias.

No obstante, esta distinción es bastante profunda. No se suele reclamar la inspiración sobre los copistas o traductores de las Escrituras. Filón de Alejandría defendió esa idea con relación a la Septuaginta, aunque ello es un ejemplo de excesiva creencia (si bien no podemos dejar de ver la mano de Dios detrás de esa providencial traducción).

Pero no hay nada de absurdo en reclamar la **infallibilidad** de un **texto imperfectamente transmitido**. Es más, si este es el caso, la distinción resulta más necesaria que nunca. Si existe una buena evidencia de la **confiabilidad** de la Biblia, tal como nos ha llegado de la mano de Dios, y existe (todo el testimonio de Cristo y de los apóstoles se refiere a ello); y por otro lado, si no hay evidencia de una peculiar **inspiración de los copistas o traductores**, y no la hay, entonces la consecuencia bastante lógica es que se debe establecer una distinción entre la Escritura original inspirada y todo el proceso posterior de su difusión.

Agustín de Hipona lo expresó muy bien diciendo: “He aprendido a demostrar un respeto absoluto y honrar solamente a los libros canónicos de la Escritura; acerca de éstos, creo firmemente que los autores estaban libres de errores. Y si en estos escritos me veo perplejo ante algo que me parece opuesto a la verdad, no tardo en pensar que, o bien el manuscrito es defectuoso, o que el traductor no ha comprendido el significado del mensaje de lo que se dijo, o que yo mismo no he sido capaz de entenderlo”.

La inspiración divina hace referencia inmediata a lo escrito tal y como Dios lo entregó. Si alguien insiste tercamente en que nadie ha visto los originales infalibles, esto sería tan relevante como decir que tampoco nadie ha visto los originales falibles. La verdadera cuestión se centra en definir qué es la Escritura. Dios dio su palabra en un lenguaje humano, y esa palabra ha sido confiada al pueblo de Dios. Los errores que pudieran darse en la transmisión no deben atribuirse a Dios.

Los problemas al hablar de autógrafos surgen cuando comenzamos a entrar en detalles. Un manuscrito original sería las cartas que Pablo escribió de su puño y letra, pero cuando el escritor necesita un ayudante escriba, también sería original la primera copia revisada y comprobada por el autor (por ejemplo 1 Pedro 5:12). No es una simple cuestión de contacto directo entre pluma y papel.

El interés por los textos originales adquiere mayor relevancia con el nacimiento de la **ciencia textual**, que trata de determinar la correcta filiación entre un autógrafo y las copias accesibles que nos han llegado del mismo, para establecer la lectura más parecida posible al lejano original. El verdadero problema es establecer el grado de **confiabilidad** que tiene una copia particular, y la reconstrucción del mejor texto posible de todo el material que nos ha llegado. En el caso de la Biblia, el texto se puede alterar por la evolución del lenguaje hablado con el paso de los siglos, y también por el gran número de traducciones a otros idiomas.

Cuando los escritores del N.T. mencionaban la Escritura, ¿se referían a un tipo particular de texto o a una traducción? Sin duda eran conscientes de la existencia de la diversidad de tradiciones textuales, pero ello no les causaba ansiedad. La creencia en la Providencia de Dios era suficiente. Si la Escritura fue dada para la instrucción del pueblo de Dios, no permitiría que se **corrompiese** hasta permitir que llegase a ser ininteligible para tal propósito. El carácter de la Palabra de Dios no queda afectado por las variantes menores en los límites de la Escritura. Quizá, si los autógrafos se hubieran preservado se hubieran convertido en veneradas reliquias y serían adorados como la serpiente de bronce.

Conviene señalar, no obstante, que las dimensiones del problema no son tan preocupantes como parecería en primera instancia. La **crítica textual** es la ciencia que se dedica a restaurar los textos originales de la Biblia partiendo de todas las copias existentes que han llegado a nuestro conocimiento. Al contrario que la llamada **alta crítica** no está viciada de base por presuposiciones filosóficas o por las posturas preconcebidas

de los investigadores. Sus resultados se pueden evaluar como **confiables** y esperanzadores; en términos generales hay un acuerdo importante sobre la integridad del texto que poseemos.

Si mediase una gran distancia entre el texto original y las copias actuales, nos veríamos enfrentados a serias dificultades, pero los hallazgos de Qumran han permitido evaluar con nota muy alta la confiabilidad de los textos del A.T. Se han recuperado más de **800 manuscritos**, muchos de ellos copias de libros bíblicos hebreos, compuestos entre el **siglo III y I a.C.** Incluso tenemos traducciones griegas del Pentateuco del siglo I a.C., y fragmentos de Jeremías y los Profetas Menores, de alrededor del 50 a.C.

La práctica totalidad de **escritos del N.T.** son de fecha muy temprana, y todos salen a la luz en vida de los principales testigos de los hechos narrados. Tenemos alrededor de 5.700 manuscritos del N.T. en griego, que van desde pequeños fragmentos o citas bíblicas en materiales diversos, hasta códices completos (de ellos tenemos un total de 60 que contienen todo el N.T. completo). Como mínimo podemos afirmar que en la primera mitad del siglo II los evangelios y los escritos del N.T. ya circulaban ampliamente por las iglesias cristianas. Pero también tenemos unos 10.000 en latín, y otros tantos en otros idiomas antiguos, como el copto, el siríaco, el armenio, el georgiano y otros. En total, grosso modo disponemos de unos 30.000 documentos manuscritos del N.T. Este conjunto representa un cuerpo de evidencia más de 100 veces superior a cualquier otra obra de la antigüedad. Además de la cantidad, la **calidad** de los manuscritos del N.T. no tiene parangón en el mundo greco romano de la antigüedad. Si estudiamos el conjunto de **obras clásicas del mundo grecorromano**, estos autores tienen un promedio de 20 copias conservadas de sus obras, y proceden de un período de entre 500 a 1.000 años posteriores al documento original. Además, el conjunto de materiales que ha sobrevivido es muy incompleto; por ejemplo, de los 142 volúmenes que Tito Livio escribió de la Historia de Roma, sólo se conservan 35.



Si hiciéramos un montón con las copias clásicas grecorromanas, éste tendría poco más de un metro de altura. Si pusiéramos los manuscritos del N.T. (sin contar las citas de los Padres de la Iglesia) tendríamos una columna de casi 2 km. de altura.

En realidad los problemas no derivan de la falta de documentos sino del gran número que tenemos y de toda la compleja historia de la tradición de los documentos, de la que tenemos un conocimiento muy amplio y detallado.

Las primeras copias **completas** que se han conservado de la **Biblia** son los Códices **Vaticano** y **Sinaítico**, fechadas alrededor del 350 d.C. Pero las copias fragmentarias antiguas más importantes son, principalmente:

La colección de 11 papiros **Chester Beatty**, de la primera mitad del siglo III. Tres de ellos contienen la mayoría de escritos del N.T. Uno de ellos contiene los 4 Evangelios y los Hechos de los Apóstoles.

El papiro **John Rylands** (Manchester), con una antigüedad estimada del 130 d.C., aunque algunos expertos lo sitúan alrededor del año 100, que contiene fragmentos del Evangelio de Juan (18:31-33 y 18:37-38). Este texto sería, como mucho, unos 40 años posterior al original escrito por Juan en Éfeso. Este pequeño fragmento de papiro dio al traste con nada menos que 2 Tm. de erudición liberal alemana.

Otro fragmento más completo de Juan (14 capítulos, casi enteros y fragmentos de los 7 últimos) es el papiro **Bodmer II**, fechado entre el 150 y 200 d.C.

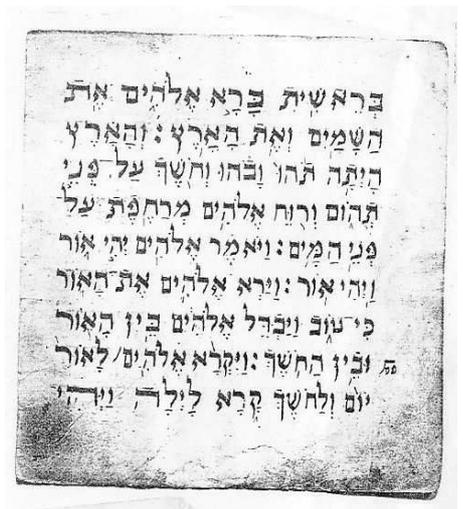
Al día de hoy tenemos alrededor de **15 papiros del siglo II**, unos 4 de ellos identificados en los últimos 5 años, a pesar de haber sido descubiertos hace un siglo, en Oxirrinco, lo que da una idea de lo que cuesta identificar los documentos antiguos.

Aparte de de estas evidencias directas, hay multitud de **citas** en los numerosos **escritos de autores cristianos** que nos han llegado. Con las citas de los Padres de la Iglesia es posible reconstruir casi todo el N.T. completo. En total hay más de un millón de citas del N.T. en sus escritos. Muchas datan del siglo I y se van prolongando hasta el siglo XIII.

Otras **consideraciones relevantes** para evaluar la transmisión textual serían:

- La mayoría de **escritores** del N.T. eran **judíos** que creían que el A.T. era la Palabra inspirada por Dios, y sentían gran estima y devoción por las Escrituras.
- La mayoría de primeras **copias** de libros del N.T. fueron realizadas por **escribas** que debían considerar que estaban copiando **textos sagrados**, mostrando un gran esmero en reproducir el texto original.
- Todos los papiros sin excepción, muestran que los copistas cristianos usaban abreviaturas especiales para citar los **títulos y nombres divinos**. Esto nos habla de su esmero, respeto y uniformidad en su labor de transmisión textual.
- Desde el primer momento la iglesia cristiana adopta de manera uniforme el uso del **códice**, rompiendo con la tradición judía que sigue usando el rollo. Este formato facilitará la agrupación secuencial de libros. El uso del **papiro** como material de copia es bastante restringido, pero tenemos 117 documentos del N.T. de un total de 75.000 papiros que conservamos de la antigüedad. Estos documentos en papiro contienen aproximadamente la mitad del N.T.
- Los primeros documentos fueron producidos cuidadosamente por **escribas profesionales** que adoptaron un **estilo determinado de copia** perfectamente discernible.
- De los tres primeros siglos tenemos unos 50 manuscritos sólo en griego. Durante un período de **14 siglos de copias manuscritas** continuadas, las **añadidas** representan sólo un **2 por ciento** del total. Si hablásemos en términos financieros, esto sería una inversión ruinosa.
- Un estudio serio sobre la **confiabilidad** en la transmisión de las Escrituras incluye necesariamente otros **campos de estudio** en los que no entramos ahora, pero de los que tenemos amplia y cumplida evidencia para su estudio. Estos campos adicionales serían:

- 1) La inteligencia e **integridad** de los autores bíblicos.
- 2) La **coherencia interna** de los textos.
- 3) La **exactitud histórica** de los autores.
- 4) Los **restos arqueológicos** que arrojan luz o confirman aspectos de la historia bíblica.
- 5) Otras **fuentes documentales** contemporáneas (fuentes grecorromanas, judías y cristianas extrabíblicas, incluyendo entre estas últimas fuentes heréticas).
- 6) **Fecha de redacción** estimada de los libros de la Biblia.
- 7) **Manuscritos conservados** y su datación (ya hemos dado referencias en esta misma sección).
- 8) El **proceso histórico** de formación y reconocimiento del **Canon** (proceso histórico de debate y reconocimiento de los libros incluidos en el Canon de libros inspirados).
- 9) Las **tradiciones literarias** en las fechas de redacción de los originales. Para los libros del N.T., las del **siglo primero**, período en el que se redactaron todos los manuscritos los originales.



Queda un punto importante que debemos evaluar antes de cerrar este apartado y es el que hace referencia a los denominados **errores textuales**. Es obvio que Dios está utilizando ahora una copia imperfecta y en la práctica totalidad de casos una traducción de las Escrituras en la tarea de salvar a los pecadores. Debemos señalar que la verdad y el poder de la Escritura no quedan invalidados por la presencia de un cierto grado de **corrupción textual**. Aunque detrás de cada traducción humana brilla la potente luz de la Palabra de Dios, esto no nos debe llevar a la complacencia, y siempre que podamos debemos **tratar de leer el mejor texto posible** o la traducción más clara que tengamos, cotejando distintas versiones y utilizando herramientas de estudio adecuadas (diccionarios bíblicos, concordancias, traducciones interlineales, etc.).

Para nuestros efectos prácticos sería suficiente concluir que los evangélicos sostenemos con buenas razones que **nuestras Biblias son fundamentalmente idénticas**, aparte de **pequeñas variantes** textuales o de traducción, a los **originales inspirados**, contrariamente a la propaganda popular escéptica, tanto erudita como novelesca, la cual sugiere que la autenticidad de la Biblia está desacreditada tanto en la copia como en el original. Nuestras Biblias son la Palabra de Dios y entendemos que **reflejan con integridad y honestidad** el mensaje original, por lo que es correcto que las consideremos **virtualmente infalibles**.

Pero debido a los masivos ataques de los incrédulos vamos a evaluar brevemente la **problemática de las variantes textuales** para que no nos dejemos embaucar por la verborrea difamatoria y escéptica del mundo incrédulo.

Un importante crítico de la Biblia señaló recientemente que los manuscritos conocidos del N.T. presentan entre 200.000 y 400.000 variantes. Si tenemos en cuenta que el texto griego del N.T. tiene 138.162 palabras, el número de variantes triplica el total de palabras del N.T. ¿Podemos explicar un número tan alto de variantes? ¿no queda distorsionado el mensaje evangélico o el retrato de Jesús?

Vamos a ir tratando el tema por partes.

Si cualquier manuscrito consigna una palabra distinta en algún lugar, esto se computa como una variante aunque se trate de conceptos sinónimos o idénticos. Hay unos 1.000 manuscritos consignan la palabra “Señor” en Juan 4:1, mientras que todos los demás escriben “Jesús”. Ello representa mil variantes, aunque no se produce ningún cambio en el sentido y la comprensión del pasaje.

También cuenta como variante cualquier error de ortografía en un manuscrito del siglo XIV, aunque ello no afecta para nada a los manuscritos más antiguos.

De hecho, los errores más comunes son pequeñas variantes ortográficas en las palabras griegas aunque el error no implique la más mínima diferencia en el sentido de la palabra. Por ejemplo, cuando una palabra empieza por vocal y la palabra anterior termina también en vocal, se le añade una “n”, como sucede también en el idioma inglés. Cualquier omisión de esta “n” ortográfica es una variante, aunque el sentido de la frase no se altera para nada.

Cerca del 80% de todas las variantes son diferencias ortográficas minúsculas que no alteran ni la traducción ni el significado. O sea que alrededor de unas 300.000 variantes son completamente intrascendentes a todos los efectos. Pero aún nos quedan por explicar unas 100.000.

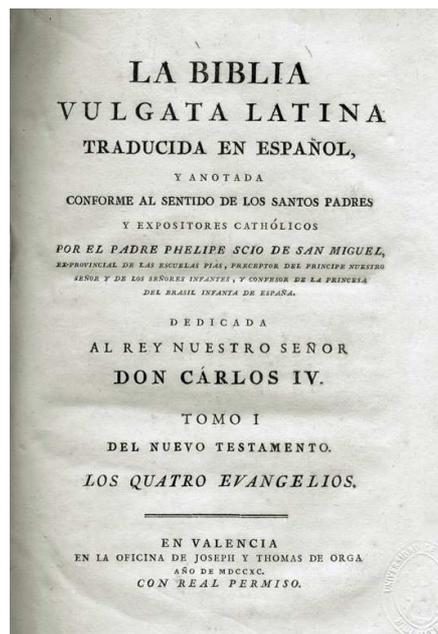
Hay variantes que se han producido por un **lapsus** o distracción del escriba al copiar de otro manuscrito. Por ejemplo, en un manuscrito el escriba colocó una “y” donde tenía que haber puesto “Señor”. En griego hay un cierto parecido entre ambas palabras (kai y kurios), pero se ve fácilmente que la palabra errónea no encaja en el contexto y no resulta nada difícil identificar la palabra correcta.

Muchas variantes se deben al uso de **sinónimos**, en los que no se altera el sentido del texto. Otro tipo de variantes muy frecuente es el uso de artículo delante del nombre propio. Si hablamos un español correcto, nosotros no decimos “la María” o “el José”, pero esta es la forma correcta de decirlo en griego. La omisión de este artículo gramatical no afecta al significado, pero se cuenta como variante.

En el griego, igual que sucede con el latín, hay **declinaciones**, es decir, cambios morfológicos en la terminación de las palabras, y además es un idioma más flexible que el latín. Por ejemplo, hay 16 maneras distintas de decir “Jesús ama a Pablo”, pero todas se traducen igual en castellano.

El **hipérbaton**, o el cambio en el orden secuencial de las palabras, también se cuenta como variante, aunque todo el mundo lo utiliza en sus conversaciones. Nosotros decimos siempre “la Santa Cena”, cuando el orden estricto debería ser “la Cena Santa”.

Evaluando la situación hasta ese punto, la cifra que hablábamos de **400.000** variantes debería sorprendernos, pero no porque sean muchas variantes sino porque son muy pocas. El número promedio de variantes sería alrededor de 70 variantes por manuscrito. Pensemos, por ejemplo, el número de faltas que cometerían 5.000 niños si tuviesen que copiar toda la Biblia al dictado, o reproduciendo otro original manuscrito. Habría, con toda seguridad, **decenas de millones** de variantes, utilizando cálculos estadísticos muy refinados. Aún si existieran 400.000 variantes contabilizadas, y la naturaleza de las variantes que acabamos de examinar, deberíamos concluir razonablemente que el trabajo de los cientos de **escribas profesionales** que han ido copiando los textos durante unos 15 siglos es extremadamente pulcro. Si examinamos las fotografías de alta resolución de las docenas o centenas de estos manuscritos que podemos consultar por Internet, podemos ver la extrema **pulcritud, elegancia y esmero** de estas caligrafías que han ido copiando incansablemente los textos sagrados.



Pero si queremos afinar más nuestras conclusiones sobre la fiabilidad del texto real en los manuscritos conocidos podemos decir de forma rigurosa que **sólo el 1%** de las variantes son realmente **significativas**. Pero aún así, el cómputo de estas variantes que afectan al sentido del texto es bastante irrelevante. Los dos casos más notorios son los siguientes:

En **Romanos 5:1** unos manuscritos dicen “*tenemos paz*” y otros “*tengamos paz*”. En el griego, la diferencia es sólo de *una letra*, pero lo realmente importante es que ninguna de estas opciones supone contradicción alguna de las enseñanzas escriturales.

El otro ejemplo famoso es **1 Juan 1:4**. Unos textos dicen “*os escribimos estas cosas para que **nuestra** alegría sea completa*” y otros dicen “*para que **vuestra** alegría...*”. Ambas lecturas son posibles y cuentan con similar número de testimonios antiguos, pero aunque las variantes afectan al significado, *ninguna creencia fundamental corre peligro*. En ambos casos el significado obvio del versículo es que la redacción de esta carta trae alegría.

En su mayor parte, casi todas las variantes están originadas por fallos en la atención de los escribas. Pero los críticos suelen hacer mucho hincapié en la posibilidad de **alteraciones deliberadas** de los textos. Eso intranquiliza mucho, sobre todo a los cristianos sencillos, que son la mayoría. Pues bien, en ocasiones los críticos tienen razón. Vamos a verlo con más detalle.

A lo largo de los siglos, la Iglesia comenzó a usar **leccionarios**, del mismo estilo que las Notas Diarias de la Unión Bíblica. El texto bíblico se dividía en porciones para la práctica de la lectura diaria, pudiendo leerse toda la Biblia en un año. Se da la circunstancia que en el Evangelio de Marcos hay 69 versículos seguidos donde no aparece el nombre de Jesús, y siempre aparece el pronombre “él” para referirse a Jesús. Cuando el escriba tenía que copiar esta sección, al escriba le resultaba muy molesto tener que poner siempre “él” sin posibilidad de saber en el texto de quién se estaba hablando. Por ello, muchas veces aplicaba el sentido común y escribía “Jesús” en lugar de “él”. Esto es una **variante deliberada**.

También en ocasiones se han producido **variantes intencionadas** por razones **teológicas**, casi siempre con la intención de hacer que el Nuevo Testamento pareciera más ortodoxo. El grupo más común de estos cambios son **armonizaciones** entre los cuatro evangelios. Cuando más nos alejamos del texto original, mayor es la tendencia de los escribas a resolver las aparentes discrepancias entre textos paralelos. No obstante, resulta bastante fácil detectar tales armonizaciones.

Llegados a este punto es necesario recordar una **tesis bíblica fundamental** en esta materia, que **se formuló por primera vez en 1707**: “*No existe ninguna doctrina cardinal o esencial que se vea alterada por alguna variante textual que pueda, verosíblemente, trazar su origen a los documentos autógrafos*”. Precisamente, el afán desmesurado de los críticos por hallar tales variantes intencionadas ha demostrado rigurosamente, más allá de cualquier duda, que no hay ni una sola doctrina afectada por una variante textual deliberadamente intencionada. Si os fijáis bien, todos los textos que se publican actualmente atribuyendo *conspiraciones* o *manipulaciones perversas* en la divulgación de textos bíblicos son siempre chapuzas novelescas del tipo Código da Vinci. Ningún estudio erudito, con el mínimo rigor formal, ha podido probar jamás la existencia de alguna doctrina adulterada en cualquier lugar o época de la historia.

Hay unas pocas cuestiones que afectan a cuestiones de práctica cristiana, pero nunca de doctrina. Por poner un ejemplo: en **Marcos 9:29** Jesús señala que no se podía echar a cierto tipo de demonio a no ser con oración. En este pasaje algunos manuscritos añaden “*y ayuno*”. Efectivamente, podemos discutir si es preciso ayunar para realizar cierta clase de exorcismos, pero ¿alguien puede decir que su salvación dependa de ello?



Otra variante llamativa afecta al número de la bestia. Un manuscrito del siglo V indica en Apocalipsis 13:18 que el número de la bestia es 616. Pues bien, hace poco más de 5 años, en Oxford se descubrió otro manuscrito del siglo III donde también figura 616. Es una casualidad llamativa pero, ¿tiene alguna relevancia doctrinal?

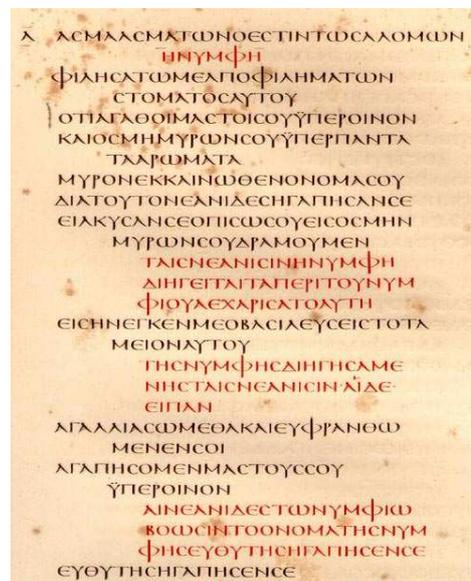
Un pasaje que los críticos sí han utilizados para sus propósitos es **1 Juan 5:7-8**, donde la Reina Valera dice: “*Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno*”. Sabemos que este texto no es original, y que se remonta a una homilía del siglo VIII, y añadido a un texto en latín que ni siquiera se tradujo al griego hasta el 1520. Hay un total de 4 manuscritos que consignan este pasaje y todos ellos son del siglo XVI o XVII, y otros 4 manuscritos lo incorporan como una nota marginal escrita a mano tiempo después de la copia del manuscrito, por lo que este texto es **espurio**. Pero una vez que algún pasaje dudoso se incorpora a alguna versión bíblica resulta muy difícil desalojarlo, por mucho que las versiones críticas o de estudio faciliten explicaciones sobre el particular.

Un conocido ateo, Frank Zindler, dice que al suprimir este texto de algunas versiones (como la nuestra), “los cristianos se quedan sin pruebas bíblicas de la Trinidad”. Nuestra respuesta a estas afirmaciones maliciosas es la siguiente:

El Concilio de Constantinopla, en el 381, y el de Calcedonia, en el 451, concluyeron con declaraciones explícitas acerca de la Trinidad. Evidentemente, la iglesia no necesitó el apoyo de este texto espurio tan tardío para ver con claridad esta doctrina en el texto bíblico. En la Biblia encontramos estas cuatro verdades: **El Padre es Dios, Jesús es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y sólo hay un Dios. Esto es exactamente la Trinidad.**

Cuando éramos niños, todos hemos practicado alguna vez el **juego del teléfono**. Se forma un corro, y un participante comunica un mensaje al oído del siguiente, debiendo continuar la transmisión boca – oído hasta que llega de nuevo al punto inicial. El mensaje que llega es siempre absolutamente disparatado. Mucha gente piensa, erróneamente, que la transmisión del texto bíblico, desde la publicación de los originales hasta nuestras Biblias impresas ha sido similar a lo que sucede en el juego del teléfono, pero no es así. Notemos los siguientes puntos:

- No hay una línea de transmisión única, como sucede en este juego. En la antigüedad hubo muchos **centros de copia de manuscritos** (Alejandría, Cesárea o Antioquía, por ejemplo), que dan lugar a diferentes **familias de manuscritos**. Los mensajes producidos en cada línea textual se pueden comparar entre sí, averiguando donde están sus **diferencias**, pero también sus **similitudes**. Una gran parte del mensaje original podría ser fielmente reconstruido.
- La **crítica textual**, especializada en la investigación de los **textos antiguos**, no trabaja con versiones **orales** sino **escritas**. Si el juego del teléfono se hiciese por escrito, las posibilidades de cometer errores serían remotas y el juego resultaría sumamente aburrido.
- El crítico textual no está obligado a comparar exclusivamente los últimos eslabones de la cadena. Normalmente siempre da preferencia a los primeros, porque son más próximos a los originales y su grado de pureza es mayor. Un ejemplo muy relevante es el caso de **Orígenes**, un gran erudito cristiano, nacido en Alejandría sobre el año 185, y que resultó el teólogo más *significativo* y también el más *discutido* de la Iglesia Oriental. Orígenes se propuso comparar el texto griego de la **Septuaginta** con el de otras versiones judías más recientes (sobre todo las de Áquila, Símaco y Teodoción), y conservar *todo aquello en lo que coincidían*, **armonizando** el texto completo con su peculiar método de corrección que incorporaba toda una serie de marcas identificativas. El resultado de su trabajo fue una obra gigantesca conocida como la **Hexapla**, que abarcó 50 volúmenes de códices (posiblemente no se volvió a copiar nunca completa), y que se convirtió en el estándar de todas las versiones posteriores. Los eruditos modernos de la Septuaginta saben que no hay una copia posterior a Orígenes que no esté in-



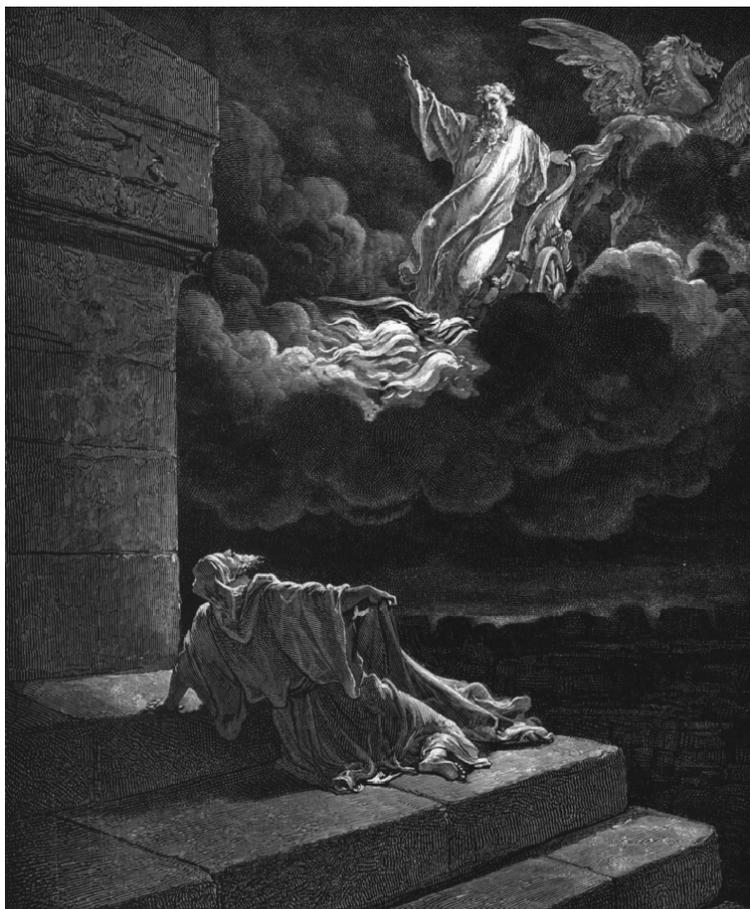
fluida por esa labor de corrección, y por ello conceden una gran importancia al texto de los **manuscritos anteriores a Orígenes**, aunque resulten fragmentarios.

Teniendo en cuenta estos puntos, y con el uso de *herramientas de investigación* poderosas, unido a la competente *formación académica* de los expertos en lenguas antiguas, podemos concluir sin asomo de exageración ni pedantería que el texto transmitido por nuestras Biblias es **completamente fiable, casi al 100%**.

Se han hecho numerosos **talleres** simulando la reconstrucción de textos escritos originales, tal como trabajan los especialistas profesionales, con miembros de iglesias, totalmente carentes de conocimientos lingüísticos previos, y los resultados obtenidos han sido siempre espectaculares. Durante más de 50 talleres, un texto de 50 palabras era copiado 6 veces seguidas por diferentes grupos de escribas aficionados. En cada copia se podían generar hasta un centenar de errores. El texto original trataba de ser reconstruido por otros grupos de participantes en estos talleres experimentales, y en todos los casos, **nunca** ha alcanzado la cifra de **3 errores** respecto al texto original.

Si un grupo de personas sin ninguna formación lingüística especializada es capaz de reconstruir un texto corrompido en grado sumo, ¿no obtendrán mejores resultados los equipos de expertos lingüistas trabajando con 5.700 copias fechadas del N.T. griego?

A una de las autoridades mundiales en griego y manuscritos antiguos, el Dr. **Daniel B. Wallace**, el conocido periodista evangélico Lee Strobel le preguntó su opinión personal acerca de la **doctrina de la Inerrancia**, y su respuesta fue: “Hagamos lo que hagamos, no echemos a Cristo por la borda si acabamos poniendo la Inerrancia en tela de juicio. Y creo que es justo. Personalmente, creo en la Inerrancia, no obstante, no estoy dispuesto a dar mi vida por la Inerrancia, sino por Cristo. Es ahí donde está mi corazón, porque ahí está la Salvación. No fue la Biblia, sino Jesús quien murió por nosotros en la Cruz”.



LOS MATERIALES QUE SE UTILIZARON PARA ESCRIBIR LA BIBLIA.

En los tiempos de Cristo, en el siglo I, el material que se utilizaba para escribir era el **papiro**, material que se fabricaba en Egipto, en el delta del Nilo, a partir de la planta del mismo nombre. Los rollos de papiro eran el vehículo más importante para la transmisión y conservación del conocimiento humano en la antigüedad, y en zonas de clima muy seco, como el de Egipto se han preservado muy bien, porque este material sólo puede resistir largo tiempo en climas muy cálidos y secos. En zonas más húmedas y lluviosas, como la ciudad de Jerusalén, estos materiales se deterioran con facilidad y no pueden conservarse.



El papiro **egipcio** más antiguo que se conserva data del año 2.700 aJC. El papiro **hebreo** más antiguo que se conoce, encontrado en una de las cuevas del Mar Muerto, data del año 750 aJC.

A partir del siglo IV dJC, comienza a utilizarse de forma habitual el **pergamino**, material procedente de la antigua ciudad de Pérgamo (Asia Menor), y que se producía con pieles de animales, muy finas y alisadas (ovejas, cabras, vacas, etc.). No obstante, desde el siglo II aJC ya comenzó a emplearse como material para la escritura. Era mucho más caro que el papiro, pero más duradero. El apóstol **Pablo**, en 2 Tim. 4:13, hace referencia a unos libros de su propiedad que estaban escritos en pergamino. Aunque estos son los materiales empleados en los textos más antiguos de la Biblia que nos han llegado, también se utilizaban materiales muy diversos, como la vitela, el cuero, el lino, astillas de madera, tabletas de cera...

En un primer momento, los papiros se utilizaban en el formato de “**rollo**”. Sólo se escribían por una cara y necesitaban ser desenrollados hasta localizar el lugar donde deseaba comenzarse la lectura. En Qumran se han hallado rollos completos de libros bíblicos, como el de Isaías. En la **segunda mitad del siglo I**, los cristianos, que necesitaban reproducir manualmente los textos bíblicos para la extensión del Evangelio, comenzaron a utilizar el **formato de códice**, ya que podía escribirse por las dos caras, y los papiros se encuadernaban de forma parecida a los libros actuales. Las ventajas eran importantes: se ahorraba la mitad de papiro, el formato era compacto y a menudo cabía fácilmente en un bolsillo, era fácil de manejar y podía hojearse deprisa para localizar cualquier referencia, se podía guardar fácilmente y se podía esconder con más seguridad en épocas de persecuciones. Una versión que se utilizaba mucho, en aquellos primeros tiempos, eran códices que contenían los cuatro evangelios y los Hechos, y eran muy fáciles de transportar por todo el imperio romano.

El **inventario** actual de los **manuscritos del N.T.** que se conservan en **lengua griega** (aunque los hallazgos van aumentando continuamente con el tiempo) es el siguiente:

Número	Nombre	Designación	Material	Los más importantes
118	Papiros	P+número	Papiro	P45 s. III P46 s. III P52 s. II P64 ca 200 P66 ca 200 P75 s. III
299	Mayúsculos o unciales	A, B, C, ... o 01,02, 03...	Pergamino	01 Sinaítico s. IV A o 02 Alejandrino s.V B o 03 Vaticano s. IV C o 04 Epharaemi s. V D o 05 Bezae s. V W o 032 Washingtoniano s.V
2.812 (aproxim.)	Minúsculos	1, 2, 3, ...	Pergamino y papel	33 565 1739
2.281 (aproxim.)	Leccionarios	l 11, l. 13,...	Pergamino y papel	l 1604

Las últimas cifras conocidas superan ya la cifra de **5.700 manuscritos recuperados**. Estas cifras superan ya, incluso, los totales detallados en el cuadro anterior.

Además de todos los materiales citados, conservados en lengua griega, desde el siglo II tenemos importantes traducciones al **latín** (la primera traducción que se conoce se denomina la **Vetus Latina** y posteriormente se traduce la **Vulgata**, en el año 382, de calidad literaria muy superior), al **siriaco** y al **copto**.

Un detalle muy importante a tener en cuenta es que, con excepción de las traducciones arameas, la mayor parte de las versiones antiguas de la Biblia se realizaron a partir de la **Septuaginta**, por lo que esta primera versión griega tiene una importancia extraordinaria en la historia y desarrollo del cristianismo. Esta influencia ha sido tan importante que en las traducciones al **armenio**, al **georgiano**, al **gótico** o al **eslavo** antiguo, los traductores tuvieron que inventar y desarrollar los **alfabetos** de estas lenguas.

Por todo lo que hemos visto, la **relación** entre el **papiro** y el **N.T.** es muy importante porque los textos escritos en papiro son los más próximos a los escritos originales del N.T.

El fragmento de papiro del N.T. más antiguo que se conoce es el **P52**, conocido también como papiro **Rylands**, que contiene fragmentos de Juan 18, y está fechado en el año 110 dC.

El total del N.T. que nos ha llegado en papiros recuperados es del **67'48%**. Esto quiere decir que de los 7.956 versículos del N.T., podemos leer en papiro un total de 5.369. El conocido papirólogo español José O'Callaghan, nos ofrece el siguiente resumen:

LIBRO	VERSÍCULOS	Conservados en papiros	Porcentaje
Mateo	1.071	197	18'39%
Marcos	678	186	27'14%
Lucas	1.151	832	72'28%
Hechos	1.006	986	98'01%
Romanos	433	300	69'28%
1º Corintios	437	432	98'85%
2º Corintios	256	254	99'21%

La importancia esencial de los **papiros** es que, al ser los materiales en que se efectuaron las primeras copias de los documentos originales, nos proporcionan el testimonio textual más próximo a los textos originales. Los **códices** más antiguos, de mayor extensión, permiten reconstruir todo el texto bíblico, en su totalidad o en su mayor parte. Pero **el conjunto** de todos los documentos nos permite constatar el grado de pureza textual a lo largo del tiempo. Ningún otro libro de la antigüedad tiene *tantas copias* y a *tantos idiomas* (en los cuadros anteriores sólo hablamos del griego), y además *tan próximas a los documentos originales* (en particular, para los escritos del N.T.) como la Biblia.

La ciencia que estudia la reconstrucción de los escritos originales, a partir de todos los documentos conocidos, se denomina **Crítica Textual**. Hoy día podemos leer la versión conocida como la "**Biblia Textual**", fruto de la exhaustiva investigación exhaustiva de todos los manuscritos bíblicos. Como se expone en otro artículo de este monográfico, las **discrepancias textuales** detectadas en todo el texto analizado, que tengan cierta importancia, **no superan el 1%**. Dentro de este núcleo de discrepancias más relevantes **no hay ni una sola que afecte a ninguna doctrina esencial de la Biblia**.

Si el lector desea contemplar **imágenes de alta calidad** de manuscritos del N.T. recomendamos que visite la web **www.csntm.org** (Centro de Estudios del Nuevo Testamento).

Ofrecemos un último cuadro con los **papiros más importantes** para el **estudio bíblico**, siguiendo los números convencionales de su catalogación oficial:

Papiros con más de un evangelio	P45, P75
Papiros de Mateo	P37, P64, P67, P77, P86, P101, P102, P103, P104, P105, P110
Papiros de Marcos	P88
Papiros de Lucas y Hechos	P38, P48, P69, P11, P112
Papiros de Juan	P20, P39, P52, P66, P90, P106, P107, P108, P109
Papiros con otros escritos N.T.	P13, P40, P46, P54, P72, P78, P87, P100, P113, P114, P115, P116, P118

En otra sección mostramos fotografías y comentarios de los papiros y códices más importantes

LOS PAPIROS MÁS IMPORTANTES DE NUEVO TESTAMENTO

PAPIRO P45

El papiro P45, compuesto de unas treinta hojas, es uno de los más importantes. La mayoría de los especialistas sitúa la antigüedad de este papiro a finales del siglo II o entre los años 200 y 250, aunque algunos papirologos proponen como fecha del mismo la del año 150.

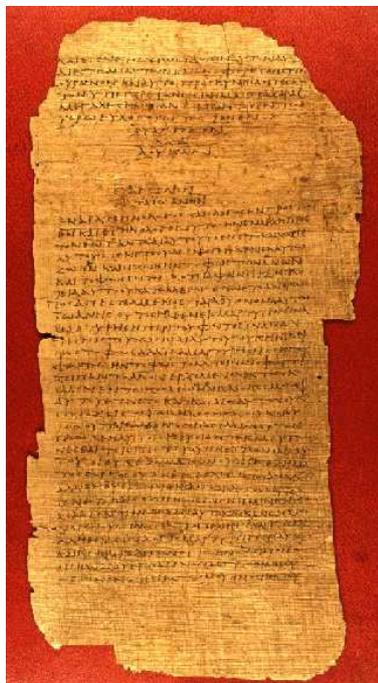
El papiro P45, junto con el P46 y el P47, forman parte de la llamada colección Chester Beatty, en Dublín, la cual se publicó entre 1933 y 1937. La publicación de estos papiros supuso un verdadero impacto internacional, que dio lugar a una abundante bibliografía tanto en relación con su paleografía, crítica textual y antigüedad. Estos tres códices de papiro, aunque son fragmentarios, tienen mucho valor pues proporcionan un texto representativo de 15 libros del Nuevo Testamento, cien años más antiguos que los textos conocidos hasta 1930. Aunque hay grandes lagunas en estos textos, sin embargo, si los comparamos con otros manuscritos bíblicos es posible determinar qué clase de Nuevo Testamento usaba la iglesia cristiana de Egipto durante el siglo III, poco más de un siglo después de la muerte de los apóstoles.

El papiro P45 contiene fragmentos de los cuatro Evangelios y de los Hechos de los Apóstoles. En concreto, este papiro contiene fragmentos de los capítulos 20, 21, 25 y 26 de Mateo; fragmentos de los capítulos 4 al 12, con excepción del 10, de Marcos; los capítulos del 6 al 14, menos el 8, de Lucas; los capítulos 4, 10 y 11 de Juan; y los capítulos del 4 al 17 de Hechos de los Apóstoles.

Como ya se ha dicho, este papiro está compuesto de 30 hojas. Originariamente el códice debía tener unas 200 hojas.



PAPIRO P75



Este papiro está datado en el siglo III. Es uno de los papiros más importantes.

Contiene dos Evangelios: el de Lucas (de los capítulos del 3 al 24) y el de Juan (capítulos del 1 al 15).

Este papiro forma parte de la colección Bodmer, que se dio a conocer en el VII Congreso Internacional de Papirología, celebrado en Ginebra en 1951. Esta colección lleva el nombre de Martin Bodmer, bibliófilo y humanista suizo, fundador de la Biblioteca Bodmer de Literatura Mundial en Coligny, suburbio de la ciudad de Ginebra, quien los compró a un comerciante en antigüedades egipcio. Además de incluir obras clásicas, apócrifas y de la época cristiana primitiva, la colección Bodmer comprende manuscritos bíblicos en griego y en copto.

A su llegada a Ginebra este manuscrito contaba con 25 hojas casi completamente enteras, a las que posteriormente se añadieron otras 26 en diferente estado de conservación.

Las dimensiones actuales de este auténtico códice son de 26 por 13 centímetros. La escritura está formada por una elegante mayúscula vertical. El punto, situado a varios niveles, es el único signo de puntuación. Los nombres propios se indican frecuentemente por un puno o un apóstrofo. Se omite a veces el aumento temporal de los verbos, y en algunos términos se advierte el fenómeno de reduplicar algunas vocales o consonantes.

El papiro P75 contiene importantes secciones de Lucas y Juan. Fueron publicados en 1961 por V. Martin y P. Kaiser, quienes les asignaron una fecha entre 175 y 225 d. C. Constan de 102 páginas de las originales (que deben haber sido como 144); cada una de ellas mide como 27 por 13 cm. Incluye desde Lucas 3:18 hasta 18:18, y desde Lucas 22:4 hasta Juan 15:8.

Básicamente el texto coincide con el del Códice Vaticano y con los manuscritos sahídicos de la versión copta. Es posible que sea algo más antiguo que P66, y su texto parece ser mejor que el de aquél. Ambos manuscritos son del tipo alejandrino. El P75 se asemeja más al Códice Vaticano, mientras que el P66 se parece más al Códice Sinaítico aunque tiene en ciertos puntos textos que no se encuentran en otros manuscritos.

El papiro P75 contiene la copia más antigua del Evangelio de Lucas y probablemente la segunda en antigüedad de Juan. Este papiro es, por lo tanto, de inestimable valor. Estos manuscritos muestran que el tipo alejandrino de texto existía ya por el año 200 d. C.

PAPIRO P46

Papiro que contiene la colección de las Epístolas de Pablo. En concreto, en este códice se encuentran los siguientes libros: Romanos, Hebreos, 1 y 2 Corintios, Efesios, Gálatas, Filipenses, Colosenses y 1 Tesalonicenses.

Este papiro se suele datar entre los años 180 a 200. Sin embargo, Kim ha propuesto una nueva datación: según este especialista el papiro sería del año 85.

El papiro P46, junto con el P45 y el P47, forman parte de la llamada colección **Chester Beatty**, la cual se publicó entre 1933 y 1937. La publicación de estos papiros supuso un verdadero impacto internacional, que dio lugar a una abundante bibliografía tanto en relación con su paleografía, crítica textual y antigüedad. Estos tres códices de papiro, aunque son fragmentarios, tienen mucho valor pues proporcionan un texto representativo de 15 libros del Nuevo Testamento, cien años más antiguos que los textos conocidos hasta 1930. Aunque hay grandes lagunas en estos textos, sin embargo, si los comparamos con otros manuscritos bíblicos es posible determinar qué clase de Nuevo Testamento usaba la iglesia cristiana de Egipto durante el siglo III, poco más de un siglo después de la muerte de los apóstoles

Es de destacar la importancia del papiro P46 por lo que respecta a las cartas de Pablo.

Es un papiro muy importante. Contiene muchas hojas. Es un verdadero códice que contiene el llamado "corpus paulinum". Entre las epístolas incluye la carta a los hebreos.

El papiro P46 consiste de 86 hojas levemente dañadas que contienen las epístolas de Pablo. Se cree que originalmente consistió de 104 hojas. La secuencia de los libros conservados es Romanos, Hebreos, 1 Corintios, 2 Corintios, Efesios, Gálatas, Filemón, Colosenses y 1 Tesalonicenses. La colección original de libros de este códice quizá incluía 2 Tesalonicenses después de 1 Tesalonicenses; pero parece que faltaban las epístolas pastorales.

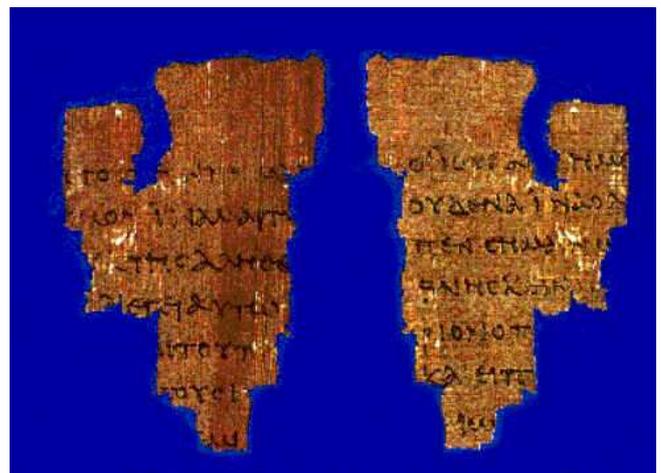


PAPIRO P52

Fragmento del evangelio de Juan datado en el año 120. Se conserva en la **John Rylands University Library** de Manchester,

Fue comprado, junto con muchos otros fragmentos, por Grenfell, en 1920, para la Biblioteca John Rylands de Manchester, Inglaterra; pero no se reconoció su importancia hasta que C. H. Roberts lo examinó en 1935.

Fue el año 1935 cuando el papirólogo británico Colin H. Roberts publicó este papiro. La datación que propuso suscitó un inmenso entusiasmo, tanto entre los profanos como entre los especialistas.



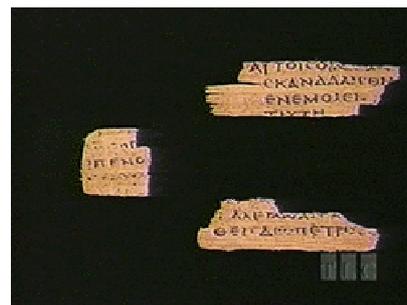
Es el papiro que comúnmente se reconoce como el más antiguo (pues el 7Q5 es discutido). Fue comprado con otros en Egipto el año 1920. En una cara contiene los versículos 31-33 del capítulo 18 de Juan, y en la otra los versículos 37.38 del mismo capítulo. Corresponde a Juan, capítulo 18, 31-33: Pilato replicó: Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra Ley. Los judíos replicaron: Nosotros no podemos dar muerte a nadie.

Las consecuencias del hallazgo de este papiro y de su datación fueron espectaculares. Hasta la publicación de este papiro, los especialistas solían fechar la redacción del evangelio de Juan en el último cuarto del siglo II; pero el hallazgo del papiro P52 y su **datación en el año 120** hacía imposible sostener esa redacción tan tardía. El papiro se había encontrado a más de 1.000 km del lugar donde Juan lo había escrito, lo que exigía un período de tiempo desde la redacción hasta su difusión en un lugar tal lejano. Así, la fecha de redacción del evangelio de Juan debía situarse, como muy tarde, en el año 80 o 90.

PAPIRO P64

El Papiro P64 se corresponde con un fragmento del Evangelio de Mateo, concretamente con Mateo capítulo 3 versículos del 9 al 15 (predicación del Bautista) y capítulo 5 versículo 20 y siguientes (fragmento del sermón del monte).

En un primer momento este papiro fue datado como correspondiente a finales del siglo II (año 200). Sin embargo, recientemente, el máximo especialista alemán Peter Thiede ha datado el papiro como perteneciente al siglo I (en concreto, alrededor del año 75). Esta datación es muy controvertida, dado que, de ser correcta, ello supondría que el evangelio de Mateo se habría redactado mucho antes de lo que se cree, incluso antes de la destrucción del Templo (pues el papiro P64 es posterior a la redacción original del evangelio).



Este papiro está íntimamente relacionado con el papiro **P67**, o **papiro de Barcelona**, que contiene también un fragmento del evangelio de Mateo. Según parece, los papiros P64 y P67 se corresponden al mismo códice. Este códice, que tendría unas 90 páginas, contendría la totalidad del evangelio de Mateo.

Algunos especialistas han sostenido también que los papiros P64 y P67 proceden del mismo códice que el papiro P4, que se conserva en París, y que contiene extensos pasajes de Lucas 1-6, así como también un fragmento que conserva el título del evangelio de Mateo. El papiro P4 fue adquirido en 1891 en Luxor, la misma ciudad donde fue comprado el papiro P64. En 1995 Philip Comfort examinó la relación entre estos tres papiros y concluyó que, si bien habían sido escritos por el mismo copista, no procedían del mismo códice. Sin embargo, otro especialista, T.C. Skeat, sostiene que los tres papiros se corresponden al mismo códice. Si esto fuese así, y aun tomando como fecha de estos papiros la de finales del siglo II, nos hallaríamos ante el códice más antiguo que incorporaría los cuatro evangelios (aunque sólo se conserven fragmentos de Mateo y Lucas); hasta ahora el códice más antiguo con los cuatro evangelios sería el papiro **P45**, de alrededor del 250. Esto supondría que mucho antes de finales del siglo II la Iglesia reconoció ya la autoridad de los cuatro evangelios y comenzó a incorporar los mismos en un único códice.

PAPIRO P66

Este es uno de los papiros más importantes. En realidad, se trata de un verdadero códice que contiene prácticamente en su totalidad el evangelio de Juan. Se conserva en la **Bibliotheca Bodmeriana**.

Este papiro se data como de alrededor del año 200. Sin embargo, el papirologo Herbert Hunger lo ha datado como del año 125; pero esta tan temprana datación no es aceptada por la mayoría de especialistas.

Este papiro forma parte de la colección Bodmer, que se dio a conocer en el VII Congreso Internacional de Papirología, celebrado en Ginebra en 1951. Esta colección lleva el nombre de Martin Bodmer, bibliófilo y humanista suizo, fundador de la Biblioteca Bodmer de Literatura Mundial en Coligny, suburbio de la ciudad de Ginebra, quien los compró a un comerciante en antigüedades egipcio. Además de incluir obras clásicas, apócrifas y de la época cristiana primitiva, la colección Bodmer comprende manuscritos bíblicos en griego y en copto.



Giss I.134

Consta de 108 páginas consecutivas, menos las correspondientes a los números 35-38. Contiene, con algunas lagunas, todo evangelio de Juan. Mide 16,2 por 14,2 centímetros. Está redactado con una escritura muy cuidada, pero con errores materiales corregidos consecuentemente por el escriba. Los nombres propios, tanto de lugar como de persona, están indicados con un apóstrofo.

PAPIRO P67

El papiro P67 se corresponde con un fragmento del Evangelio de Mateo, concretamente Mt 3,9.15; 5,20-22.25-28.

Este papiro se conserva en **Barcelona**, en el fondo Roca-Puig de la **Biblioteca de la Abadía de Montserrat**. El papiro se data a final del siglo II.

Según los especialistas, el papiro P67 podría estar íntimamente ligado con el papiro P64. Según parece, los papiros P64 y P67 se corresponden al mismo códice. Este códice, que tendría unas 90 páginas, contendría la totalidad del evangelio de Mateo.

Algunos especialistas han sostenido también que los papiros P64 y P67 proceden del mismo códice que el papiro P4, que se conserva en París, y que contiene extensos pasajes de Lucas 1-6, así como también un fragmento que conserva el título del evangelio de Mateo. El papiro P4 fue adquirido en 1891 en Luxor, la misma ciudad donde fue comprado el papiro P64. En 1995 Philip Comfort examinó la relación entre estos tres papiros y concluyó que, si bien habían sido escritos por el mismo copista, no procedían del mismo códice. Sin embargo, otro especialista, T.C. Skeat, sostiene que los tres papiros se corresponden al mismo códice. Si esto fuese así, y aun tomando como fecha de estos papiros la de finales del siglo II, nos hallaríamos ante el códice más antiguo que incorporaría los cuatro evangelios (aunque sólo se conserven fragmentos de Mateo y Lucas); hasta ahora el códice más antiguo con los cuatro evangelios sería el papiro P45, de alrededor del 250. Esto supondría que mucho antes de finales del siglo II la Iglesia reconoció ya la autoridad de los cuatro evangelios y comenzó a incorporar los mismos en un único códice.



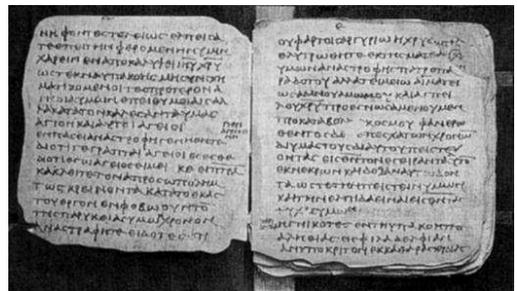
PAPIRO P72

El papiro p72 está datado en los siglos III o IV. Se corresponde con la primera y la segunda carta de Pedro y con la Carta de Judas.

El papiro P72, contiene las más antiguas copias que se conocen de Judas y 1ª y 2ª Pedro.

Estos libros bíblicos estaban encuadrados junto con una mezcla de otros documentos, copiados por cuatro escribas diferentes. Además de las tres epístolas, la colección contiene la Natividad de María, la Undécima Oda de Salomón, la Homilía de Melito sobre la Pascua, un fragmento de un himno, la Apología de Filias y los salmos 33 y 34.

Este códice de papiros, escrito en el siglo tercero, fue publicado por Michel Testuz en 1959. El texto de las epístolas es en esencia el del Códice Vaticano y de la versión sahídica.



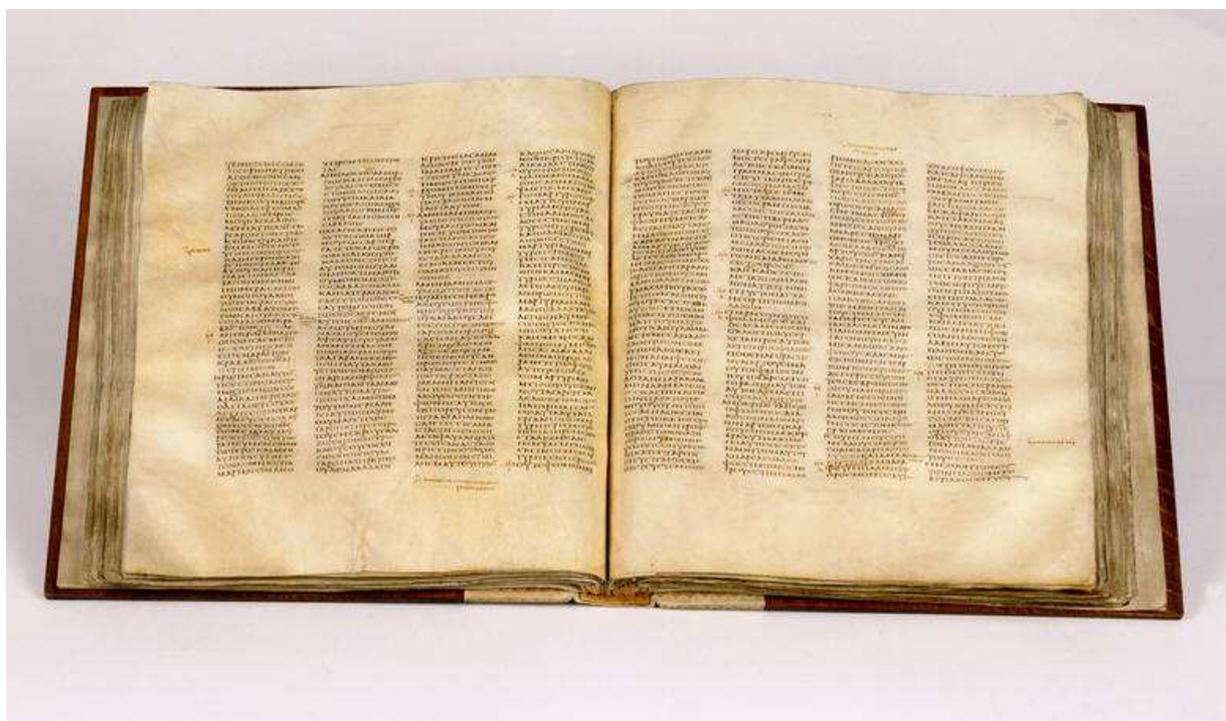
PAPIRO P77

Fragmento del evangelio de San Mateo del siglo II o III (seguramente, finales del siglo II, aunque algunos (Philip W. Comfort) lo datan en el año 150 aproximadamente). Aunque la edición Nestlé-Aland lo data como de los siglos II y III, en la edición príncipe fue presentado como de finales del siglo II. Puede considerarse como uno de los papiros más antiguos. Contiene Mateo 23, 30.39 (polémica con los saduceos sobre la resurrección de los muertos: en la resurrección ni ellos tendrán mujer ni ellas marido; el mandamiento principal: amarás a Dios y al prójimo como a ti mismo). Es un fragmento que proviene de un códice papiráceo. Sólo se conserva uno de los márgenes: el izquierdo en el verso y el derecho en el recto. Hay pocos signos de puntuación.



LOS CÓDICICES MÁS IMPORTANTES DE LA BIBLIA

El Códice Sinaítico



Datado en el siglo IV (alrededor del año 350).

Fue descubierto en 1848 por un joven alemán llamado Tischendorf en el convento Santa Catalina del monte Sinaí.

En 1844, cuando aún Tischendorf no tenía 30 años y era ya catedrático de la Universidad de Leipzig, comenzó un viaje por el Cercano Oriente en busca de manuscritos bíblicos. Mientras visitaba el monasterio de Santa Catalina en el monte Sinaí, tuvo oportunidad de observar una cesta de basura que contenía algunas hojas de pergamino, la cual iba a ser usada para alimentar el fuego de la estufa.

Al examinarlas, comprobó que se trataba de una copia de la Versión Septuaginta del Antiguo Testamento. Tischendorf logró retirar de la cesta no menos de 43 hojas, mientras los monjes casualmente le comentaban que ¡dos cestas iguales acababan de ser quemadas en la chimenea! Momentos más tarde, cuando le mostraron otras porciones del mismo códice (contenía todo Isaías y el libro cuarto de Macabeos), él advirtió a los monjes que tales cosas eran demasiado valiosas para alimentar el fuego. Con las 43 hojas que se le permitió retener, las cuales contenían porciones del Primer Libro de Crónicas, Jeremías, Nehemías y Esther, hizo una publicación en 1846, nombrando tales documentos como el códice Federico Augustanus.

En 1853, Tischendorf volvió a visitar el monasterio con la esperanza de hallar otras porciones del mismo manuscrito. No obstante, la alegría demostrada con el hallazgo anterior había hecho a los monjes más cautelosos, y no pudo conseguir nada adicional al manuscrito. En el año de 1859, los viajes llevaron a Tischendorf nuevamente al Monte Sinaí, esta vez bajo los auspicios del Zar de Rusia, Alejandro II. El día anterior a su partida, Tischendorf presentó al abad del monasterio una copia de la edición de la Septuaginta que recientemente había publicado en Leipzig. Fue entonces cuando el abad le comentó que él también poseía una copia similar; y acto seguido, sacó de su armario un manuscrito envuelto en una tela roja. Allí, ante los ojos atónitos del erudito, reposaba el tesoro que por tanto tiempo había deseado encontrar. Tratando de controlar sus emociones y aparentando normalidad, Tischendorf solicitó hojear someramente el códice, y luego de retirarse a su aposento, pasó toda la noche en el indescriptible gozo de estudiar el manuscrito, como declara su diario en latín "quippe dormire nefas videbatur". Verdaderamente hubiera sido un sacrilegio dormir. Durante esa noche,

pudo comprobar que el documento contenía más de lo que hubiera esperado, pues no sólo estaba la mayor parte del Antiguo Testamento, sino que el Nuevo Testamento se encontraba completo, intacto y en excelente estado de preservación, con la adición de dos trabajos cristianos del siglo II: La Epístola de Bernabé y una extensa porción del Pastor de Hermas, conocido hasta entonces sólo por su título.

La siguiente mañana, Tischendorf trató sin éxito de comprar el manuscrito. Luego, pidió permiso para llevar el documento a El Cairo a fin de estudiarlo, pero tampoco le fue concedido, y tuvo que partir sin él. Más tarde, mientras se encontraba en El Cairo, lugar donde los monjes también tenían un pequeño monasterio, Tischendorf solicitó al superior del mismo, para que éste mandara por el manuscrito. El superior aceptó con la condición de que se intercambiaran mensajeros beduinos, los cuales traerían y devolverían el manuscrito cuaderno por cuaderno (ocho a diez hojas por vez), mientras Tischendorf procedía a copiarlo. Teniendo por copistas a dos alemanes que se encontraban en El Cairo, un farmacéutico y un bibliotecario, que tenían conocimientos del griego, y bajo la cuidadosa supervisión de Tischendorf, éste comenzó su trabajo de transcribir las 110.000 líneas del texto, el cual terminó en un lapso de dos meses. La próxima etapa de negociaciones, envolvió lo que en un eufemismo podríamos llamar "diplomacia eclesial". Para ese tiempo, el cargo de mayor autoridad entre los monjes del Sinaí se hallaba vacante. Tischendorf sugirió que sería muy ventajoso para ellos hacer un apropiado regalo al Zar de Rusia, cuya influencia como protector de la iglesia griega ellos deseaban, y ¿cuál podría ser mejor regalo que el viejo manuscrito? Después de largas negociaciones, el precioso códice fue entregado a Tischendorf para su publicación en Leipzig y para presentarlo al Zar en nombre de los monjes. La publicación definitiva del códice fue hecha en el siglo XX por la Universidad de Oxford (N.T.1911; A.T.1922). Luego de la revolución rusa, al no estar interesada la Unión Soviética en la Biblia, y por necesidades económicas, negociaron la venta de parte del manuscrito (347 páginas) al Museo Británico por 100.000 Libras Esterlinas, cantidad que fue pagada por mitades entre el Gobierno inglés y una suscripción popular, de individuos y congregaciones en Inglaterra y Estados Unidos. Al finalizar el año 1933, la parte del manuscrito vendida al Gobierno inglés fue depositada en el Museo de Londres, donde permanece hasta hoy.



En la actualidad el conjunto de hojas que componen el códice sinaítico se encuentran repartidas entre el Monasterio de Santa Catalina, la Biblioteca Británica (en este lugar se encuentra la mayor parte; 347 páginas de las 400 totales), la Biblioteca de la Universidad de Leipzig en Alemania, y la Biblioteca Nacional de Rusia en San Petersburgo. Los monjes ortodoxos griegos pensaban que habían perdido el manuscrito, pero en 1975 descubrieron una docena de sus páginas en una habitación olvidada, enterrada tras un derrumbamiento. Los monjes conservan enmarcada una copia de la nota dejada por Tischendorf prometiendo devolver el manuscrito.

En diciembre de 2006 se ha publicado que el código sinaítico podrá consultarse en internet a partir del año 2009. Al hallarse sus fragmentos divididos en varias bibliotecas del mundo (como ya se ha dicho), se ha firmado en Londres un documento de reunificación, proceso que se hará con tecnología digital. El proyecto cuesta más de un millón de euros y tiene una duración de unos cuatro años. Según la noticia, la edición digital del manuscrito está siendo elaborada conjuntamente por la Biblioteca Británica, la Biblioteca Universitaria de Leipzig y la Biblioteca Nacional de Rusia, en San Petersburgo. El monasterio de Santa Catalina planea construir un taller de conservación para tratar el códice y otros trabajos en su colección de 3.304 manuscritos y 1.700 rollos, que la convierten en la más grande de textos cristianos primitivos fuera del Vaticano. También se construirá una nueva biblioteca para conservar la colección, preservada por la ubicación remota del monasterio, el clima seco del desierto y el cuidado de los monjes. El códice estará disponible en Internet después del trabajo de fotografiar esencialmente el manuscrito, conservarlo, transcribir todo el texto y presentarlo electrónicamente. Además se editará una versión en formato DVD y otra en facsímil. El sitio web en el que el manuscrito estará disponible presentará el texto --los hechos como están descritos, las imágenes y la transcripción-- y también lo interpretarán para distintos públicos, desde expertos hasta personas que sólo quieran conocer el manuscrito o algo del cristianismo. Más información sobre esta página en:

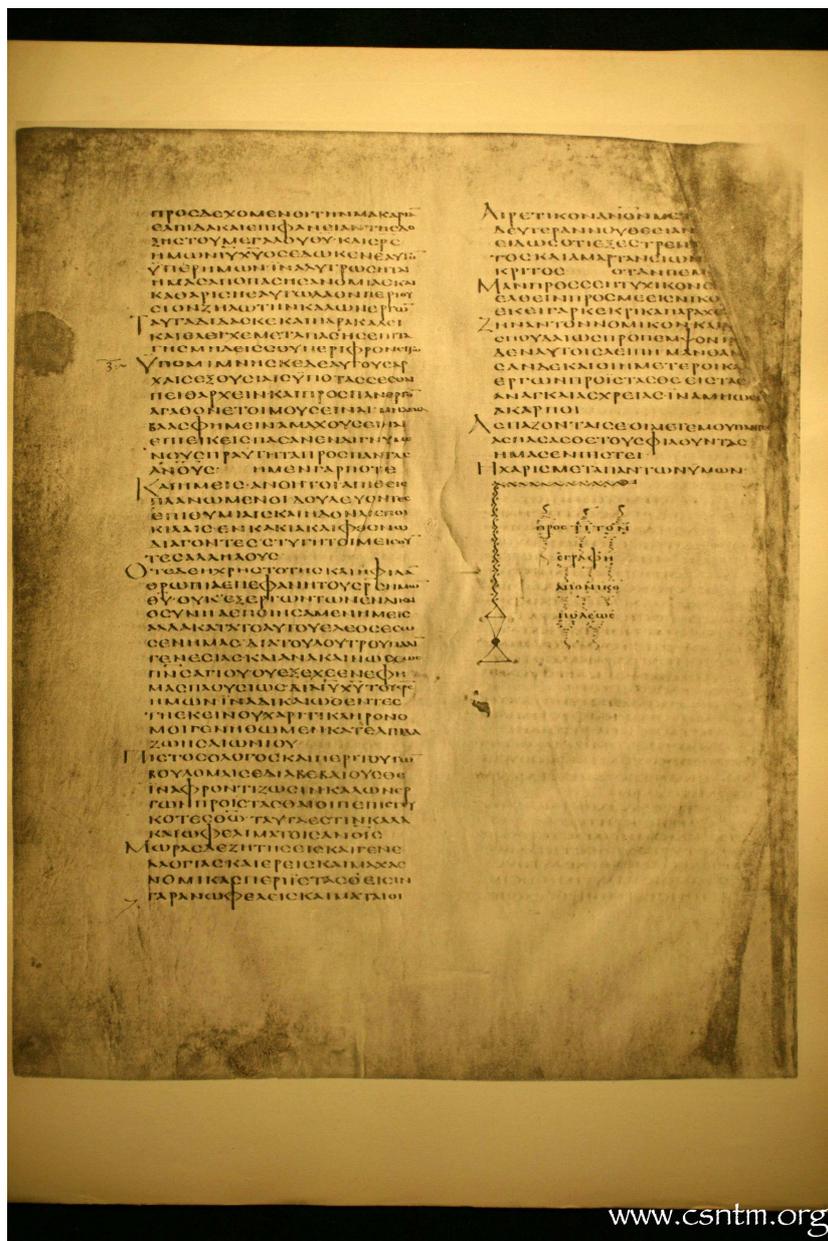
www.codex-sinaiticus.net/

El Códice Alejandrino

El Códice Alejandrino está datado en el siglo V. Se considera que fue escrito en Egipto.

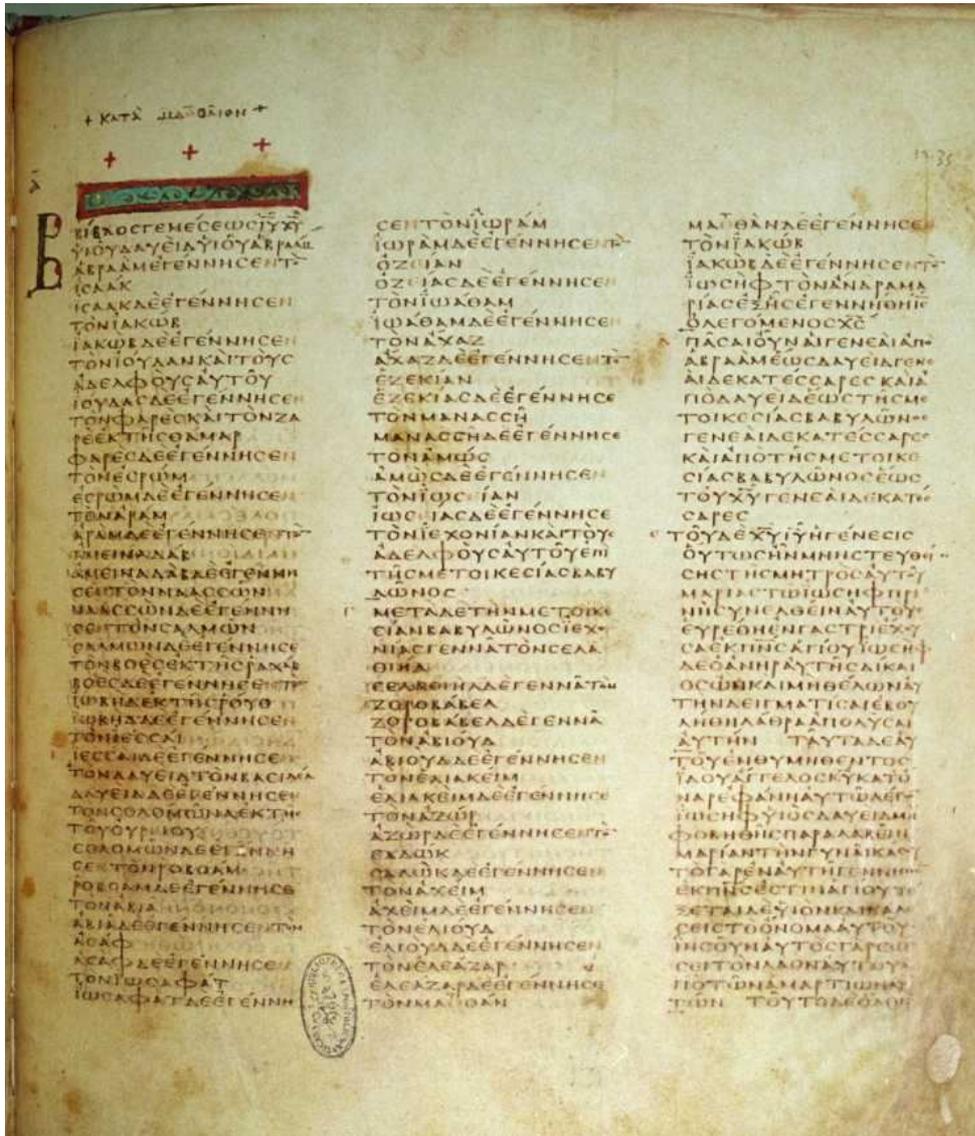
El códice Alejandrino fue durante siglos el único manuscrito bíblico antiguo ampliamente conocido en Europa. Cirilo Lucar lo llevó en 1621 de Alejandría a Constantinopla cuando fue nombrado patriarca de esta ciudad. Siete años más tarde lo obsequió al rey Carlos I de Inglaterra. En 1757 Jorge II lo depositó en el Museo Británico. Su texto del Nuevo Testamento fue impreso por primera vez en 1786. En 1879 fue reproducido fotográficamente, y en 1909 apareció una segunda edición en escala reducida.

El manuscrito tiene 773 hojas, de las cuales 144 corresponden al Nuevo Testamento. Las hojas miden unos 32 por 27 centímetros, escritas en dos columnas de 50 líneas cada una. La escritura es gruesa y grande. En este manuscrito faltan los capítulos 1-24 de Mateo, dos hojas de Juan y tres hojas de 2 Corintios. Además de los libros canónicos del Nuevo Testamento, también están en el Alejandrino las dos epístolas de Clemente Romano.



www.csntm.org

El Códice Vaticano



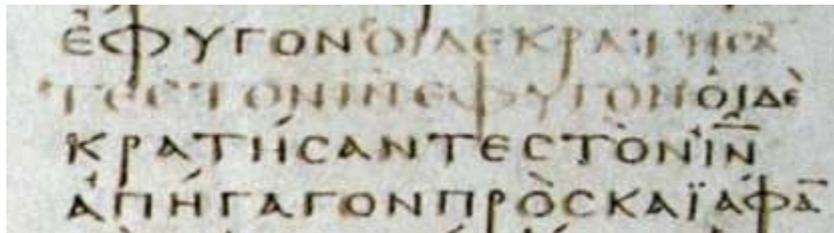
Este códice se suele datar a comienzos del siglo IV.

Está depositado en la biblioteca del Vaticano por lo menos desde el año 1481: cuando ese año se hizo el primer catálogo de esa biblioteca, ya se hallaba en la biblioteca vaticana. Es seguramente el más antiguo e importante de todos los códices del nuevo testamento. Contiene toda la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento) con algunas lagunas. En concreto, los Hechos acaban el capítulo 9.

No se sabe con certeza cuál es su procedencia: la mayoría sitúa su origen en Egipto o Alejandría, si bien hay otros que lo ubican el Cesárea.

Las páginas miden cerca de 27 x 27 centímetros, pero originalmente debieron ser más grandes. El texto está escrito en tres columnas de escritura continua por página. Los acentos se han añadido posiblemente el siglo X o XI.

La tinta del texto ha sido reforzada seguramente en el siglo X. El que efectuó esta operación tuvo cuidado de no reforzar el texto que accidentalmente había sido copiado dos veces por el copista original. Así se aprecia en la siguiente fotografía:

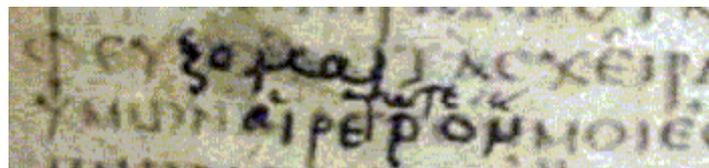
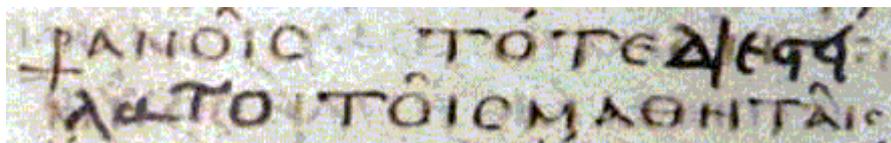
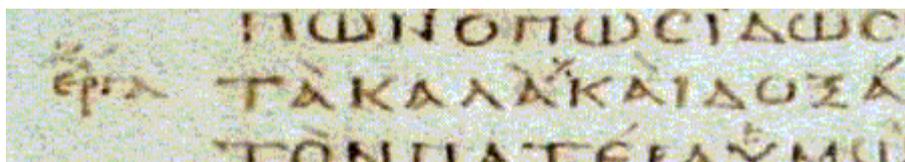


El comienzo y el final del códice son defectuosos. Este códice tiene 759 hojas, de las cuales 142 abarcan el Nuevo Testamento. Se han conservado los Evangelios, los Hechos, las epístolas generales (o "universales"), las cartas de Pablo y Hebreos hasta el cap. 9:14. Faltan el resto de Hebreos, 1 Timoteo, Tito, Filemón y Apocalipsis.

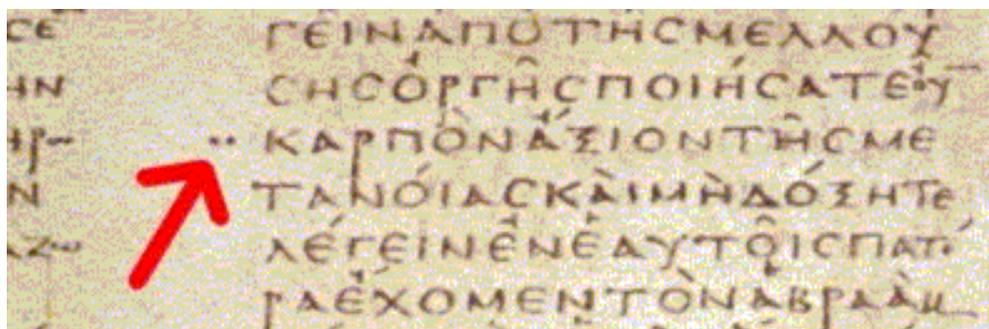
La escritura es nítida y elegante, y corresponde con el estilo del siglo IV. El el manuscrito sufrió las añadiduras hechas por una mano posterior, entre los siglos VIII y X. Esa persona repasó el texto que había palidecido y añadió marcas diacríticas. Además, ese escriba desconocido procedió como un crítico textual pues no repasó las palabras y letras que le parecía que estaban fuera de lugar. Dos correctores posteriores añadieran otras alteraciones.

El estilo de los escribanos es muy similar al de los del Códice Sinaítico, pero no hay suficientes evidencias de que se trate del mismo escribano.

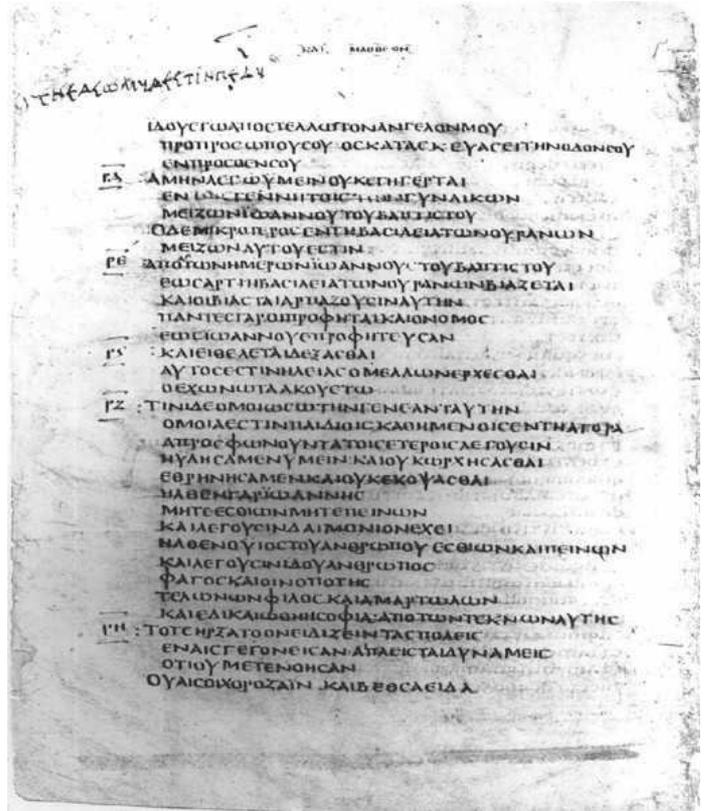
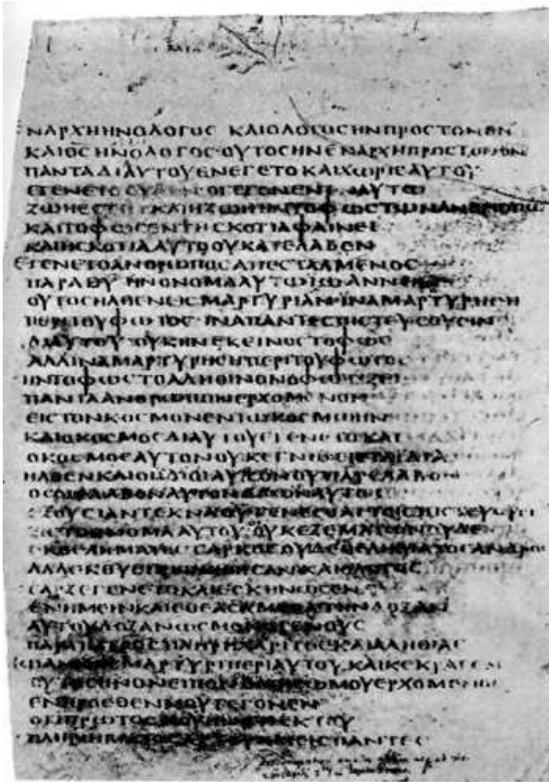
El texto original del Códice Vaticano ha sido objeto de diversas correcciones. Así se puede apreciar en las siguientes fotos:



En 1995 se descubrieron unos puntos dobles situados en los márgenes izquierdos de las columnas. Se discute cuándo fueron colocados y su función.



El Códice Bezae Cantabrigensis



El Códice Bezae es un manuscrito bilingüe griego-latín (con la misma columna por página en frente de la otra, la griega a la derecha) que contiene los cuatro Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y parte de las cartas de Juan, y que se data a finales del siglo IV o a comienzos del siglo V. El orden de los Evangelios es Mateo, Juan, Lucas y Marcos.

Este importante códice se conservó en Lyon (Francia) durante más de mil años. El año 1562 el manuscrito se conservaba en el convento de San Irineo de Lyon, de donde fue sacado a causa de las guerras de religión y fue entregado a **Teodoro Beza**, amigo y sucesor de Calvino. Teodoro Beza sacó el códice de Francia y lo regaló a la Universidad de Cambridge en el año 1581. Este es el motivo del nombre con el que desde entonces se conoció el códice.

Según los especialistas, el escribano que a finales del siglo IV o a comienzos del siglo V copió el códice Bezae debió efectuar su trabajo utilizando un documento mucho más antiguo que podría remontarse a mediados del siglo II. En efecto, el copista transcribe el griego según una fonética poco corriente en su época, conservando la ortografía primitiva para respetar el original. Si esto fuera así, este códice nos ofrecería una versión muy antigua de los Evangelios.

Los especialistas intentan descifrar cuál sería ese antiguo documento que se copió a finales del siglo IV o comienzos del siglo V en el códice ahora conservado con el nombre de Bezae. Una hipótesis muy interesante es la que pone en relación este documento perdido con San Irineo, el cual llegó a la Galia francesa en la segunda mitad del siglo II. De Irineo se conservan diversos escritos y es muy significativo que las citas del evangelio de San Lucas de este Padre de la Iglesia se corresponden con las variantes del códice Bezae. Así, sería perfectamente factible la hipótesis de que este códice se copió de un antiguo manuscrito que Irineo llevaría consigo cuando arribó a Francia, antes del año 177.

Para el profesor Rius Camps el ejemplar griego que sirvió de base para la elaboración del códice Bezae se puede hacer remontar fácilmente al primer tercio del siglo II, momento en que las iglesias de Asia y Frigia decidieron evangelizar las Galias. Potino, nacido antes del 87 d.C. y mártir en 177, habría sido el res-

ponsable de que se hiciera una copia del ejemplar griego utilizado en su iglesia de Esrmina. Potino, a la cabeza del grupo misionero de las iglesias de Asia y de Frigia, se lo habría llevado consigo a Occidente. Una vez en las Galias, seguramente juzgaron que era imprescindible dotarlo de una traducción latina. Así, lo transformaron en un código bilingüe a dos columnas, con el texto griego en la columna de honor de la izquierda y su traducción latina en la columna de la derecha.

Este código es especialmente importante porque el mismo contiene una variante de los Hechos de los Apóstoles que es hasta un 10% más extensa que el texto llamado alejandrino, que es el que suele aparecer en las Biblias. El texto del código Bezae es el que se llama texto occidental de los Hechos que es, como ya se ha dicho, más largo. Del mismo modo, este código contiene también un texto del evangelio de Lucas significativamente distinto del de los otros códigos.

El Código Washingtoniano



Es el código griego más importante descubierto en el siglo XX. Lo compró Charles L. Freer, de Detroit, en 1906. Se conserva en el Museum de la Smithsonian Institution de Washington. En el año 1906 se encontraba en Gizeh (Egipto). Allí compró a un mercader árabe unos manuscritos que vendía. El mercader dijo que procedían del monasterio Blanco cerca de Sohag.

Con respecto al pergamino quebradizo y estropeado, se comprobó que contenía las *Cartas de Pablo*. Se encontraron 84 páginas y se estimó la edad del código entre el siglo V o el siglo VI d.C. Los siguientes tres pergaminos recogían: los libros de Josué, Deuteronomio y el Libro de los Salmos según la Septuaginta griega. Por otro lado contenía cuatro Evangelios en casi su totalidad con 187 páginas del siglo IV o siglo V d.C.

Las hojas del pergamino son muy finas de piel de carnero, se observan manchas de sebo, esto se debió al goteo de velas (se deduce que le daban mucho uso al código). El manuscrito está escrito en *Unciales* (mayúsculas) inclinadas griegas, apenas con puntuación observándose espacios pequeños entre las frases. La lectura del código revela diferentes tipos de texto, se piensa que se copió de fragmentos que quedaron de diversos manuscritos.

El Código Ephraemi Rescriptus



El Codex Ephraemi Rescriptus (Paris, Biblioteca Nacional de Francia) es un manuscrito uncial del siglo V, junto con los códigos Vaticano, Alejandrino y Sinaítico, forma el grupo de los cuatro manuscritos unciales de la Biblia Griega (Septuaginta). El código consiste de un total de 145 folios de 33 x 27 cm. El texto está escrito en una sola columna, con 40 a 46 líneas por columna.

Este código recibe su nombre de los tratados de San Efrén el Sirio (traducido al griego) que se sobrescribieron (*rescriptus*) al texto original durante el siglo XII, eliminando la parcialmente la

escritura anterior, lo que formó un documento palimpsesto.

Se cree que originalmente el código se trataba de una Biblia completa, aunque hasta nuestros días solamente sobreviven solamente 64 hojas del Antiguo Testamento (parte del Eclesiastés y el libro de la Sabiduría, algunos fragmentos de los Proverbios y los Cánticos) y 145 hojas del Nuevo Testamento, pero sin encontrarse ningún libro completo.

Tras la caída de Constantinopla, el manuscrito fue llevado a Florencia, donde Catalina de Médicis lo tomó, llevándolo a Paris, donde posteriormente pasó a formar parte de la colección de la Biblioteca Nacional de Francia.

ENTREVISTA EXCLUSIVA CON LOS AUTORES DE LA BIBLIA

Reiteramos nuestro agradecimiento a **Publicaciones Andamio** por autorizarnos a publicar esta exclusiva mundial que no podía faltar en un trabajo monográfico dedicado a la **doctrina sobre la Palabra de Dios**. Por razones de confidencialidad no podemos desvelar el lugar ni la forma en que se llevó a cabo esta singular entrevista, que trasciende los misterios del espacio y del tiempo, y que nos permite sondear la opinión de dos eminentes escritores bíblicos, concretamente el gran legislador Moisés y el impetuoso apóstol Pedro, ambos entrevistados por **Paul Wells**ⁱ en las postrimerías del siglo XX.

Por razones de comodidad para nuestros lectores vamos a convenir que la entrevista se efectuó en la humilde redacción de **Koinonía**, de la Iglesia del Paralelo. Estamos totalmente convencidos que Paul Wells, igual que nuestros queridos consiervos de Publicaciones Andamio, participarán gustosamente de la auténtica koinonía cristiana en esta efeméride de nuestra iglesia local, máxime cuando todos queremos contribuir a reivindicar la Palabra de Dios como nuestra norma definitiva de fe y conducta.

Resulta innecesario advertir al lector inteligente que ambos escritores sagrados han seguido con particular atención el desarrollo de la iglesia cristiana, y son buenos conocedores de la intensa oposición que el mundo presenta en nuestros días a la revelación de Dios y su Palabra. Estos profundos conocimientos históricos y del mundo contemporáneo, así como las singulares experiencias que vivieron cuando fueron inspirados por Dios, los convierte en testimonios excepcionalmente relevantes dentro de los debates actuales relacionados con la doctrina de la Palabra de Dios. No vamos a restar más tiempo a nuestros invitados ni a extendernos sobre su currículum, pues son sobradamente conocidos por todos los lectores de estos Cuadernos Koinonía. Empezaremos por el docto legislador **Moisés**, graduado con honores cum laude en la Universidad de Tebas.

Koinonía: ¿Qué piensa usted de la siguiente fórmula: «la Biblia es inspirada porque ella me inspira»?

Moisés: Esta fórmula tiene estilo pero está fundamentalmente mal orientada. Según esta fórmula, no es la Biblia, como libro, la que está inspirada, sino la persona que la lee. Es cierto que el Espíritu Santo está activo en el corazón y en la mente del lector, pero él lo ha estado también durante la redacción de los textos; estos textos son objetivamente lo que Dios quiere hacer conocer a los hombres de todos los tiempos. Por esta razón, mis escritos, en particular, han sido inspirados. Ellos constituyen la Palabra de Dios.

Koinonía: ¡Usted habría escrito la «Palabra de Dios»! ¿No es esto un poco pretencioso?

Moisés: En absoluto. Dios me llamó para ser su profeta; ciertamente, yo no lo escogí ni lo deseé. Fue Dios quien me dijo lo que debía escribir, no solamente en el Sinaí, donde recibí los Diez Mandamientos, sino también todo lo que he escrito. Mi producción literaria, sin duda alguna, no es de una calidad excepcional. Vuestro escritor Cervantes, por ejemplo, lo habría hecho mejor. Pero, ¿qué quiere usted: Dios me impelió a escribir, y es lo que he hecho. ¡Yo mismo estoy asombrado!

Koinonía: ¿Es usted quién escribió los cinco primeros libros de la Biblia?

Moisés: Sí, en gran parte, aunque esto desagrade a vuestros «críticos» que pretenden lo contrario. A tres mil años de distancia, ¿qué saben ellos? ¡Sus teorías manifiestan, a la verdad, una imaginación muy desarrollada!

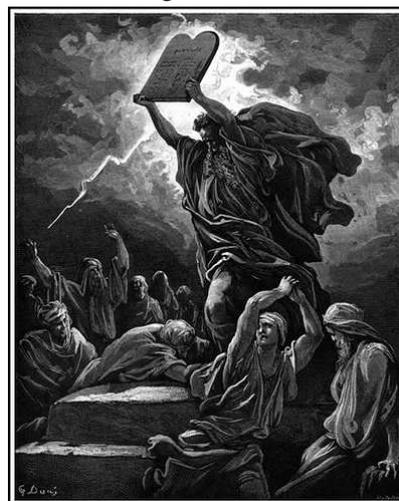
Koinonía: ¿Es usted un «super» de la espiritualidad?

Moisés: ¡Oh, no! Siempre he sido indigno. Yo no soy un superespiritual. La vida en comunión con Dios no absorbe la espiritualidad divina como por ósmosis, hasta el punto de que uno se pueda decir «inspirado». Dios no tiene nada de una Egeriaⁱⁱ.

Koinonía: ¿Qué pasó cuando escribía?

Moisés: No sé mucho acerca de ello. En el Sinaí, Dios ha escrito las Tablas de la Ley. Yo las adjunté a algunos otros relatos escritos en tabletas o transmitidos por tradición oral, que nos fueron legados por Abraham, Isaac y nuestros ancestros. Yo he presentado el conjunto. Personalmente, a diferencia de lo que puede afirmar un artista, yo no fui «inspirado». Sin embargo, mis escritos lo son. El escrito es inspirado, no mi persona o la de otros redactores de la Biblia. Esto puede parecer sutil... pero comprenderlo bien tiene consecuencias importantes.

Koinonía: Dios ha dado las Diez Palabras; usted dice que el resto es suyo. Por lo tanto ¿la inspiración sólo concerniría a una sola parte y no a la totalidad de la Escritura?



Moisés: ¡Usted no se entera de nada! Toda la Escritura es inspirada; lo cual no quiere decir que todos los pasajes tengan la misma importancia práctica. Por esto, es imposible, como a cantidad de personas les gusta hacer, declarar «inspirados» ciertos textos y otros no, según sus propios criterios (lo que es útil, lo que resulta aceptable, lo que es políticamente correcto...). La Biblia no es un libro-servicio espiritual. Ella es totalmente, y no parcialmente, inspirada.

Koinonía: ¿Por qué dice usted esto?

Moisés: ¿No habló Jesús así de mí y de mis escritos? Jesús reconoció la autenticidad de mis palabras, fundando todos sus discursos sobre mis escritos, como también sobre los otros escritos del Antiguo Testamento. Para Jesús, lo que yo había escrito es la palabra final de toda discusión; no haber visto esto denota una profunda incomprensión de la Biblia. Jesús ha considerado mis escritos como Palabra de Dios.

Koinonía: Para nosotros, los cristianos, sus escritos no son más que una pequeña parte de la Biblia, ¡incluso del Antiguo Testamento!

Moisés: Exacto. Yo he escrito la historia del Éxodo y he transmitido la Ley. Pero no conservar nada



más que el Nuevo Testamento diciendo que el Dios del Antiguo Testamento es un Dios vengativo, equivale a decir que Dios no se reveló a los judíos y que salió de su silencio con el nacimiento de Jesús. Pero esto no es verdad, ahora yo lo sé. El Dios que yo encontré es un Dios que hace misericordia. Leed el Antiguo Testamento y veréis a través de él, desde las primeras páginas, cómo se preparó la venida del Mesías.

Koinonía: ¿Cómo se produjo la inspiración de sus escritos?

Moisés: Yo no sentí nada en particular. Pienso que Dios me condujo a escribir lo que he escrito, con mis palabras y mi estilo. Por lo tanto, es Dios quien se expresa por mis palabras.

Koinonía: Usted dice ser profeta. ¿Qué significa esto?

Moisés: Un profeta es aquel que está llamado a anunciar la Palabra de Dios y a aportar su revelación al pueblo. Dios mismo habla a través del profeta. Estudiad el Antiguo Testamento. Allí encontraréis que la actividad profética tiene tres aspectos:

a) Dios habla a los hombres. Dios habla directamente a los hombres y mujeres. Él habló a Abraham y a mí desde la «zarza ardiente». Él habló cuando recibí las Diez Palabras sobre la montaña del Sinaí. Leed Éxodo 20 a 23; se trata, casi por completo, de palabras de Dios. El pueblo responde: «Haremos todas las palabras que Yahvéh ha dicho» (Éx. 24:3).

b) Dios habla a través de los hombres. Cada palabra que el profeta anuncia viene de Dios. Mirad lo que he escrito en Deuteronomio 18:18-22; es una promesa que Dios me ha hecho y que trata del Mesías: «Yo suscitaré... un profeta como tú, yo pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mandare». Aquí se dicen tres cosas:

- Primeramente, *es* Dios quien suscita el profeta; nadie puede pretender legítimamente este título (vs. 20).
- En segundo lugar, Dios pone *sus palabras* en la boca del profeta;
- En tercer lugar, el profeta *dice todo* lo que Dios quiere decir a través de él. La expresión «así dice Yahvéh» es una fórmula utilizada en los decretos reales. Ved Isaías 36 y 37 donde el decreto de Dios se opone al de Senaquerib. Daos cuenta de que los profetas hacen siempre como yo: hablan como si fuera Dios quien se expresara, es decir, en primera persona del singular. «Así dice Yahvéh, yo...». Dios habla a través del profeta; no escuchar y obedecer es rechazar a Dios mismo. Mirad el error del rey Saúl (1 Samuel 13:13-14 y 15:19-23). El pueblo que rechaza al profeta, a Dios rechaza. Jeremías no dice otra cosa (Jer. 26:1-6).

c) Las palabras escritas son palabras de Dios. Yo he inaugurado la práctica de escribir las palabras de Dios en el libro del Pacto, porque Dios me ha dicho: «Escribe estas cosas para memoria en un libro...» (Éx. 17:14). ¡Acordaos de lo que pasó después que Joacim hubo echado el manuscrito de Jeremías en el brasero que tenía delante! Todo el texto está reproducido y otras palabras están añadidas (Jer. 36:32). Las palabras de los profetas son «oráculos de Dios», la validez de los cuales es permanente. Es por esta razón que he dicho,

en una fórmula repetida por Juan al final de la Biblia, que no se debe añadir o quitar nada a lo que está escrito (Deut. 4:2; 13:1).

Koinonía: ¿No dice nada del «cómo» de la inspiración?

Moisés: No es asunto mío el hacerlo. Más que el «cómo», lo importante es el resultado. Es lo mismo con todos los actos de Dios. En el Éxodo, por ejemplo, importa menos comprender cómo Dios dividió las aguas del Mar Rojo que saber que Él lo hizo con el fin de salvar a su pueblo. Es la salvación, el resultado, lo que es capital. Para una mayor precisión, converse usted con Pedro, aquí presente, quien ha hablado de mí. Él sabe mucho más que yo, porque en la historia de nuestra común salvación, su período es posterior al mío. En efecto, Pedro conoce la plenitud de las cosas, mientras que yo me sitúo casi en su comienzo.

Koinonía: Para usted, ¿el Antiguo Testamento es único?

Moisés: Sí, cuando Dios ha obrado para juzgar o para salvar, ha procurado que sus palabras estén registradas para dar testimonio de la manera cómo acompaña a su pueblo. Después de mí vinieron los profetas – escritores y edificaron sobre lo que yo escribí. Ellos han desarrollado la profecía y precisado la perspectiva de la venida del Mesías, cumpliendo las promesas de Dios.

Koinonía: Vayamos ahora con el apóstol Pedro...

Koinonía: Con respecto a la Biblia, ¿qué es capital para usted?

Pedro: La actitud de Jesús. Él nos enseñó que el origen de todo error, en lo que tiene que ver con las cosas de Dios, es la falta de conocimiento del Espíritu que opera con la letra de las Escrituras. Quien considera con rectitud las Escrituras no se equivoca.

Koinonía: Usted hace aquí referencia a la cuestión que nosotros llamamos la hermenéutica...

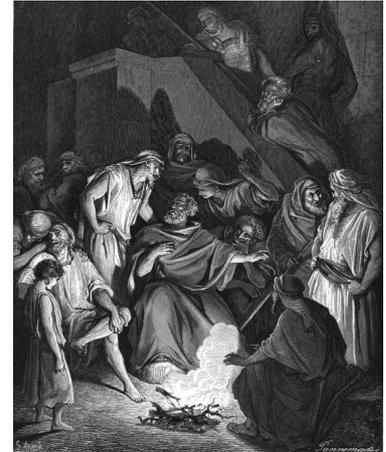
Pedro: No conozco este término. Yo quisiera solamente decir que nuestra idea de la naturaleza, del estatuto de la Escritura, determina siempre nuestra manera de acercarnos a los textos. Hay una relación estrecha entre la autoridad de la Biblia y la interpretación que hacemos de ella. Creo que es uno de vuestros teólogos, un «liberal», quien dice esto con toda justicia (N.T: alude a J. Barr, en su obra «La Biblia en el mundo moderno», Londres, 1973, capítulo VIII). La Biblia, ¿es la Palabra de Dios, o simplemente un testimonio humano de un Dios escondido y desconocido que la sobrepasa? ¡Escoger es fundamental! Si la Biblia es la Palabra de Dios, tiene derecho a un respeto más profundo de parte nuestra; su mensaje no puede ser sino coherente y claro. Su autoridad debe ser reconocida en todo y llama a la obediencia. Tal ha sido la actitud de Jesús. ¿Cómo interpretar la Biblia de una manera diferente que Jesús?

Koinonía: ¿Es posible conocer la manera de pensar de Jesús?

Pedro: Jesús llamó a unos testigos, los apóstoles y sus discípulos, para escribir lo que había dicho y hecho. Mirad como procede Lucas, por ejemplo, o considerad lo que dice mi amigo Juan al final de su evangelio. «Hay también otras muchas cosas que hizo Jesús; (...) pienso que ni aún en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir» (Juan 21:25); lo que yo, Pedro, he escrito es verdad. Este testimonio debe ser creído. Jesús es el Maestro. No penséis que nos lo hemos inventado o fabulado nosotros. ¡No somos manipuladores de la verdad!

Koinonía: ¡Sus palabras suenan raras a nuestros oídos! No hay ningún error en la Biblia, dice usted; sin embargo, libros recientes, sobre todo para el «gran público», muestran que la Biblia está llena de contradicciones...

Pedro: Jesús y el Antiguo Testamento, en este orden, son mi fundamento. Que los autores a los cuales usted hace alusión me perdonen, pero la Biblia no contiene contradicciones reales. Algunas cosas pueden parecer contradicciones y sin duda lo seguirán pareciendo hasta el fin del mundo, de tal manera que nos parecen misteriosas o difíciles de comprender. Nosotros, los apóstoles, hemos escrito según nuestras perspectivas particulares, nuestras «teologías», que son complementarias. No obstante, ningún escritor del Nuevo Testamento dice que Jesús no haya nacido de una virgen, que no haya transformado agua en vino, andado sobre las aguas, que no haya muerto en la cruz y que no haya resucitado antes de enseñarnos, durante cuarenta días, su victoria sobre la muerte, y que no se haya sentado a la diestra de Dios, de donde vendrá para juzgar a vivos y a muertos. Nadie niega que Jesús sea Dios y hombre, en una persona única. Si los Padres en el Concilio de Nicea –



Constantinopla (325-381) utilizaron un lenguaje diferente que el nuestro, de todas maneras han dicho la verdad, al igual que Agustín, en el siglo V, acerca de lo que la teología llama la Trinidad.

Koinonía: Le ruego que precise la actitud de Jesús frente a las Escrituras.



Pedro: Para Jesús, lo que dice la Escritura lo dice Dios. Para Él las expresiones «está escrito», «Moisés dice», «David dice» o «la Escritura dice» indican que Dios ha hablado en el texto del Antiguo Testamento. Para Jesús éste es el punto final de toda discusión, como Moisés acaba de decir. Acerca de este tema existen numerosos pasajes (Mat. 19:4; 22:29-32; Juan 5:39; 5:45-47 y 10:34-35). Jesús ha actuado de tal manera que Él mismo cumple las Escrituras. Él rechaza la tentación satánica citando la Palabra de Dios; no hace referencia a su propia autoridad. Después de la resurrección (Lucas 24:25-27, 32, 44-47), afirma que todo lo que está escrito acerca de Él debía ser cumplido. Para Jesús el Antiguo Testamento es, sin ninguna duda, la Palabra de Dios.

Koinonía: Pero esto no prueba nada en lo que respecta al Nuevo Testamento.

Pedro: Al contrario, Jesús nos ha llamado como apóstoles a ser sus testigos, es decir, a predicar el Evangelio con su autoridad; y prometió un nuevo derramamiento del Espíritu Santo para cumplir esta labor. Jesús nos aseguró que el Paracleto nos haría recordar todo lo que Él dijo y nos conduciría a toda verdad. Esto es lo que escribe Juan en su evangelio (Juan 14:26; 16:12-15; 17:17-20).

Koinonía: ¿Entonces, el Nuevo Testamento es la Palabra de Dios al mismo nivel que el Antiguo?

Pedro: Sí, yo lo he afirmado de una manera formal acerca del apóstol Pablo, quien ha escrito mucho más que yo, con mis dos cortas contribuciones, aun habiendo ayudado a Marcos a escribir su evangelio. Nuestro querido hermano Pablo ha escrito cosas difíciles «las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras» (2 Pedro 3:16). Para mí los escritos de Pablo tienen la misma autoridad que los del Antiguo Testamento.

Koinonía: ¿Podría aclararnos respecto a la inspiración mejor que lo que ha hecho Moisés?

Pedro: Así lo espero. En mi segunda epístola, digo que nuestro testimonio, el de los apóstoles, es tan seguro como la voz escuchada desde el cielo en la transfiguración de Jesús. He aquí lo que digo: «Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que todos los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo».

Koinonía: Esto no está claro. ¿Qué quiere decir?

Pedro: Las palabras proféticas de la Escritura no tienen su origen en nuestras personas, sino en Dios que las da. La Escritura es un don divino. Así, el profeta habla no por su cuenta sino de parte de Dios. Dicho de otra manera, es por boca de Moisés, de David, de Isaías, de Pablo o de Juan, que el Espíritu Santo ha hablado. El profeta no puede hablar por iniciativa propia. ¡Vuelva a leer el magnífico capítulo 23 de Jeremías sobre los falsos pastores y los falsos profetas!

Koinonía: ¿Cómo comprende lo que Pablo dice al respecto?

Pedro: Todo el mundo conoce el texto de 2 Timoteo 3:16: «Toda Escritura es inspirada por Dios y útil...», pero muchos la interpretan mal. La palabra «inspiración» no existe en griego: viene del latín. De esta manera nos encontramos en los diccionarios definiciones como las siguientes: «soplo creador que anima a los escritores, los artistas, los investigadores y que antiguamente se consideraba como un don de los dioses» y «estado místico del alma bajo un impulso sobrenatural». Pero, según Pablo, Dios no sopla «en» los escritores Bíblicos para inspirarlos, ni «en» las palabras humanas de los autores bíblicos para realzar la calidad de su comunicación. Pablo afirma simplemente que la palabra de la Escritura es «soplo» de Dios, es el producto de una efusión irresistible del poder creador de Dios. Nosotros podemos comprender mejor esta actividad divina si nos referimos a las palabras del salmista: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca» (Salmo 33:6).

Koinonía: ¿Tendría usted una definición de inspiración?



Pedro: Yo no soy un teólogo del nivel de Pablo... No obstante, diría que la inspiración es una actividad especial del Espíritu Santo, que interviene en el momento mismo que el autor bíblico está poniendo la Palabra de Dios por escrito. Pasa como cuando se cogen flores para formar un ramo. Todas las capacidades, experiencias, la historia y la personalidad de los escritores están actuando y relacionadas entre sí por una acción muy especial y misteriosa del Espíritu Santo, de tal manera que sus palabras son aquellas que expresan la voluntad de Dios. La vigilancia de Dios-Espíritu Santo cuida la expresión verbal del pensamiento de los autores humanos de la Biblia.

Koinonía: Esta acción especial, ¿no es algo increíble?

Pedro: No. Gracias a ella se comprende cómo, en otras ocasiones, nosotros los escritores bíblicos hemos estado en el error o la insuficiencia, como cualquier otro ser humano. Sin hablar de mi negación de Jesús, ved como Pablo me reprendió –él habla de ello en Gálatas 2:1– porque en esta ocasión yo no estuve muy brillante. Y entre él y Bernabé, sus relaciones en un momento dado fueron más que tensas. Es normal. ¿Qué hemos de decir de David cuando cometió su pecado? Él no estuvo muy... inspirado, pero esta falta dio lugar al magnífico Salmo 51.

Koinonía: ¿Y qué dice del elemento humano de la Escritura?

Pedro: No es correcto hablar de un «elemento» humano, como si se pudiera dividir la Escritura en partes humanas y en partes divinas. Tampoco es satisfactorio decir que la forma es humana y el contenido divino, o que la experiencia de las personas con una alta percepción religiosa es el «contacto» con lo divino. Algunos también dicen, equivocadamente, que el elemento humano de los testimonios se convierte en Palabra de Dios cuando Dios nos ilumina, a nosotros, los lectores. Todo esto son extravagancias.

Koinonía: ¿Entonces la Biblia ha caído del cielo, como el «Libro del Mormón» o el «Corán»?

Pedro: ¡Vaya una idea! ¡La Biblia no tiene nada que ver con un dictado en la escuela! En un dictado, quien ha escrito no tiene ninguna acción personal sobre la sustancia del texto, mientras que en la inspiración, lo operación del Espíritu Santo es *íntima*. Los modos de la inspiración han sido muy variados. Sin duda, hay en la Biblia algunos pasajes que han sido dictados. Lo único que importa es el resultado: que la Biblia es la Palabra de Dios en las palabras humanas, que es 100% divina y 100% humana. Algo así como la misma persona de Jesús.

Koinonía: Para el hombre moderno esto es difícil de aceptar.



Pedro: es cuestión de las presuposiciones. Si se rechaza nuestra noción del estatuto de la Biblia, en el fondo lo que ocurre es que se tiene una visión equivocada de las relaciones entre Dios y el mundo. ¿Puede Dios intervenir en *su* mundo, puede hacer milagros suspendiendo la acción normal de sus propias leyes...? Muchos dicen que no, pero nosotros pensamos que Dios no es solamente el Dios Absolutamente Otro, el Todopoderoso, sino que también es el Dios presente, cuya influencia puede orientar y dirigir las acciones libres de los seres humanos, que son criaturas. Escuchad un oráculo de Jehová a este respecto: «¿Soy yo Dios de cerca solamente y no Dios desde muy lejos?... ¿No lleno yo el cielo y la tierra?» (Jeremías 23:23-24). Dios actúa *en y por* sus criaturas. Su voluntad se realiza a través de ellas, quienes sin embargo guardan toda su espontaneidad. Un teólogo francés (A. Lecerf) lo ha comprendido bien cuando ha dicho: «Nosotros creemos en un Dios suficientemente poderoso –puesto que Él es todopoderoso – para realizar libremente, desde el punto de vista de sus criaturas, lo que necesariamente quiere respecto de Sí mismo». Esto está bien dicho. Es lo mismo en cuanto a la transmisión de su Palabra en la Biblia. Dios habla y, simultáneamente, los hombres hablan libremente en su nombre.

Koinonía: Sin duda alguna, su comprensión de la inspiración era aceptable en su época. Actualmente, siendo la diferencia cultural entre nosotros tan grande, ¿no es necesaria otra formulación?

Pedro: Cuando la Biblia, según los usos normales del lenguaje, afirma o propone a nuestra comprensión una verdad, nosotros la tenemos que recibir como válida para todas las culturas y todas las épocas. ¿Por qué? Porque ella es una proposición revelada de la Palabra de Dios. Por ejemplo: «todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios», «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» o «ninguna condenación hay para aquellos que están en Cristo Jesús», son proposiciones reveladas que son intemporales y trans-

culturales. ¿Quién puede cambiar su sentido? El pecado, la reconciliación, Cristo, el mundo, la justificación por la fe, la naturaleza humana... son realidades actuales para todas las épocas. «Jesucristo es el mismo hoy, ayer y por los siglos» (Heb. 13:8). Lo mismo pasa en cuanto a la inspiración y su significado espiritual para la fe, generación tras generación.

Koinonía: Su noción de la inspiración implica una visión muy amplia de la relación entre Dios y la historia...

Pedro: Por supuesto. ¡Qué magnífica visión! Yo la medito constantemente. La inspiración de la Biblia pertenece a los actos de Dios y de la revelación divina. Ella constituye una visión especial y culminante de Dios en el cuadro de toda su revelación. Dios se revela en actos y en palabras inteligibles porque Él es también el Dios de la providencia, quien tiene un plan para todas las cosas. «Dios no juega a los dados», como uno de vuestros científicos lo ha dicho (frase de Einstein). Dios es infinito y personal. La inspiración interpreta y completa lo que ha hecho; ella tiene su origen en Él y también cumple su voluntad.

Koinonía: ¿La inspiración de la Biblia es pues una especie de milagro como los otros actos de Dios?

Pedro: En efecto, hay algo de milagroso en la inspiración de la Biblia, pero al lado de los milagros mayores de la encarnación, de la cruz y de la resurrección, ella no es más que un «pequeño» milagro...

Koinonía: ¿Cuál es la aportación particular de esta inspiración especial?

Pedro: Es verdad que los hombres pueden ser testigos verídicos y honestos en toda clase de circunstancias. Su verdad es *humana*. Por el hecho de la inspiración, la verdad que encontramos en la Escritura es más que humana. Ella también es *divina*. Por su Espíritu, Dios atesta su verdad en la Escritura. Es por esta razón que los cristianos pueden recibirla con entera confianza, reconocer su autoridad y su utilidad para la fe y la vida, en definitiva, fiarse de su enseñanza. Esta actitud es la nuestra gracias al testimonio del Espíritu Santo, que pesa más que cualquier otra «prueba». El Espíritu Santo toma su verdad propia, la de la Palabra, y la aplica a nuestro corazón para producir la fe y la obediencia.

Koinonía: ¿No es extraña esta manera de ver?

Pedro: Ella no es un invento. Ella es, desde siempre, la doctrina de la Iglesia, de los mártires, de los testigos y de todos los Padres que han seguido nuestra enseñanza.

Koinonía: Queremos expresar nuestro agradecimiento a Moisés y a Pedro por haber sido nuestros testigos y exponernos su valiosa opinión sobre la inspiración y la Biblia. ¿Tienen ustedes algunas palabras para concluir esta interesante conversación?

Moisés: Queridos amigos, vuestras preguntas muestran que os hace falta una comprensión renovada de la naturaleza de la Biblia. Ellas me han permitido discernir algunas de vuestras dificultades, a pesar de los miles de años que nos separan. El tiempo... ¿Qué significa para Dios? Ciertamente no un desgaste que atentaría contra la objetividad de sus palabras, el cumplimiento de su plan para el universo. Me parece que ustedes complican demasiado las cosas. ¿Qué piensas tú, Pedro?

Pedro: Yo soy de tu misma opinión, pero no estoy sorprendido por todo esto. Ya lo he escrito. Los cristianos del siglo XXI deberían estar atentos y revisar su actitud para desmarcarse de las tendencias de su tiempo. Es necesaria la valentía, como lo ha sido en todas las épocas, cuando se quiere ser fiel al Dios de Jesucristo, a su Palabra encarnada, al Dios que ha velado sobre su Palabra escrita, la Biblia. Añadiría que me ha maravillado todo el trabajo de traducción y de difusión de las Escrituras que se efectúa en los albores del siglo XXI, con perseverancia, inteligencia y entrega. Las Escrituras siempre son juzgadas de actuales e importantes... Mi deseo y mi oración son que ellas se lean con un corazón bien dispuesto, como el de un hijo que escucha a su padre, según la recomendación de Jesús mismo.



ⁱ “Dios ha hablado”, de Paul Wells. Publicaciones Andamio, 1999 (el original se publicó en francés, en 1985). Dicha entrevista aparece en las páginas 32 a 42 de su obra. Paul Wells es Doctor en Teología y profesor de la Faculté Libre de Théologie Reformée d’Aix-en-Provence (Francia).

ⁱⁱ Egeria: ninfa del Lacio, a la que decía consultar el segundo rey de Roma, Numa Pompilio. La leyenda afirma que se trataba de la esposa del rey y que, a la muerte de éste, se retiró al bosque de Aricia. La diosa Diana, compadecida de su aflicción, la convirtió en fuente.